SAM:
Un secreto imposible de ocultar



MARIA FERRER PAYERAS

SAM: Un secreto imposible de ocultar



MARIA FERRER PAYERAS

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Sam. Un secreto imposible de ocultar.
©Maria Ferrer Payeras, diciembre 2025.
Corrección de texto: Érika Gael.
Ilustración de cubierta: Krida S (@kridastudio).
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

«La cabaña
siempre tiene
la última palabra»

Para Mapita, que allá donde estés
ya hayas encontrado una biblioteca decente.

ÍNDICE

¡SUSCRÍBETE Y LEE UN RELATO EXCLUSIVO!
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
¡Lee un avance de mi próxima publicación!
Agradecimientos

¡SUSCRÍBETE Y LEE UN RELATO EXCLUSIVO!

Solo por suscribirte a mi *newsletter*,
podrás leer la *novelette*
Cosas que pasan cuando finges ser la novia de un coreano irresistible totalmente gratis.

¿Te apuntas?
Escanea el QR y empieza a disfrutar
ahora mismo:



¡Suscríbete a mi newsletter!

Maria Ferrer Payeras

autora de novela romántica

PRÓLOGO

—Jack, tengo que dejar de hablar contigo en voz alta. Si Arthur me escucha, va a pensar que, definitivamente, he perdido la cabeza.

Esta noche no podía dormir, así que me he levantado de la cama porque, de todas formas, si paso muchas horas tumbada, después me duelen todos los huesos.

Tenía intención de escribirle una carta a mi queridísimo Jack. No para que la leyera (al fin y al cabo, el pobre lleva muerto casi veinte años. Por mucho que la mayoría quiera tacharme de loca excéntrica, incluso yo tengo unos límites), sino porque poner negro sobre blanco suele ayudarme a aclarar las ideas. Sin embargo, después de un rato sentada en esa silla del infierno, la de la mesa del despacho, el butacón orejero me ha llamado, y no me ha quedado más remedio que trasladar mis posaderas a este sofá, mucho más cómodo. Así que, aquí estoy, hablando en voz alta con una foto de mi difunto marido, en lugar de escribiéndole una carta, como pretendía.

Además, en la silla, el chal que me he echado sobre los hombros no paraba de resbalarse y se me estaba quedando la espalda fría. Llevo fatal esto de envejecer, pero que muy mal.

—De todas formas, a estas horas tanto Arthur como el resto de la casa duermen, así que puedo hablar en voz alta, o incluso bailar desnuda, y nadie se va a dar cuenta. ¿Qué te estaba diciendo?

Me he servido una copa del *whisky* que me hago traer de mi amada Escocia. Otro motivo de censura tanto de mi asistente como de mis nietos. Sí, estas licencias es mucho mejor tomarlas cuando los demás están en brazos de Morfeo.

Uno y otros creen que pueden meterse en mi vida, decidir qué es mejor para mí. ¡Ja!

No son conscientes de que yo tengo muy claro mi destino, y ahora mismo no es otro que emparejarlos a todos.

—Aunque, tú lo sabes tan bien como yo, no estoy sola en esto. La cabaña va a ayudarme con cada uno de ellos. Y, si no, mira cómo ha solucionado el tema de Oscar. ¡Sí, sí! Es cierto, la cabaña ha actuado de forma totalmente inesperada y muy poco ortodoxa, pero no puedo decir que no haya sido conveniente. Muy conveniente. Las parejas las elige la cabaña, y después el corazón hace el resto; la razón no pinta nada aquí.

Aún me acuerdo de la primera vez que oí a mi suegra hablar de Ailithéa, el hada que había visitado al padre de mi Jack y le había concedido un favor. Según ella había bendecido a su marido, y la cabaña que este construyó con sus propias manos en las Salt Mountains guarda desde entonces un encanto secreto: tarde o temprano todos los de su sangre descubren en ella el amor.

Yo era joven y, a mi parecer, muy moderna, de modo que no creí ni una sola palabra de lo que decía la madre de mi flamante esposo.

Iona, en cambio, estaba convencida del poder de la cabaña del lago para encontrar la pareja adecuada para cada McGonagall.

Presumía de que precisamente esa cabaña era la que nos había unido a mi Jack y a mí. Por supuesto, al principio no me di cuenta de la razón que tenía, como ahora tampoco lo verían mis nietos si les explicara el funcionamiento de «la bendición», como ella la llamaba. Yo prefiero llamarlo destino, o designio de la providencia, si bien no creo que Dios tenga nada que ver en ello; confío más en la naturaleza y, sobre todo, en el poder de la casa que construyó mi suegro allá arriba, en lo alto de las montañas.

«Mientras haya amor en el corazón y tiempo bajo el mismo techo, la cabaña hará su parte».

Ese era el lema de la madre de mi marido.

Me costó más de veinticinco años asumir que era cierto. Tanto así que, ahora, esa se ha convertido en mi divisa también.

—Tu madre era muy lista, Jack. Comprendió enseguida que esa cabaña albergaba un poder intrínseco. Yo no me lo creí hasta que vi que había hecho por nuestros hijos lo mismo que hizo por tus

padres, y por nosotros en su momento. Y ahora repetirá el prodigio con nuestros nietos. Ya lo verás.

Por eso estoy decidida a que cada uno de ellos pase un mes ahí arriba.

Los seis son abogados muy cotizados, igual que lo fueron sus padres y, antes que ellos, mi marido y yo. Creen que en sus vidas no hay tiempo para el amor. Menos mal que estoy aquí. Yo, y la cabaña.

Esa es la razón por la que les he hecho creer que una cláusula en el contrato de arrendamiento obliga a la familia a ocuparla durante seis meses al año.

Una cláusula que, convenientemente, nadie nos había hecho cumplir hasta ahora.

—Jack, tus nietos sabrán mucho de leyes, pero ninguno de ellos se atrevió a contradecirme cuando les expliqué que la corporación que quiere construir un complejo hotelero justo en el sitio donde su bisabuelo levantó nuestra cabaña exige el cumplimiento de esa cláusula. Se lo tragaron sin rechistar.

Porque yo soy más lista que ellos y porque tengo mucho tiempo para pensar, así que no había flecos en mi historia. Como ellos son seis, los obligué a pasar allí arriba un mes a cada uno.

Oscar ya ha disfrutado de su estancia, que duró menos que eso, pues Sam subió antes de tiempo a las Salt Mountains para que su hermano pudiese preparar su exposición de pintura con tranquilidad, y está felizmente prometido con Isla Gallagher. No puedo sentirme más satisfecha a ese respecto.

Aunque, por otra parte, Sam ya lleva arriba varios días y sé muy poco de él. Esto de no poder comunicarme con ellos más que por radio me va a matar. No sé lo que se cuece. Y eso sí que me vuelve loca de ansiedad. Pese a tanta antena y tanta supuesta globalización, resulta que allí estás más incomunicado que en una cueva, aunque quizás ahí radique precisamente la magia de la casita de madera.

—¡No soy una cotilla, Jack! Es que me gusta tener toda la información sobre la mesa. Ya lo sabes. ¡Sí, sí! No hace falta que me lo repitas: hay que confiar en el proceso.

No me cabe duda de que la cabaña está haciendo lo que se espera de ella y que, en cuanto finalice el tiempo de Sam en ella, tendré a otro nieto a punto de casarse por amor. Pero, mientras, no conocer todos y cada uno de los pormenores de la historia me está quitando días de vida.

—Esos chicos son lo que me mantiene en este mundo, Jack. Bien sabe Dios que, cuando tú te fuiste, te hubiese seguido gustosa. Sin embargo, después de que esa maldita avioneta se cayera, a los pobres no les quedaba nadie más que yo, así que me tocó ser fuerte por ellos y por mí. Y lo he sido. Solo que ahora ya no me quiero ir. No hasta que no estén todos junto a alguien que los complemente tanto como nos complementábamos tú y yo. En cuanto cumpla mi cometido, iré a tu encuentro.

Bueno, tal vez espere a ver algún bisnieto corretear por aquí, pero eso, por si acaso, no se lo digo a Jack de momento.

Porque, cuando el destino duda, la cabaña decide.

CAPÍTULO 1

Sam

—Solo llevo tres días aquí metido y ya me estoy volviendo loco del aburrimiento. —Me froto la cara con las manos, para ver si consigo despejar un poco la modorra que me ha entrado.

Desde que llegué, a principios de semana, no he hecho nada más que comer y dormir. Algo que necesitaba de veras, es cierto, pero, ahora que ya he repuesto fuerzas y he recuperado todo el sueño atrasado, este encierro empieza a resultar tedioso.

Aquí arriba hay poco o nada que hacer, y pensar en todo el trabajo pendiente que tengo en el despacho me estresa lo indecible.

Oscar se encargó de cortar leña para un año entero, así que tampoco puedo entretenerme con eso.

«Es que ni siquiera hay un televisor, ¡joder! ¿En qué estabas pensando cuando le dijiste a la abuela que aceptabas pasar un mes entero en la cabaña del lago tú solo?», me pregunto, y no por primera vez.

No es que me guste estar sentado delante de la «caja tonta» sin hacer nada, pero tampoco es que aquí haya mucho más en lo que invertir el tiempo.

Sería una idea genial retomar la buena costumbre de leer, pero las novelas policiacas ya no me llenan como antes. He visto demasiados crímenes en los últimos años, y la mayoría no se resuelve tan bien como en los libros.

Para colmo, aquí no hay cobertura: la potencia de las antenas no alcanza las montañas. La única manera de comunicarse con el exterior es una vieja radio que funciona mal cuatro días de cada

cinco. Habría sido inútil traerme documentos del despacho; no puedo hacer nada desde este sitio recóndito.

«Nada de adelantar trabajo —me dijo Cole, uno de mi primos—; no has parado ni un minuto desde que te incorporaste al bufete. Descansa durante un mes. Nadie es imprescindible, ya lo verás. Será bueno que te relajes».

Dirigir el principal bufete de abogados de Alaska no es fácil. Abandonarlo un mes para venir a perder el tiempo a una cabaña aislada del mundo, mucho menos.

Me pongo la chaqueta y me calzo las botas de nieve con intención de… ¿qué? ¿De ir a visitar a Matt? Seguramente estará leyendo. A lo mejor le puedo pedir un libro prestado; mientras no sea de crímenes…

«Ese chico tiene madera de ermitaño», me digo mientras cierro la puerta tras de mí.

De camino a su cabaña, echo un vistazo a la que ocupan los vigilantes que han contratado los dueños de la corporación.

La corporación.

Desde pequeño, creí que la cabaña de las Salt Mountains nos pertenecía; sin embargo, hace un mes descubrí que mi familia solo posee una concesión del terreno por un periodo de cien años. Esos cien años se cumplen dentro de seis meses. «Bueno, a estas alturas, ya solo quedan cinco», me digo mientras levanto la mano para tocar a la puerta de Matt.

Y el contrato de arrendamiento solo podrá renovarse si la cabaña permanece ocupada al menos seis meses al año por algún miembro de nuestra familia. Una cláusula que, hasta hace apenas un mes, no sabíamos que existía.

Y está claro que la abuela no puede instalarse aquí arriba medio año. Aunque ella alegue que se encuentra perfectamente, es una anciana de ochenta y ocho años. Tiene sus achaques, y el clima de las montañas no es el más saludable para una mujer de su edad. De ahí que decidiera que sus seis nietos ocupáramos la cabaña, por turnos, durante el primer semestre del año.

Ya estamos casi a mediados de febrero. Oscar fue el primero en venir a la diminuta casa que construyó mi bisabuelo, y yo lo relevé

un poco antes de lo esperado. Sabía que mi hermano tenía que organizar una exposición muy importante en la ciudad; no obstante, no podía imaginar la sorpresa que me llevaría al llegar aquí. Aunque no es algo en lo que me apetezca pensar ahora.

No espero a que Matt me abra. Entre nosotros hay suficiente confianza como para que yo entre en la casa de mi vecino incluso sin llamar. Aquí arriba solo estamos nosotros dos, y los vigilantes, pero esos no se relacionan con ninguno.

—Hey, tío, qué agradable sorpresa —me dice cuando me ve atravesar el umbral.

—¿Esperabas a alguien más? —Elevo una ceja.

—No. —Se encoge de hombros sin perder su eterna sonrisa.

—En serio que te admiro. Vas a pasar seis meses aquí metido y no se te han quitado las ganas de sonreír.

La familia de Matt está en la misma situación que la nuestra. Gracias a mi abuela, descubrieron que debían ocupar su cabaña si no querían perderla. La única diferencia entre ellos y los McGonagall es que nosotros somos seis y podemos repartirnos la estancia entre todos.

Matt, en cambio, es hijo y nieto único, por lo que tendrá que pasar seis meses solo en el culo del mundo.

—Dime qué haces para matar el tiempo, porque yo ya no puedo más.

Matt me mira perplejo.

—¿De verdad, Sam?

—Muy de verdad. Voy a perder la cabeza aquí arriba.

—Solamente llevas tres días en la cabaña, y ni siquiera has estado solo. Ayer vino Oscar a por sus cuadros…

Inspiro con fuerza.

—Ni me lo recuerdes.

—Pensaba que os habíais reconciliado. —Levanta las manos en son de paz.

—Y lo hicimos. Ya no estamos peleados. Creo que no se puede decir lo mismo de Nancy y de ti.

Ahora le toca a él suspirar.

—Tu prima y yo tenemos nuestros problemas. Dudo mucho que los arreglemos por el momento.

—Ella también va a pasar un mes entero aquí arriba, lo sabes, ¿no? Tendréis que veros, si no a diario, en muchas ocasiones. Nancy subirá en junio, así que la nieve ya no os va a mantener encerrados en casa todo el día.

Matt aprieta los labios y asiente.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—Por supuesto. Por supuesto.

Echo un vistazo alrededor. Su cabaña no es muy diferente de la nuestra.

Justo al lado de la puerta principal se abre una pequeña cocina, con una mesa a la que pueden sentarse cuatro personas, seis si se aprietan un poco. De espaldas a la cocina, un sofá y, frente a él, una mesa baja y una chimenea.

Ambas cabañas las construyeron nuestros bisabuelos. Eran amigos, y se mudaron juntos desde Escocia a los Estados Unidos hace un siglo. Nuestras familias siguen muy unidas después de todo este tiempo.

—¿Crees que podríamos organizar alguna excursión? —pregunto, no muy convencido.

Una de las normas que ha impuesto la corporación, y por eso están aquí los vigilantes, es que no podemos alejarnos de la cabaña más que unas pocas horas. Además, el riesgo de quedar sepultados por un alud es tan grande que tampoco sería prudente irnos muy lejos. Podría resultar difícil volver si la nieve nos pillara desprevenidos.

—Hasta dentro de unos meses me parece que supone arriesgar demasiado.

—Eso me temía.

—Tío, ¿por qué no intentas relajarte un poco? No has tenido vacaciones desde que te pusiste al mando del bufete.

—¿Te ha pedido Cole que me dijeras eso? —le pregunto con sorna. Al ver que no contesta, continúo—: No sé estar ocioso. —Y es cierto. Desde que mis padres murieron, y aunque la abuela se ocupó de nosotros, tuve que hacerme responsable de mi hermano y mis

primos. Siempre he estado ahí para ellos, y eso significa no despistarse ni un segundo, no perder el control.

—Trabajas demasiado. Antes al menos tenías *hobbies*. ¿Qué me dices del tiro? ¿Sigues practicando?

Asiento.

—He traído las pistolas. Pensé que podría instalar unas dianas y disparar al aire libre, pero aún ni las he sacado de la funda.

—Podrías apuntar a la cabaña que ocupan los vigilantes. —Matt se ríe de su propio chiste—. A ver si los espantas y nos dejan en paz.

—¿Oscar y tú os habéis relacionado con ellos?

—¿Oscar? —Matt dibuja una sonrisa sardónica en su rostro—. Tu hermano ni siquiera vino a visitarme en todo el mes. Estuvo demasiado entretenido con Isla… —Se calla de repente—. Lo siento. No quería molestarte.

Por primera vez, me río con ganas. Matt me mira como si hubiera perdido un tornillo.

—Yo no estaba enamorado de Isla. De verdad espero que Oscar consiga recuperarla, porque, si no, cuando regrese a la civilización pienso patearle el culo como si no hubiera un mañana —le contesto, aún con la sonrisa en los labios.

—Dijo que a Nancy se le había ocurrido una idea brillante. Aunque no es que eso me sorprenda. Si algo se puede decir de tu prima es que es brillante.

Menos mal que no quería hablar de Nancy…

—Me marcho a casa. Creo que me echaré una siesta. Al menos puedo hacer eso —le digo a Matt, de camino a la puerta.

—Sam, tómatelo con calma, ¿vale? Quizás ahora no te das cuenta, pero te irá bien soltar un poco. No es sano querer tener siempre el control; a veces sienta bien cederlo.

—¿Me lo dices como amigo o como médico? —replico, con más brusquedad de la que merece.

—Siempre como amigo, aunque ser médico no es algo de lo que uno se desprenda cuando se quita la bata y sale del hospital.

Asiento. Debería disculparme por cómo le he contestado, pero Matt me conoce y sabe que, a veces, me cuesta mantener la boca

cerrada.

En el exterior el aire frío y limpio me golpea la cara. Inspiro para llenarme los pulmones y echo un vistazo en derredor, buscando dónde colocar las dianas.

Sí, la cabaña de los guardias sería un buen sitio. En eso Matt lleva razón.

CAPÍTULO 2

Lindsay

—Nancy, Nancy, ¿me escuchas? —Mi saludo suena más desesperado de lo que pretendía, pero es que la situación lo es.

—Te oigo entrecortada. ¿Dónde estás?

—Es una de esas ocasiones en las que prefiero no decírtelo, solo por si acaso. Al menos esta vez estoy en Estados Unidos, aunque me parezca totalmente surrealista —le contesto a mi amiga mientras oteo el entorno—. Creo que me he metido en un lío de los gordos.

—Dime que no me estás llamando desde tu móvil, por favor. —Aunque no puedo verla, sé que Nancy se ha llevado dos dedos al puente de la nariz y que se pasea arriba y abajo por su lujoso despacho. La conozco tan bien que me sé todos sus gestos de memoria.

—No, he comprado uno de esos de prepago y, después de esta llamada, lo tiraré. No quería arriesgarme a que me arrancaras la cabeza de un mordisco. —Intuyo en ella una sonrisa tan tenue como la que se forma en mi boca. Después de la bomba que le acabo de soltar, sé que no estamos para hacer chistes—. Me deshice de mi móvil cuando comprendí que tenía algo verdaderamente importante entre manos.

—Este trabajo tuyo no deja de meterte en líos, Lin. Siempre vives al límite.

—Como si el tuyo fuese el más seguro del mundo, o el que te ha dado más alegrías. —El bufido de Nancy podría haberme despeinado el flequillo de haber estado cara a cara—. Aunque no creo que sea el momento de ponernos a hablar de este tema, *amore*.

—Probablemente no.

Durante unos segundos ninguna de las dos habla. Sabemos qué voy a decir yo a continuación, y también por qué he llamado a Nancy antes que a nadie en cuanto me he percatado de que estaba de mierda hasta el cuello.

—Necesito esconderme una temporada. —Me llevo el dedo índice a la boca. Debería dejar de morderme las uñas. Es una costumbre muy fea, aunque, en mi estado de ansiedad actual, dudo que vaya a abandonarla precisamente ahora.

—Puedes ir a la cabaña, ya lo sabes. Ahí nadie te ha encontrado nunca. Solo que…

Mi amiga deja la frase en el aire, y no me gusta una mierda que lo haga.

—¿Solo que qué? —Frunzo el ceño cuando Nancy suspira y tarda más de lo habitual en contestar a una pregunta que, en principio, debería ser fácil de responder.

—Nada, nada, no te preocupes. ¿Cuándo crees que vas a llegar?

—No lo sé. Intentaré pasar lo más desapercibida posible, lo cual significa que nada de avión ni de transporte donde tenga que revelar mis datos, ya lo sabes.

—Joder, Lin, un día de estos me vas a matar. Tú y tus puñeteros reportajes me vais a causar un infarto o algo peor.

—Lo sé, pero el día que gane el Pulitzer se te va a pasar todo de golpe, ya lo verás. Serás la amiga más orgullosa sobre la faz de la Tierra —digo en tono de broma, para quitar hierro al asunto.

—No seas gilipollas, ya estoy muy orgullosa de ti. Dudo que alguien pueda estarlo más, aunque me hagas vivir en un estado de preocupación constante.

—Bueno, estamos empatadas, entonces —comento, y un calor conocido, aunque poco frecuente, envuelve mi corazón. Es el cariño infinito que siento hacia mi mejor amiga—. Nos vemos en tres días al inicio de la pista de tierra, ¿vale? —cambio de tema. Para mí es muy difícil hablar de sentimientos, aunque sea con ella.

—¿Tres días? —Oigo como teclea en su ordenador—. Perfecto. Te esperaré a las tres de la tarde, y…, Lindsay… —Parece que quiere decir algo más, pero después recula—. Ve con mucho cuidado, por favor.

—No te preocupes, lo haré. Nos vemos el jueves. Te quiero.

—Te quiero —secunda antes de que la comunicación se corte.

Cuelgo el teléfono e inmediatamente lo arrojo al mar. Me maldigo por ello. No debería contribuir a la contaminación de los océanos, pero es la única manera de asegurarme de que desaparecerá de manera definitiva.

Echo a andar hacia la estación de autobuses. Debo recorrer más de mil kilómetros en tres días, y llegar a Alaska no es tan fácil como moverse por otros estados cuando lo que quieres es pasar por completo desapercibida.

No puedo dejar de pensar que hay algo que Nancy no me ha contado. La conozco demasiado bien para que sus titubeos hayan caído en saco roto. Sin embargo, por muchas vueltas que le dé, no acabo de adivinar qué puede ser.

Intento relegar ese runrún al fondo de mi mente. De todas formas, no hay nada que yo pueda hacer ahora, ni siquiera volver a preguntarle. Me he deshecho del teléfono y no voy a comprar otro solo para esclarecer esa duda. Lo que no impide que siga pensando en ello de forma un tanto obsesiva.

Me muerdo las uñas distraídamente. Tengo las falanges distales como muñones. Mi madre siempre decía que no eran nada femeninas y que nunca podría hacerme la manicura. Sonrío al acordarme de ella.

«Tampoco es que haya frecuentado los salones de la alta sociedad, mamá», le digo desde el corazón. Ojalá pudiera verme ahora. O quizás mejor no.

Voy vestida con ropa de hombre. Pantalones de trabajo, repletos de bolsillos, y camisa de franela a cuadros, todo cubierto por una chaquetón de plumas informe. La mochila que cargo al hombro abulta casi tanto como yo, y llevo una gorra de béisbol calada hasta las cejas para que sea más difícil que alguien me reconozca.

No, definitivamente, mi madre no aprobaría mi atuendo.

Ella, que siempre vestía con elegancia y se maquillaba hasta para estar en casa. Le daría un patatús si viera a su hija, educada en los mejores colegios de Anchorage, con ese *look* de camionero que tanto detestaba.

Cuando me subo al autobús, me alegro de que no haya apenas pasajeros. Así puedo colocar la mochila en el asiento junto a mí.

Con el calorcito de la calefacción y el vaivén del vehículo, me quedo dormida. Me despierto un buen rato después, con todos los sentidos alerta, al notar que alguien ha puesto sus zarpas sobre mi macuto.

—Suelta eso si no quieres perder la mano —digo en voz baja pero tajante.

Un niño de unos diez años me mira horrorizado desde el pasillo. Su madre, que no creo que me haya oído, pero que sin duda ha captado el tono y la amenaza, tira de él hacia su asiento y lo sermonea acerca de la importancia de no acercarse a desconocidos.

Decido apearme en la próxima estación y cambiar de ruta. Seguramente no sean más que dos pasajeros insignificantes, pero ya se han fijado en mí. Y eso es lo último que deseo ahora mismo.

Lo único que me apetece es llegar a la bendita cabaña que la familia de Nancy tiene en las Salt Mountains, y a la que nunca van, para refugiarme allí unos meses y decidir mi próximo movimiento alejada del mundo.

Sola, sin que nadie me moleste durante una buena temporada.

El jueves, a las tres en punto, espero al coche de Nancy bajo un frío que pela.

Estoy de pie, al inicio del camino de tierra que conduce a lo alto de las montañas; unos arbustos me ocultan de los vehículos que circulan por la carretera. Menos mal que es secundaria y está poco transitada.

Una sensación extraña se ha instalado en la boca de mi estómago, algo así como una premonición. Un nerviosismo que me tiene irritable y de mal humor desde hace al menos dos días. Creo que se debe a que he dormido menos de doce horas en tres días y a que le he dado millones de vueltas al dichoso «solo que…» de Nancy.

Cada minuto que pasa me vuelvo más paranoica; supongo que es normal cuando uno se dedica a lo que yo.

«Después de esto me centraré en temas menos peliagudos», me digo, no por primera vez. «A lo mejor Nancy lleva razón y va siendo hora de que deje de jugarme el pellejo en cada trabajo».

Un coche se acerca por la carretera y me escondo aún más entre los matorrales, a fin de huir de miradas indiscretas. A medida que la persona que lo conduce se va haciendo más visible, reconozco a mi amiga detrás del volante, así que salgo de mi escondite para saludarla con ambas manos.

Nancy da un frenazo cuando llega a mi altura; menos mal que apenas hay tráfico. Baja la ventanilla del copiloto.

—Señorita, ¿necesita que la lleve a alguna parte?

—Estaba pensando en una cabaña próxima a un lago, ¿conoce un sitio así, por casualidad?

—Tengo justo lo que necesita. Suba. —Me hace una señal exagerada con los brazos y yo abro la puerta riéndome de sus payasadas.

En cuanto entro en el habitáculo, respiro tranquila. Siempre me sucede lo mismo cuando estoy cerca de Nancy. Ella es mi lugar seguro, si es que una persona puede serlo.

Nos miramos durante unos instantes y, después, nos abrazamos sin mediar palabra.

El pitido de un coche al que le estorbamos el paso interrumpe nuestra efusión. Nos echamos a reír; yo me limpio una lagrimilla con disimulo, y Nancy enfila hacia el refugio en el que viví algunos meses en el pasado. Siempre huyendo de algo o alguien, igual que ahora.

—¿Qué has hecho esta vez? —me pregunta mi amiga. Como siempre, va al grano, sin paños calientes.

—No sé si puedo contártelo todavía. Quiero revisar las fotos con detenimiento y estudiar qué tengo antes de revelar nada a nadie. Ya me conoces.

—Demasiado bien. Pero al menos podrías darme una pista de en qué andas metida.

Niego con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Cuanto menos sepas, mejor. Siento en el alma ponerte en peligro solo con que estés al corriente de mi paradero.

—¿Tan grave es? —La preocupación le tiñe el rostro.

—Esta vez me temo que sí.

Nancy inhala con fuerza.

—Bueno, al menos sabes que el tema legal lo tienes cubierto. —Se encoge de hombros—. Tienes a la mejor abogada de Alaska de tu parte.

—Y la más humilde.

—Habla la que presume de que va a ganar el premio Pulitzer.

Ambas reímos.

Nos conocemos desde hace tantos años que no necesitamos llenar el silencio con palabras. Nancy no me pregunta nada más sobre mi trabajo; sabe que, de todas formas, no se lo contaré hasta que no esté preparada.

Reparo en la tensión a la que he sometido mis músculos cuando por fin consigo relajarme en el asiento del acompañante, al lado de mi amiga. Lo gracioso es que no era consciente del dolor hasta ahora que se han aflojado, sobre todo los de la espalda.

—¿Ese es todo tu equipaje? —pregunta Nancy al cabo de un rato, señalando la mochila con la barbilla.

—Ajá —contesto, distraída—. No necesito más.

A medida que nos acercamos a la cabaña del lago, la nieve se vuelve más espesa y el camino se hace menos transitable. He estado aquí arriba en numerosas ocasiones, casi siempre acompañada por Nancy; algunas, con ella y con Matt, cuando aún eran amigos. Otras, con alguno de sus hermanos u Ozy, pero las últimas veces siempre he estado sola en la casa.

No sé por qué la familia McGonagall la aprovecha tan poco. Aunque he de decir que para mí supone una ventaja que la tengan desocupada, puesto que puedo venir siempre que lo necesito, como ahora.

El día es tan limpio y el cielo está tan azul que el paisaje parece pedirme que baje del coche y saque fotos a todo; no obstante, tengo tantas ganas de llegar y darme un baño caliente para quitarme la mugre acumulada en el cuerpo que no le digo a Nancy que pare. Ya tendré tiempo de hacer alguna excursión; preveo que voy a pasar varios meses aquí arriba.

—Tu madre se llevaría las manos a la cabeza si viera cómo vistes.

Sonrío. Nancy adoraba a mi madre, y creo que la echa de menos tanto como yo.

—Lo sé. En cambio, estaría orgullosa de esa falda de tubo, esos tacones y esa blusa semitransparente que te has puesto tú para subir a la montaña. No entiendo muy bien a qué viene tu indumentaria. No vas a un juzgado, Nancy, vamos al campo.

El carraspeo de mi amiga me obliga a mirarla a la cara. Se ha puesto roja como un tomate, y no es una persona que se ruborice con frecuencia.

—Esto… Dentro de nada llegaremos.

Arqueo las cejas. Ahora ya estoy segura de que hay algo que no me está contando. Ladeo todo el cuerpo en el asiento y la encaro.

—No quieras disimular conmigo. Desembucha —le exijo.

—¿Qué? —Su expresión de inocencia no me engañaría ni en un millón de años.

—No lo sé, pero aquí pasa algo. Ya me dejaste con la mosca detrás de la oreja el otro día, con ese dichoso «solo que…» que ha estado amenazando con volverme loca desde entonces, y ahora esto.

—¿El qué?

—Esto, esto. —La señalo con las manos y los brazos abiertos. A ella, su postura rígida, su atuendo—. ¡Joder, Nancy McGonagall! Estás temblando como un flan. Y tú tienes unos nervios de acero. ¿Qué coño pasa?

El frenazo que da mi amiga casi me hace caer del asiento. Bendito cinturón de seguridad.

Su mirada permanece fija en un punto no muy lejano. No sé si la ha asustado más mi interrogatorio o lo que ve ante sí.

Cuando giro el cuello en esa dirección, me doy cuenta de tres cosas.

Primero, que estamos mucho más cerca de la cabaña de lo que pensaba; de hecho, ya puedo distinguirla perfectamente. Segundo, que el camino de entrada a la casa está despejado de nieve, algo inviable si está desocupada. Y tercero, que un hilo de humo escapa

por la chimenea, y no solo de la cabaña de los McGonagall, sino también de la de los McGregor, que se halla justo al lado.

Trago saliva.

—La cabaña no está vacía —murmuro.

Nancy niega con la cabeza.

—Ni la nuestra ni la de los McGregor.

—Da la vuelta, Nancy. No puedo quedarme si hay alguien más. No voy a poner a nadie en peligro por…

—No seas idiota. —Mi amiga parece salir del trance en el que la había sumido la visión de las cabañas—. No hay lugar en el mundo en el que vayas a estar más segura que aquí. Nadie sabe que conoces este sitio, salvo mi familia y los McGregor. Es materialmente imposible que te busquen en las Salt Mountains. —Pisa el acelerador y sigue avanzando—. Además, si por casualidad alguien que no debe diera con tu paradero, Sam es un excelente tirador. No se me ocurre nadie más adecuado para protegerte.

Durante unos segundos el corazón se me detiene en el pecho.

—¿Te refieres a tu primo Sam? ¿Sam, el mayor de los McGonagall? ¿Sam, el prometido de Isla Gallagher?

—Sí, me refiero a ese Sam. —Nancy me mira y, por unos instantes, el nerviosismo en su cara es sustituido por una sonrisa pícara—. Ese por el que estabas loquita cuando íbamos al instituto, y que, por cierto, ha roto su compromiso con Isla.

CAPÍTULO 3

Sam

El ruido de un coche acercándose por el camino me saca de mi sopor. Me pongo en pie con pereza y miro la hora.

Frunzo el ceño, extrañado. No sé quién puede ser; el avituallamiento no debería llegar hasta mañana o pasado, y Matt no me ha avisado de que esperase visitas.

Quizás es el relevo de los vigilantes. No me he dedicado a controlar sus cambios de turno; tal vez fuese una buena manera de pasar el tiempo.

«Definitivamente, Sam McGonagall, si controlar los horarios de unos vigilantes te parece un pasatiempo aceptable es que te estás aburriendo mucho más de lo que crees». Me froto la cara con las manos y me encamino hacia la puerta para salir de dudas.

Ver a Nancy al volante de su coche me descoloca del todo. No pensé que le hiciera ilusión subir a la cabaña sabiendo que Matt está aquí arriba también. Imaginaba que retrasaría todo lo posible el reencuentro con él.

Mi prima nunca dejará de sorprenderme, eso sí lo puedo asegurar.

A medida que se aproxima a la cabaña, veo que no viene sola: la acompaña una chica. O creo que es una chica, porque lleva una gorra calada hasta las cejas y no puedo distinguir bien su rostro.

Aparcan a pocos metros de mí, que me arrepiento de no haber cogido del armario la chaqueta ni las botas de nieve y maldigo mi brillante idea de salir sin pensar.

—Hola, Sam. —La sonrisa que me dirige Nancy es tan insegura que apenas la reconozco. Antes de abrazarme, echa un breve vistazo

en dirección a la cabaña de los McGregor, como para cerciorarse de que Matt no ha salido, igual que he hecho yo—. Hace frío, ¿verdad? Creo que lo mejor será que entremos en casa antes de que se nos congele el culo a los tres. ¡Ven, Lin! —exclama, volviéndose hacia su acompañante. Ahora que ha comprobado que solo estamos nosotros tres, parece mucho más animada—. Aunque dé la impresión de ser un perro rabioso, por dentro Sam es como un osito de peluche.

Enarco una ceja. Nancy me está haciendo la pelota descaradamente.

Sin esperar a que le dé permiso, me rodea y se mete en la cabaña. Su amiga, sin embargo, parece más reticente. Titubea, de pie al lado del coche. Me mira como si estuviera muy arrepentida de algo, o muy asustada, no podría asegurarlo.

—¿Vais a entrar o qué? —grita Nancy desde la cocina. La veo abrir la nevera y rebuscar en su interior—. La cabaña se va a quedar a menos diez grados como no cerremos esa puerta ya. Además, podrían colarse visitas indeseadas y, la verdad, paso.

Me encojo de hombros y le hago una señal a su acompañante para indicarle que pase delante de mí.

La chica se mueve deprisa, con pasos cortos pero enérgicos. Me rodea, evitando invadir mi espacio personal en todo momento, y después entra en la casa.

La sigo. No puedo dejar de observar la manera en que se mueve, cómo deja la mochila en el suelo, se quita la gorra y los zapatos. Cómo lo mira todo. Me hace pensar que no es la primera vez que está aquí; es más, parece muy familiarizada con la cabaña, y no solo eso, sino que también creo que se siente feliz de volver a este sitio.

Parpadeo varias veces.

«¡Qué tontería! Es una perfecta desconocida. ¿Por qué debería estar familiarizada con la cabaña, o conocerla siquiera?».

—Sam, ¿te acuerdas de mi amiga, Lindsay Whitmore? —Nancy señala a la recién llegada. Ha sacado jamón y queso de la nevera, junto con algunas bebidas, y lo coloca todo en la mesa.

Entrecierro los ojos. Lo cierto es que el nombre me suena muchísimo, y, ahora que su rostro es visible, me resulta vagamente conocido.

Su imagen parece despertar ecos en mi memoria: los de una chica mucho menos bronceada y, por lo tanto, con menos pecas y la piel mucho más pálida y delicada.

Sin embargo, esos ojos, almendrados, cálidos y luminosos, donde el dorado se mezcla con destellos de verde, son tan bonitos que me cuesta creer que hubiese podido olvidarlos si los hubiera visto antes.

—¡Eres la hija del alcalde Whitmore! —exclamo al recordar que Nancy y ella eran uña y carne. Bueno, deduzco que siguen siéndolo, si la ha traído hasta aquí.

—Sam, estás un poco lento si has necesitado todo este tiempo para atar cabos —me recrimina Nancy antes de que Lindsay pueda contestar—. Ven, Lin, acércate y come algo. Tienes aspecto de no haber probado bocado en días.

—Yo… yo preferiría darme un baño antes, si a tu primo no le importa. —Su voz, dulce y cantarina, me sorprende. No sé por qué su aspecto me había hecho sospechar que tendría un tono mucho más contundente.

Aun así, sus palabras me causan un impacto inesperado. Elevo las cejas y abro la boca para preguntar, pero Nancy me hace un gesto para que me calle.

—Claro, cariño. Ya sabes dónde están las toallas. Tómate el tiempo que necesites. Mientras, yo hablaré con Sam y le explicaré la situación.

No salgo de mi asombro mientras veo como Lindsay y su mochila desaparecen tras la puerta del baño. Casi ni puedo cerrar la boca, pero prefiero callar y guardarme las preguntas para mi dulce primita, que seguro que ya está tramando alguno de sus interminables embrollos.

—¿Y bien? —Me cruzo de brazos.

—Lindsay es mi mejor amiga. —Ni siquiera abro la boca para replicar. Espero que mi gesto sea lo bastante elocuente y que Nancy pueda leer mi expresión de «¿y eso es relevante por…?» sin necesidad de que pronuncie las palabras en voz alta—. Necesita un sitio en el que refugiarse durante una temporada y, bueno, la verdad es que no es la primera vez que se esconde aquí arriba cuando se mete en algún lío.

—No sé por qué me ha dado esa impresión cuando la he visto entrar. —Espero que Nancy note la ironía en mi voz, porque no la disimulo en absoluto.

—Va a quedarse aquí un tiempo —insiste.

—Creo que deberías haber consultado eso conmigo antes de traerla, ¿no te parece?

—Esta cabaña no es tuya, Sam. Es de la abuela…

—Pero el que la está ocupando precisamente ahora soy yo.

—No grites, va a oírte.

—No me importa. Como has dicho, es amiga tuya, no mía. No tengo ninguna necesidad de quedar bien con ella.

—¿Podrías no comportarte como un capullo arrogante aunque sea una vez?

—¿Yo soy el arrogante? Has sido tú quien ha traído a su amiga hasta aquí sin preguntar, demostrando una soberbia inmensa al pensar que yo no pondría objeción alguna, y resulta que el arrogante soy yo. ¡Acabáramos!

—Como ya te he dicho, va a quedarse. No tiene otro sitio al que ir…

—Si tu amiga se ha metido en un lío, debería acudir a la policía, no a ti. ¿No has pensado que podrías estar encubriendo a una delincuente?

—Lindsay no es una delincuente, idiota. Y, si lo fuera, yo soy su abogada. Puedo encubrirla si quiero.

—¿En qué clase de problema se ha metido entonces? ¿Tiene un marido maltratador?

Nancy pone los ojos en blanco.

—Lindsay es reportera gráfica.

Los pelos de la nuca se me erizan al oír esas dos palabras.

—Entonces ha fotografiado algo que no debía. Y si ya ha estado aquí antes es porque no ha sido la primera vez. —Mi prima asiente con lentitud mientras yo voy uniendo los puntos, muy a mi pesar—. Esto tampoco puede acabar bien, Nancy. Quizás deberías quedarte tú con ella y dejar que yo vuelva a la civilización.

Nancy se retuerce las manos y mira hacia la puerta que da al exterior. Intuyo cuál es la fuente de su nerviosismo.

—No puedo quedarme, Sam. Lo sabes. Ozy me necesita para la exposición y, además…

—¿Matt está demasiado cerca? —Mi prima aprieta los labios. Niega con la cabeza a la vez que el pavor se apodera de su rostro—. Sabes que los McGregor no tienen más descendientes —insisto. Nancy es una de las personas a las que más me ha costado siempre persuadir para que haga algo, pero por intentarlo no pierdo nada—. No importa cuánto lo pospongas: seguirás teniendo que compartir con él el tiempo que pases aquí arriba. Quizás lo más sencillo para todos sería que te quedases en la cabaña ahora que ha venido tu amiga…

—No puede ser, Sam. Ya te he dicho que debo ayudar a Ozy. Además…, siempre cabe la posibilidad de que sean los padres de Matt y no él quienes pasen aquí el mes de junio, cuando me toque a mí ocupar la cabaña. —Parece abatida, así que aprovecho para ensañarme:

—¡Ja! Ni en tus mejores sueños. Eso no va a suceder, ni por asomo. —No suelo ser tan maleducado, pero es la frustración quien habla por mí.

Hace mucho tiempo que no me sentía tan atado de pies y manos por las circunstancias. Como si el destino o la fatalidad manejaran las riendas de mi vida, y no yo.

—No hace falta que seas tan cínico, Sam. Si Matt sigue aquí en junio, cuando sea mi turno en la cabaña, no va a ser una situación fácil para ninguno de los dos, y tú, que presumes de querernos a ambos, deberías compadecerte de nosotros.

—¿Acaso crees que convivir con una mujer a la que no conozco de nada, y que probablemente pase el día pegada a una cámara fotográfica, va a ser una situación idílica para mí?

—Pues mira, no lo había pensado, pero quizás es el karma el que te envía a Lindsay. Porque va siendo hora de que superes lo tuyo con la fotografía, ¿no crees?

—Sí, claro, el karma. Dime que no lo has planeado todo de antemano…

Mientras nos peleábamos hemos ido subiendo el tono de voz. Nancy siempre ha sido, de todos mis primos, la que más me ha

desafiado. Casi diría que la única.

Para empezar se posicionó del lado de Oscar cuando nos peleamos, y, aunque no dejó de hablarme, como sí hizo él, su relación conmigo no volvió a ser la misma después de que mi hermano y yo nos distanciásemos.

Se lleva la mano a la frente e inhala varias veces, intentando calmarse.

—Escucha, Sam —dice al fin—. Aunque no lo creas, tú no eres el centro del mundo, ni los demás estamos aquí para ser simples personajes secundarios en tu historia. —Abro la boca para protestar, pero Nancy me hace callar levantando un dedo en mi dirección—. La vida no va de esto. Lin me llamó hace dos días y me pidió ayuda. Y, sí, en cuanto le dije que podía confiar en mí, supe que tú supondrías un problema. A pesar de ello, le di mi palabra de que podía refugiarse en la cabaña de la familia. Así que no hagas que me avergüence de ti.

Sigue con el dedo levantado: lo esgrime como si estuviera dispuesta a sacarme un ojo en caso de que se me ocurra contradecirla.

Niego con la cabeza.

—No tienes derecho a exigirme…

—No te lo exijo —suspira—, te lo estoy pidiendo, o al menos esa era mi intención al principio, antes de que me sacaras de quicio.

—¿Que yo te he sacado de quicio a ti?

—En serio, Sam, no quiero pelearme contigo. —Nancy se lleva dos dedos al puente de la nariz—. Sé que tú y Lin vais a llevaros estupendamente. Además, la conoces de toda la vida.

—¿Cómo que la conozco de toda la vida? —Abro los brazos con indefensión—. Es la primera vez que la veo.

—¡Qué va! Es mi mejor amiga desde siempre, ya te lo he dicho. Íbamos al mismo colegio, ha venido a casa de la abuela millones de veces. Venga ya, Sam, no puedes decirme que no te acuerdas…

Mi prima no termina la frase porque la puerta del baño se abre de repente. Lindsay sale completamente vestida; el pelo húmedo le cae suelto a la espalda, y es de un color rojo fuego en el que no me había fijado antes. En su cara puedo leer un cansancio que no se ha

borrado a pesar del baño, pero también una expresión de determinación y furia que me inducen a pensar que nos ha oído discutir.

—Nancy, vámonos —dice, cogiendo la mochila y colgándosela al hombro—. Seguro que encontraré algún lugar en el que esconderme unos días. No me gusta estar en un sitio en el que no soy bien recibida.

Mi prima me mira y me hace un gesto significativo con los ojos, abriéndolos mucho, invitándome a que diga algo que no pienso.

Inspiro con fuerza.

—Lindsay, si eres amiga de Nancy, por descontado que eres bienvenida en nuestra cabaña. Puedes quedarte el tiempo que necesites. Solo que tendremos que aprender a compartir el espacio; a la vista está que es algo reducido. —Lo digo con los dientes apretados y con no toda la amabilidad que debería, pero es cuanto puedo dar de mí. Odio las encerronas, y sé muy bien cuándo me han hecho una, como ahora.

—Además, Lindsay, recuerda lo que te he mencionado cuando veníamos. —El tono meloso de mi prima nada tiene que ver con el que empleó conmigo hace apenas unos minutos—. En tus circunstancias, si tienes que quedarte con algún McGonagall aquí arriba será mejor que sea con uno que sepa disparar tan bien como Sam.

CAPÍTULO 4

Lindsay

—No es que haya pensado mucho en Sam durante los últimos diez años, pero la verdad es que no lo recordaba tan capullo —le digo a Nancy cuando la acompaño al coche. Lo que no verbalizo es que sigue tan espectacularmente guapo como siempre y que verlo me ha impactado. Si pensaba que era de los que con la edad se echan a perder, estaba muy equivocada: resulta que es como el buen vino. Mejora con los años. Joder, qué pena que lo estropee en cuanto abre la boca.

—Porque cuando íbamos al colegio no era así, o no tanto al menos. —Lanza miradas furtivas a la cabaña de los McGregor.

—Oye, ¿lo he entendido mal o Matt también está en su cabaña?

Nancy pone los ojos en blanco.

—Creí que te estabas dando un baño, no escuchando lo que discutíamos Sam y yo.

—No hablabais en susurros, precisamente. Lo que me sorprende es que no haya venido el mismísimo Matt a separaros.

Mi amiga eleva un poco el tono:

—¿Puedes, por favor, no mencionar a Matt? He oído más su nombre este último mes que desde que… ya sabes —dice, y agacha la cabeza.

—Está bien. Pero ¿puedo irme a vivir con él si Sam se comporta como el idiota que está demostrando ser? —La mirada que me dirige Nancy es tan elocuente que no necesita expresar en voz alta lo que piensa. Está claro que no me da permiso para que me mude de cabaña—. Por cierto, ¿cuánto tiempo se van a quedar por aquí uno y otro? ¿Lo sabes?

Un gemido escapa de entre sus labios.

—Tengo que marcharme ya. —Su mirada se dirige de nuevo hacia la cabaña de la familia de Matt—. Dile a Sam que te explique de qué va la movida. Aunque te adelanto que las cabañas van a estar ocupadas hasta finales de junio. Es por una estúpida cláusula del contrato que firmó mi bisabuelo. —Un ligero movimiento cerca de la cabaña vecina hace que Nancy se meta rápidamente en el coche y me diga de corrido—: ¿Crees que quien te persigue a ti puede tenerme vigilada a mí? ¿Conocen la relación que hay entre nosotras?

¡Joder! Ese es un tema del que debería haber hablado con ella; sin embargo, he perdido el tiempo en chorradas como el humor de su primo y su interés por Matt.

—No lo sé. —Mi respuesta suena más parecida a un quejido que a una afirmación.

—¿Ya le has entregado las fotografías a tu jefe?

Niego con la cabeza.

—Todavía no estoy segura de lo que quiero hacer con ellas. Esta vez tengo algo muy gordo entre manos, Nancy. Sé que ya te lo dije, pero es que es cierto. Ni siquiera sé si se lo pasaré a mi jefe o lo explotaré yo misma.

La cara de Nancy muta. Arranca el motor mientras dice:

—Creo que será mejor que no nos pongamos en contacto hasta que decidas qué hacer o hasta que quieras que te recoja. Si necesitas hablar conmigo de lo que sea, haz que Sam llame a la abuela por la emisora y que me mande el recado. Cuídate mucho, ¿vale?

Asiento y me agacho para darle un beso rápido.

—Vete ya. Muchas gracias por todo. Te quiero.

Me quedo preocupada viéndola marchar. «No deberías involucrar a tus amigos en tus mierdas, Lindsay, no está bien», me digo, y no por primera vez.

Me doy la vuelta, cabizbaja, y me dirijo hacia la cabaña.

Mis planes se han truncado. Pensaba que iba a pasar unos meses aquí arriba, sola. Que podría aprovechar este parón para decidir con

tranquilidad mi próximo movimiento y la mejor manera de sacar a la luz la información que obra en mi poder.

En cambio, me encuentro con que no solo tengo que compartir un espacio tan reducido con un hombre, sino con uno que despierta sentimientos de la adolescente que fui.

Me estremezco al pensar eso.

«Por Dios, Lindsay. Ese ya no es el chico del que te enamoraste cuando eras una cría, ni mucho menos. Es un hombre hecho y derecho. Para más inri, en apenas unos minutos ha demostrado ser un gilipollas integral, por mucho que tenga un cuerpo de escándalo y los ojos más azules que recuerdes».

Un gemido aflora entre mis labios.

Si la casa fuera más grande, podría tratar de no cruzarme con él, pero es tan pequeña que no me quedará más remedio que pasar la mayor parte del tiempo en su compañía.

Abro la puerta y entro, acompañada de una ráfaga de viento que amenaza con apagar la chimenea.

Enseguida busco la mirada reprobatoria de Sam, segura de que eso será lo que encuentre en su rostro severo.

Y… bingo. Ahí está su reproche sin palabras.

—¿Podrías cerrar esa maldita puerta, por favor? —Pues al final ha sido con palabras. Mira, me equivoqué.

No lo recordaba tan amargado, tan agobiado.

La muerte de sus padres en ese accidente de aviación fue un palo para él, pero, joder, no fue el único que perdió a sus progenitores. Mi amiga también perdió a los suyos, y lo mismo le sucedió al resto de los primos McGonagall, y no veo que a ninguno de ellos se le haya agriado el carácter como a él.

Yo misma perdí a mi madre y hace siglos que no me hablo con mi padre, ¿y qué? Aquí estoy. ¡La vida sigue!

—¿Podrías dejar que entre primero? O a lo mejor crees que sé atravesar puertas cerradas. —Si piensa que me voy a acobardar con sus palabras es que no tiene ni idea de que he pasado los últimos cinco años de mi vida yendo de conflicto armado en conflicto armado.

Sus modales tendrían que empeorar mucho, pero mucho mucho, para que me asustase siquiera un poquito.

—No sé si Nancy te ha comentado que Oscar… —se calla durante unos segundos y después aclara—: Ozy estuvo aquí el mes pasado y que cambió la cama de la habitación de invitados por un diván.

Su tono ha variado ligeramente, pero no puedo afirmar que esté hablando de forma educada, ni mucho menos.

Arqueo las cejas.

—¿Ozy McGonagall, el afamado pintor?

—Sí, ¿no sabes que es primo de Nancy? ¿Mi hermano?

—Por supuesto que lo sé. Lo que me extraña es que pasara un mes aquí arriba, que ahora estés tú y, más aún, que esté Matt. Nancy me ha dicho que la cabaña va a estar ocupada hasta junio por no sé qué cláusula que firmó vuestro bisabuelo…

—Sí, es una larga historia.

—Tengo tiempo de sobra. —Me cruzo de brazos, retándolo.

—¿No prefieres descansar un rato?

Entrecierro los ojos y lo observo sin disimulo. «¿Este tío es bipolar o qué le pasa? No hace ni un segundo me estaba echando la bronca para que cerrara la puerta y ahora me invita a echarme una siesta».

Sam se restriega la cara al tiempo que resopla.

—Mira, entiendo que mi prima te haya tendido una mano y te haya permitido quedarte aquí si cree que nadie va a encontrarte. Es más, parece que ambas estáis convencidas de que, quienquiera que sea la persona de la que huyes, ni siquiera te va a buscar aquí arriba. Pero me gustaría que tú entendieras que la cabaña apenas cuenta con las comodidades suficientes para una persona, así que no puedo imaginar cómo vamos a apañarnos los dos.

—Sí, eso me ha quedado claro desde el minuto uno. Aunque te resulte difícil creerlo, no soy tan obtusa.

Sam cierra los labios formando una fina línea.

—Eso no es lo que yo…

—No me importa lo que hayas dicho o lo que hayas querido decir. Yo intentaré no molestarte; intentaré entender que solo soy un estorbo para ti. Que, de alguna manera, he venido a interrumpir tu

paz. —Cargo mi mochila al hombro y me dirijo hacia la habitación—. Siempre y cuando tú entiendas que yo estoy aquí porque no tengo otro sitio al que ir, ya que, si lo tuviera, puedes estar seguro de que no perdería ni un segundo más de mi tiempo al lado de una persona tan tóxica como tú.

Sam arruga la frente como si mis palabras le hubiesen surtido el mismo efecto que una patada en la espinilla, por no mencionar un lugar más sensible de su anatomía.

Abro la puerta de la habitación y entro.

El estruendo del portazo que pretendía dar se diluye cuando Sam me impide cerrar interponiéndose entre la hoja y el marco.

—Perdona, pero esta es mi habitación —me dice. Señala la maleta abierta a los pies de la cama y su neceser, que está encima de la cómoda.

Me pongo roja al darme cuenta de mi error.

¿Por qué he supuesto que me cedería la habitación? No será por la manera supereducada en que se ha comportado hasta ahora.

No, será más bien porque soy una idiota que cree que las personas se conducen por un código ético y moral que solo existe en mi cabeza.

—Pensaba… Pensaba.

—¿Que yo iba a dormir en el diván?

Asiento.

—Sí.

—Es lo que tú hubieses hecho, ¿verdad? —dice, y su tono comprensivo me hace pensar que se ha replanteado la posibilidad de cederme la cama.

Vuelvo a asentir, más animada.

Él se encoge de hombros.

—Total, si ya habías decidido hacerte la educada, renunciar a la cama y quedarte en el diván para dormir tranquila con tu conciencia, perfecto. Quédate con el diván. Así los dos descansamos: tú, convencida de haber hecho lo correcto, y yo, en una cama cómoda.

—Pero… Pero. —«Mecagoenlaputa, este cabrón me la acaba de jugar».

Me señala la puerta de la otra habitación con una sonrisa, y yo no puedo evitar lanzarle una mirada de odio que me nace del centro del corazón.

Este mes se me va a hacer muy largo, como si lo viera.

Cuando entro en la habitación de invitados, como la ha llamado Sam, el alma se me cae a los pies.

No es que no haya dormido en sitios mucho peores. Lo he hecho, y no me ha importado. Pero se suponía que venía aquí a descansar, a lamerme las heridas y salir recuperada y con más fuerzas que antes. No a dormir en un diván rojo que parece más duro que el mismísimo infierno, en una habitación llena de restos de pintura y que huele tanto a disolvente que temo que se me funda el cerebro.

«Por eso te ha sugerido que te echaras una siesta. Quería que entraras aquí y te vinieras abajo».

¡Gilipollas! No sabe que se necesita mucho más que una ligera incomodidad y unos cuantos olores fuertes para echarme de un sitio en el que quiero estar. No se ha dado cuenta de que uno no puede meterse con Lindsay Anne Whitmore y esperar que no haya consecuencias.

«No sabes en qué lío te has metido, chaval. Si buscabas pelea, prepárate, porque esto no ha hecho más que empezar».

CAPÍTULO 5

Lindsay

Me levanto muy temprano y salgo de debajo de las mantas, lo que hace que me ponga a tiritar de frío. La temperatura fuera de la cabaña debe de ser de varios grados bajo cero.

Supongo que el fuego se ha apagado y por eso el fresco se hace notar en el interior de la casa. Estoy tentada de ponerme el abrigo encima del pijama, pero desecho la idea de inmediato. Si mi plan sale bien, en menos de cinco minutos estaré calentita y bien envuelta en un edredón esponjoso.

Me muevo con sigilo hacia la habitación de Sam, pidiéndole al universo tres cosas con fervor: la primera, que el señorito siga dormido; la segunda, que no tenga un sueño ligero, y la tercera, que anoche no cerrara la puerta con llave.

En cuanto pongo la mano sobre el pomo y este cede, casi arruino mi estrategia debido a las ganas brutales que me entran de gritar: «¡Vamos!».

Me cuelo en el dormitorio de puntillas y conteniendo el aliento; por nada del mundo quisiera despertar a Sam, si no, mi plan no tendrá ningún sentido.

Cuando llego a su lado, lo observo durante unos segundos: la luz de la luna que entra a través de la ventana sin cortinas me permite recrearme en su cara. Así, dormido, sin que el mal humor le frunza el ceño ni interfiera en sus facciones, podría decirse que es uno de los hombres más atractivos que he visto jamás. Y no es que yo sea una de esas mujeres que no han salido de su pueblo, sino muy al contrario: llevo mucho mundo a mis espaldas.

La barba incipiente que le cubre la mandíbula le da un aire desenfadado que lo rejuvenece. No aparenta los treinta y tres años que tiene; cualquiera pensaría que aún no ha cumplido los veinticinco.

Meneo la cabeza de un lado a otro para salir del embrujo en el que me ha sumido la visión de su rostro y cierro los ojos para infundirme ánimos. Tengo que seguir adelante con lo que he venido a hacer.

Cuidadosamente, cojo el extremo del edredón que lo cubre y empiezo a retirarlo de encima de su cuerpo. Me llevo una sorpresa enorme cuando reparo en algo que no había previsto: Sam McGonagall no utiliza pijama para dormir. Ni siquiera calzoncillos.

Trago saliva con tanta fuerza que casi me atraganto. La naturaleza no solo lo ha dotado de forma generosa, sino que, además, ha decidido hacer horas extras con él mientras duerme. Joder, que el tío está empalmado como si llevara toda la noche viendo porno.

«Vamos, Lindsay, vamos. No te quedes embobada ahora, que se va a despertar y te va a pillar de lleno mirándole la "cosita". —Me entra la risa floja y tengo que morderme los carrillos para aguantármela—. Como si a eso pudieses llamarlo "cosita". Mejor di la "anaconda"».

A duras penas, con el corazón a punto de salírseme del pecho y la entrepierna palpitándome como la traidora que es, termino de retirar el edredón de la cama y salgo de la habitación.

La cabeza me da vueltas, pero no por la razón que creí que lo haría cuando puse en marcha mi jugarreta. Ni mucho menos.

Yo pensaba que esta venganza me brindaría una pequeña satisfacción. Que me resarciría de cómo me trató anoche el capullo de Sam. Sin embargo, ahora estoy acalorada, y no tengo ni idea de cómo voy a mirar a ese hombre a los ojos cuando salga de ahí para pedir explicaciones.

«¿Para qué engañarnos? No podrás mirarlo a la cara nunca más a partir de ahora», me recrimino.

Me llevo ambas manos a las sienes.

«Tenías que haber abortado el plan en cuanto has visto ese pedazo de po…». Dios, ni siquiera puedo articular la palabra en mi mente.

Antes de que pueda envolverme en el cobertor y sentarme a esperar en el sofá, mi plan original, la puerta del dormitorio se abre y a través de ella sale un Sam cabreadísimo.

—¿Esto de destaparme para que me congele es una revancha infantil por lo de anoche, o algo así? —pregunta.

Va desnudo de cintura para arriba. De cintura para abajo ni me atrevo a mirar.

—No, era para que vieras lo que se siente cuando alguien te deja frío. —Mi voz debería sonar chulesca e irónica, pero me temo que no lo he conseguido.

Sam eleva las cejas.

—Qué curioso, esa frialdad tuya suena a deseo mal disimulado. Aunque supongo que no es fácil fingir indiferencia cuando se te notan las ganas hasta en la respiración.

Alzo la barbilla. Claro que me estoy derritiendo por dentro después de lo que he visto en su dormitorio, pero no pienso admitirlo ni en un millón de años.

—¿Deseo? No, guapo. Si alguna vez te deseo, créeme, no vas a tener que adivinarlo. Solo vas a rogar que tu cuerpo aguante.

Se le desencaja la mandíbula; esa es la señal para que yo haga mi salida triunfal de escena. Ahora o nunca.

Me meto en mi habitación, todavía con su edredón entre las manos, y, ahora sí, respiro entrecortadamente.

«Por Dios bendito, ¿qué cojones acaba de pasar? Y lo que es peor: ¿cómo diablos hemos llegado a esa situación?», me pregunto.

Porque aquí estoy, recluida en mi cuarto, sujetando con fuerza una colcha que no es la mía y temblando de pies a cabeza por culpa de las sensaciones físicas que me ha provocado un hombre al que, en principio, odio. Y eso que ni siquiera me ha puesto una mano encima, todo lo más han sido miradas e insinuaciones.

«Que has flirteado con Sam McGonagall, eso es lo que acaba de pasar, tía». A veces soy así de borde incluso conmigo misma.

«¿Yo? Para nada. Ha sido él quien ha empezado. Ha insinuado que lo estaba mirando con deseo». Sí, mantengo conversaciones fluidas dentro de mi cabeza. ¿Quién en su sano juicio no lo hace?

«Pero es que te lo estabas comiendo con los ojos, Lindsay. Normal que te lo echase en cara».

«¿Es que no has visto el pedazo de polla que tiene, o qué? Eso, por no hablar de la tableta de chocolate en los abdominales, o de esa cara de modelo de portada de la revista *Men's Health*».

¿Ves? Lo que he dicho. Conversaciones enteras sin necesidad de que intervenga nadie más que yo.

Me llevo la mano a la frente.

«Lo primero de todo, necesitamos calmarnos. Tranquilizarnos. Que se nos pase este calentón».

«Pues fuera hay nieve a montones. Sal y date un buen revolcón; seguro que sofocas ese calor uterino que te ha entrado así, de repente».

Unos golpes en la puerta interrumpen en seco mi diálogo interior, que, dicho sea de paso, empezaba a ser más un desvarío que otra cosa.

Abro lo justo para poder ver fuera con un ojo. Es Sam quien está al otro lado. «¿Quién esperabas que fuera, Lindsay?».

Sigue sin camiseta. Sigo sin atreverme a desviar la mirada más abajo, por si acaso.

Tiende una mano en mi dirección. Me cuesta unos segundos entender su gesto. Luego doy un respingo; eso sí, lo disimulo cuanto puedo. Me está pidiendo sin palabras que le devuelva el edredón.

Sin abrir la puerta más que lo estrictamente necesario, le hago entrega de su ropa de cama. Ninguno de los dos pronuncia una sola palabra durante el intercambio.

Maldita la hora en la que se me ocurrió jugarle una mala pasada. Vaya manera de ponerme en ridículo.

Cierro la puerta, ahora sí, con un portazo en toda regla, y me tiro en el diván rojo como si yo fuera un árbol recién talado. Con todo mi peso.

No me lo puedo creer. Lo que empezó como una trastada que no debía acarrear apenas consecuencias ha terminado en una

catástrofe de proporciones muy calientes. ¡Dios! ¡Si desde hace un rato ni siquiera soy consciente del frío que hace en la cabaña!

De pronto me entra la risa. Empieza como un hormigueo en la garganta y en el pecho; es por lo absurdo de la situación, imagino. Intento contenerla, ya que soy experta en pasar desapercibida, o eso creo, pero va creciendo de intensidad sin que pueda evitarlo, y se expande por mi cuerpo hacia el estómago. Ya no es una risa suave, sino una mucho más salvaje, que me agita por dentro, me obliga a incorporarme en el diván y sujetarme la barriga, que empieza a dolerme igual que si hubiese estado haciendo abdominales.

Las lágrimas me inundan los ojos. Lloro de alegría, o quizás es que estoy histérica, no lo tengo claro. Lo que sí sé es que me siento liberada. Más viva que en mucho tiempo y, a la vez, con unas ganas inmensas de hacer algo con mi vida.

Cuando por fin puedo parar de reír y me tranquilizo, me siento bien, mucho mejor que en las últimas semanas. Parece que la apatía que se había adueñado de mí desde que tomé esas dichosas fotos me ha soltado, o a lo mejor la he soltado yo a ella. No estoy segura de quién tenía cogida a quién.

Intento calmarme mientras miro alrededor. «Esta cabaña siempre te ha devuelto a la vida. De una manera u otra, siempre ha sido un faro en la oscuridad».

Inspiro hondo una vez, dos. Me dirijo a la ventana y la abro para dejar entrar la luz del nuevo día.

«Sí, Lindsay, seguro que lo que te ha puesto de este humor excelente es la cabaña. No ha sido darte cuenta de que estás encerrada en ella con un hombre que protagonizaría los sueños de cualquier mujer que tuviera ojos en la cara. ¿Que es un capullo? Resulta evidente. ¿Que hace años que no bebes los vientos por él? Seguro. ¡Joder! Ya no eres una cría enamorada del primo mayor de su mejor amiga. Pero que tú no te vas de aquí sin probar ese pedazo de polla que tiene entre las piernas, también te lo digo».

Y, así, en menos de doce horas, decido que ya no quiero hacerle la vida imposible a Sam McGonagall, no. Lo que quiero es comprobar

por mí misma si maneja igual de lo que la naturaleza le ha dado como esas pistolas con las que, por lo visto, tiene tanta puntería.

CAPÍTULO 6

Sam

«¿En qué cojones estaría pensando esta mujer cuando ha entrado a robarme el edredón?», me pregunto mientras pongo un pie fuera de la ducha y me estiro para coger la toalla del gancho en el que está colgada.

Todavía no se me ha quitado del todo el frío que he pasado esta mañana, joder. Es como si se me hubiera pegado a los huesos y no hubiera forma de desprenderme de él.

Me acerco al espejo, dispuesto a limpiar el vaho, y ahí, en letra muy clara y en mayúsculas, puedo leer:

«Recuerda: no todos los que tienen abdominales son buenas personas».

Eso no estaba ayer. Lo que significa que solo puede haberlo escrito una persona.

Cierro los ojos y maldigo en silencio. La muy… Prefiero no insultarla ni siquiera en mi cabeza, porque, si empiezo, no voy a poder parar.

No solo viene aquí a ocupar un lugar que no le pertenece, a reírse de mí a carcajadas, a pavonearse con ese cuerpo de escándalo que me quita el sueño. ¡Que no me había despertado tan empalmado como hoy desde… desde… desde ni recuerdo cuándo! ¿Encima tiene que joderme con sus tonterías? ¿No le ha bastado con la bromita del edredón, que ahora tiene que dejarme notas en el espejo?

No estoy para gilipolleces, ni de este tipo ni de ningún otro, y mucho menos para crías inmaduras, por mucho que habiten el cuerpo de diosas del Olimpo. Voy a llamar por radio a la abuela y

voy a decirle que le mande a Nancy el recado de que suba. ¡Que se la lleve! No pienso perder mi paz y mi calma por una niñata como esta Lindsay. Suficiente tengo con estar aquí arriba, apartado de todo lo que sucede en el despacho durante un mes entero.

Si lo que pretendían mis primos era que aprovechara este tiempo para relajarme y desconectar, que Lindsay se haya instalado en la cabaña ha conseguido justo lo contrario.

Cada segundo con ella bajo este techo es una provocación a mi autocontrol; su mera presencia lleva mi rabia a un punto de ignición constante. Si además le añado que está empezando a despertar mi deseo, esto no va a acabar bien, nada bien.

Me visto con prisas y salgo del baño, con el pelo aún húmedo. Tenía que haber ido a la peluquería antes de subir a la montaña, pero pensé que no importaría si lo llevaba un poco más largo de lo habitual. De todas formas, aquí arriba, ¿quién me iba a ver? Sin embargo, ahora los rizos me caen sobre la frente, y no estoy acostumbrado. Me molestan.

La radio se halla en una habitación minúscula cerca de la terraza que da al lago. Hacia allí me dirijo. Voy tan concentrado en todas las cosas que están agotando mi paciencia: Lindsay, el frío, la dichosa nota en el espejo, el molesto pelo en la cara… que no me fijo en mi entorno hasta que la veo.

«¿Qué coño…?».

Está en cuclillas delante de la chimenea, y solo lleva puesta una de mis camisas. La tela le llega justo por debajo del trasero, como si lo hubiera calculado a propósito para que se me vaya la olla imaginando lo que no me enseña pero me insinúa.

Se vuelve despacio y clava sus ojos en los míos de una manera que no deja lugar a dudas acerca de sus intenciones.

¿Estoy alucinando? ¿He entrado en una dimensión desconocida?

—He puesto toda mi ropa a lavar y he pensado que no te importaría si usaba una de tus camisas mientras tanto —me dice conforme se pone en pie. Ha pronunciado cada palabra en un tono que envía una señal directa a mi entrepierna.

No soy tonto, sé leer entre líneas, y si esto no es el intento más descarado de flirteo que me han hecho en años, que baje Dios y lo

vea.

Lo que no sé es cómo voy a ser capaz de mantener la cordura y no caer en su trampa. Porque esto es una trampa.

Un día no me soporta y, al siguiente, me sonríe como si fuéramos viejos amantes. Que alguien me lo explique, porque yo ya no sé si me está seduciendo o jugando conmigo. A no ser que esté loca, claro.

—Prefiero que me pidas a mí la ropa que necesites antes de que me la robes —le respondo. Para mi escarnio, me doy cuenta de que mi voz ha bajado, al menos, una octava.

—No te he robado la camisa, solo la he tomado prestada. —Me sonríe de un modo que no tiene nada de inocente.

—¿Igual que el edredón esta mañana? —«Sam, para. Estás cayendo en su juego con los dos pies. ¿Es eso lo que quieres?».

No sé si es lo que quiero, la verdad, pero quizás (solo quizás) no nos iría mal rebajar la tensión que se creó entre nosotros ayer. De todas formas, vamos a tener que pasar mucho tiempo encerrados en la cabaña.

Aunque me sigue escamando su cambio de actitud. Aquí hay gato encerrado.

—Lo del edredón… Bueno, dejémoslo en que ha sido una broma que no ha salido del todo como yo esperaba. —De repente, la temperatura de la estancia parece haber subido unos cuantos grados, y da la impresión de que ese calor procede directamente del fulgor que emanan sus ojos.

Necesito aire.

Si alguna vez he jugado al ratón y al gato, siempre, sin excepción, he sido el gato. ¿Por qué ahora me siento como un ratón a punto de ser atrapado?

La mirada de Lindsay se clava en la mía y la veo acercarse a mí a cámara lenta. Sus movimientos son estudiados y sensuales. Diseñados para obtener lo que quiere. Apostaría lo que fuera a que ahora mismo yo soy su trofeo. Aunque maldita sea si consigo adivinar a qué se debe este cambio de actitud.

La intriga que me reconcome me impide disfrutar del momento. Debería dejar de pensar en el porqué y centrarme en el presente.

Eso es lo que siempre dice mi terapeuta, ¿no? Tengo que soltarme y fluir. Dejar de vivir en mi cabeza y experimentar las sensaciones desde mi cuerpo. Bueno, supongo que esta es una ocasión tan buena como cualquier otra.

De acuerdo. Vamos allá, Sam.

«Una mujer con un cuerpo escultural, unos labios carnosos hechos para el pecado y la mirada más incendiaria que te han dirigido en años se acerca a ti con unas intenciones muy claras. ¿Qué vas a hacer? ¿Permanecer de pie como un pasmarote? ¿O bien sumarte a la acción y participar activamente?».

«Yo creo que lo de participar activamente va más con nosotros», me respondo a mí mismo mientras intento reaccionar.

Lindsay se sitúa a un paso de mí. Es una mujer alta: yo, que sobrepaso el metro ochenta, apenas necesito agachar la cabeza para mirarla a la cara. Tiene los labios entreabiertos. Si eso no es una invitación clara, no sé qué puede serlo.

«Un momento, ¿no te estará incitando para después dejarte con la miel en los labios? La veo capaz. De hecho, hasta ahora ha estado tocándote las narices una y otra vez, ¿por qué debería ser diferente en esta ocasión?».

—¿A qué estás jugando, Lindsay? No te sigo.

Ella apoya sus manos en mi pecho y susurra cerca de mi boca.

—No estoy jugando a nada. Pongamos que esta madrugada he visto algo que me ha hecho cambiar de opinión sobre ti. Y, ya que vamos a pasar mucho tiempo juntos entre estas cuatro paredes, ¿por qué no hacerlo de la manera más entretenida posible?

Su voz ronca me eriza el vello de la espalda, y la traidora de mi polla se yergue en menos de un segundo.

Sé muy bien lo que ha visto esta mañana cuando ha retirado mi edredón. Por mucho frío que haya sentido al quedar destapado, mi miembro estaba empalmado igual que lo está ahora, si no más.

Elevo las cejas. Suelo jactarme de distinguir cuándo las personas mienten, y no me parece detectar falsedad en las palabras de Lindsay.

—¿De verdad quieres que esto suceda?

—Ajá. Me he propuesto probar —señala mi entrepierna— eso que tienes ahí. Así que he pensado que te lo podía pedir alto y claro. ¿Para qué voy a dar rodeos innecesarios? Me gusta ir a por lo que quiero cuando sé lo que es.

Por primera vez desde que esta mujer puso un pie en la cabaña, me entran ganas de reír. O quizá por primera vez en años. No recuerdo que nadie me haya hablado de forma tan directa en mucho tiempo. La gente nunca es tan clara cuando busca algo de mí. No obstante, logro mantener a raya la carcajada y solo le ofrezco una sonrisa torcida. Ella me corresponde con una caída de párpados.

Coloco mis manos en su cintura y la acerco a mi cuerpo para que note la dureza de mi polla y lo dispuesto que estoy a demostrarle que a mí también me apetece perder el control. Al fin y al cabo, no soy de piedra.

El calor va aumentando a medida que nuestras bocas se aproximan. Sus pezones erguidos se clavan en mi pecho, y me excito más a cada segundo que pasa.

Un gemido escapa de entre los labios de Lindsay cuando, por fin, nuestras caderas entran en contacto y mi miembro duro roza su sexo a través de la ropa. Esa es mi señal para asaltar su boca. Me apetece mucho atrapar sus labios entre los míos y darle un suave mordisco.

—¿En serio? ¡No me jodas! —El grito quejumbroso de Matt nos corta el rollo al instante—. Primero Ozy y ahora, tú. ¿Por qué las tías buenas y con ganas de echar polvos vienen a parar a vuestra cabaña, y a la mía solo entran los ratones? ¿Alguien me lo puede explicar?

Lindsay se separa de mí y me mira con algo parecido al horror, como si de repente hubiese descubierto que yo padezco lepra o algo similar. Aunque dura solo una milésima de segundo, ya que enseguida despunta en sus ojos un brillo travieso que me hace sonreír y salir del estupor en el que yo también me había sumido.

—¡Matt, por Dios! —exclama, volviéndose hacia nuestro vecino—. No se puede decir que con los años hayas adquirido el don de la oportunidad.

—¿Lindsay? ¿Lindsay Whitmore?

—¿Aún no has aprendido a llamar a la puerta antes de entrar? —Con pasos rápidos, se encamina hacia la habitación de invitados, no sin antes dedicarle otra mirada de advertencia—. Ni se te ocurra largarte antes de que vuelva a salir, McGregor. Hace demasiado tiempo que no nos vemos y quiero ponerme al día contigo. Tienes que compensarme, ya que me has jodido los planes.

Ambos la seguimos con la vista hasta que desaparece en el interior del cuarto. El golpe sordo de la puerta parece sacarnos a los dos de nuestra estupefacción.

—¿Os conocéis? —Sigo aturdido por todo lo que ha pasado, así que ni siquiera puedo enfadarme con Matt por haber entrado sin llamar y haber interrumpido el que hubiera sido mi primer polvo (como él mismo lo ha definido) en meses.

—Por supuesto. Y, por lo que veo, tú también, y no solo en el sentido estricto de la palabra. —Su sonrisa maliciosa me hace fruncir el ceño.

—Nancy me la presentó ayer.

Las cejas de Matt salen disparadas hacia el nacimiento de su pelo.

—¿Nancy estuvo aquí? —Camina hacia el sofá, abatido. No se molesta en quitarse el abrigo o las botas de nieve—. Ni siquiera pasó a saludar.

—Acompañó a Lindsay, dijo que es su mejor amiga, pero se marchó enseguida. Tiene mucho trabajo.

Matt asiente.

—Compartían habitación en la uni, aunque a Lindsay la conozco desde mucho antes; pensaba que tú también. Supongo que ahora ella y yo estamos en paz. Anda que no nos pilló veces en situaciones igual de comprometidas, a tu prima y a mí.

—Matt, en serio que no necesitaba esa información.

El chico me mira con esa pena que lo embarga siempre que habla de Nancy. Aunque en sus ojos también puedo leer la picardía que lo caracteriza.

—Supongo que no pensarías que Nancy y yo pasábamos las noches haciendo sudokus, Sam. No te pega.

—Croché, creía que hacíais croché —contesto, sarcástico, y mi amigo pone los ojos en blanco.

CAPÍTULO 7

Lindsay

«Madre mía, Matt siempre tan inoportuno. El tema se estaba poniendo interesante de verdad. Casi había conseguido echarle mano al premio gordo. ¡Y qué gordo!».

Una sonrisa maliciosa acude a mis labios mientras me visto.

Una cosa es que Matt me haya visto en bikini y otra muy distinta, que me sienta cómoda hablando con él con tan poca tela sobre mi cuerpo, en un sitio que no es la playa, precisamente.

No puedo decir que, cuando se ha puesto a protestar a voz en grito, no me haya asustado un poco, ni que volver de súbito a la Tierra desde el plano lujurioso en el que me encontraba no haya supuesto un golpe duro, pero ya llegará el momento de volver a ese sitio. No ha sido complicado conducir hasta ahí a Sam una vez, así que dudo que lo sea las siguientes.

Salgo de la habitación con la seguridad en mí misma casi restaurada por completo. Matt y Sam están sentados en el sofá. El primero todavía lleva puesto el abrigo y las botas de nieve, y su cara de consternación solo puede tener un motivo: Nancy.

—Creo que ya va siendo hora de que alguien me aclare este misterio —anuncio.

—¿Qué misterio? —Ambos se vuelven en mi dirección y me miran con curiosidad.

—¿Por qué tu ropa está limpia y seca tan pronto? ¿Ese misterio? —pregunta Sam, haciendo que mis mejillas hiervan de vergüenza.

La risotada de Matt no me pilla desprevenida, pero sí hace que mi bochorno ascienda un grado más.

Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada asesina que, para mi satisfacción, da resultado y obliga a Sam a levantarse del sofá con las manos en alto, en son de paz.

—Prepararé café —ofrece mientras se dirige a la cocina.

—Para mí, un chocolate, gracias —dice Matt.

—Sí, yo también lo prefiero —añado.

—¿Tienen alguna petición más los señores? —pregunta mi compañero de cabaña, con sorna.

Matt y yo nos miramos y nos aguantamos la risa.

—No, con eso será suficiente —respondo, moviendo la mano como si despachase a un criado muy irritante. Luego prosigo—: Me refiero a todo ese rollo de que vuestros bisabuelos firmaron una cláusula de no sé qué, que ahora os obliga a permanecer aquí arriba seis meses. ¿Lo entendí bien?

Matt asiente enérgicamente. Parece un poco más animado que hace unos minutos, hasta se pone en pie para quitarse el chaquetón.

—Por lo visto, los contratos originales de arrendamiento del terreno incluían una cláusula según la cual los propietarios pueden echarnos y derruir las cabañas si estas no están ocupadas al menos seis meses al año. Por eso nos toca estar confinados aquí arriba. —El tono de Matt no denota que le parezca mal plan—. Los McGonagall van a turnarse y pasarán cada uno un mes, mientras que yo —se señala el pecho, ahora solo cubierto por un jersey fino —, que soy hijo y nieto único, tendré que vivir aquí al lado —ahora señala en dirección a su cabaña— los seis meses seguidos.

—¿Por qué no parece que eso te siente muy mal?

Me guiña un ojo y se acerca a mí para darme un abrazo de oso que, francamente, ya estaba tardando.

—Porque Nancy también tendrá que pasar su mes aquí arriba y, quiera o no, tendrá que enfrentarse a lo que sucedió entre nosotros —susurra en mi oído mientras me estrecha entre sus brazos.

Por unos instantes se me había olvidado su relación con Nancy. Matt lleva tanto tiempo en mi vida como ella. Hemos asistido al mismo colegio, hemos compartido los mismos amigos y hemos estudiado en la misma universidad.

Solo que mi mejor amiga es ella, no él. Hubo un tiempo en que lo fueron los dos, pero los cabrones me obligaron a escoger bando.

Sacudo la cabeza para disipar estos pensamientos; ahora el asunto que nos ocupa es otro.

Matt se separa de mí como si no me hubiera hecho partícipe de sus anhelos hace solo unos segundos. Tras mirar de soslayo a Sam, cambia de tema de forma abrupta.

—Sé que no es la primera vez que te quedas en la cabaña de los McGonagall, así que me imagino que habrás vuelto a fotografiar algo que no debías.

Me pongo tan rígida que creo que se me va a romper algún músculo.

—Preferiría que no hablaras de esa cuestión tan a la ligera —susurro entre dientes, echando un vistazo a Sam—. No me gusta implicar a los demás en mis líos, lo sabes de sobra.

—¿Crees que no lo ha deducido también? Vamos, Lindsay. —Matt no baja ni un ápice la voz—. No creas que no ha llegado a la misma conclusión que yo. Es obvio que no estarías aquí arriba si no fuera por eso.

—¿Y si he venido porque me apetece fotografiar la cabaña y sus alrededores? A lo mejor también puedo haceros un buen álbum a ti y a Sam —digo, y espero que capte el doble sentido, en parte para alejar la conversación del derrotero que está tomando y en parte también porque, si lo pienso, no me disgustaría nada poder llevarme una buena colección de instantáneas del tío bueno que tengo por compañero de cabaña.

Sí, sería algo con lo que recrearme la vista durante una buena temporada.

Justo en ese instante, Sam vuelve con sendas tazas humeantes en las manos. Su semblante es serio, diría que casi llega al nivel de enfado de ayer. Nada que ver con la jovialidad de hace apenas media hora. Le entrega el chocolate a Sam y después, a mí.

—Voy a dejar clara una cosa —dice antes de soltar la taza, que yo ya sostengo—. Me da igual cuál sea tu profesión, tu afición, tu pasión o lo que sea a lo que te dediques, pero, mientras compartas espacio conmigo, quedan terminantemente prohibidas las fotografías

de cualquier tipo. Ni las tomarás, ni las revelarás, ni las editarás; ni siquiera te pondrás a hablar con entusiasmo sobre encuadres o luces doradas al atardecer. Si lo tuyo es capturar momentos, captura este: aquí no se fotografía. Espero haber sido cristalino.

Elevo las cejas con asombro. Su tono pasivo-agresivo rebasa todos los límites.

El silbido bajo de Matt me indica que él también piensa que Sam se ha pasado.

—Perdona, ¿qué? —pregunto, incrédula.

—Creo que me he expresado con bastante claridad. Nada de fotos, nunca. Están prohibidas.

—No puedes…

—Claro que puedo. —Me interrumpe con una calma fría que surte el mismo efecto que si gritase a pleno pulmón—. Por si no te has enterado, y parece que no, esta es mi casa. Tú eres una invitada, forzosa, por cierto, y te cuidarás mucho de no seguir mis normas.

No bien acaba de decir estas palabras, se dirige a su habitación y se encierra en ella con un portazo.

—Pero ¿a este tío qué coño le pasa? —exclamo con frustración. Espero que me haya oído. Tengo los puños tan apretados que podría hacerme sangre con las uñas. Me niego a asumir que en el pasado estuviese enamorada de este tremendo gilipollas, por mucho que fuese una adolescente influenciable y él, el primo buenorro de mi mejor amiga.

No recibo respuesta ni por parte de uno ni por parte de otro, así que enfoco la vista en Matt en busca de una explicación. Al fin y al cabo, él conoce a Sam y yo no. Matt levanta las manos y se dirige al lugar donde ha dejado caer su chaquetón hace escasos minutos.

—A mí no me metas. —Su tono preocupado me hace pensar que no dice todo lo que sabe. Que aquí hay algo más—. Este enfado monumental tiene una explicación, o al menos él cree que la tiene —añade, señalando con la barbilla hacia la puerta que ha cerrado Sam de tan malos modos—, pero no es a mí a quien debes pedírsela.

—Yo no estoy pidiendo explicaciones a nadie —rebato, airada—, lo único que pido es que la gente no cambie de actitud cada cinco

segundos. Que no le puedo seguir el ritmo a este doctor Jekyll y mister Hyde de pacotilla. ¡Joder, con el bipolar de mierda!

La risotada de Matt me pilla desprevenida. Lo único que puedo hacer, antes de romper a reír con él, es inhalar una bocanada de aire.

—Las fotos son un tema tabú para Sam, Lindsay. ¿No te dijo nada Nancy cuando veníais de camino?

—No me hables de eso —refunfuño, acordándome de la traidora de mi amiga y de lo engañada que me condujo hasta aquí arriba—. Nancy ni siquiera me avisó de que la cabaña estaba ocupada hasta que ya nos encontrábamos en la puerta y yo no tenía a dónde huir.

El gesto de Matt se tuerce.

—Parece como si no conocieras a Nancy —dice con voz compungida.

Cierro los ojos e inspiro con calma antes de volver a lo mío.

—Pues me importa un pimiento que el señor Sam McGonagall tenga un problema, o infinitos, con la fotografía y todo lo relacionado con ella. Yo no puedo vivir sin una cámara pegada a mí, y si quiere que la suelte, tendrá que arrancármela de la mano tiesa, fría y sin vida.

CAPÍTULO 8

Sam

Abro y cierro las manos, en un puro acto reflejo, mientras doy vueltas en mi habitación como un animal enjaulado.

Que Lindsay se haya instalado en la cabaña conmigo ya me saca lo suficiente de mis casillas, pero, cuando se le ha ocurrido decir que quería hacernos un *book* fotográfico a Matt y a mí… Bueno, eso ha sido francamente intolerable.

¿Quién cojones se cree que es para venir a perturbar mi paz? ¿Y Matt? Sabe de sobra que tengo fobia a las fotos y a todo lo relacionado con ellas. No porque se lo haya dicho yo, pero Nancy es una puñetera bocachancla y se lo tenía que contar, claro. Lo que me extraña es que Lindsay no lo sepa también, tanto que presume de que mi prima es su mejor amiga.

Intento llenar de aire los pulmones, pero parece que ni todo el oxígeno de la habitación basta para ello. Debería salir. Sí, salir y disparar un poco me vendría genial ahora mismo. Aflojaría esta ansiedad. Mitigaría mis ganas de estrangular a alguien.

Me observo las manos con incredulidad. Siguen cerrándose y abriéndose sin que yo les dé la orden. No lo entiendo. No soy un pusilánime. A la gente suele costarle hacerme perder los nervios. ¿Cómo y por qué esa mujer lo consigue casi sin abrir la boca?

Es por el tema de la fotografía, seguro. Cualquier cosa que tenga que ver con ello me saca de quicio, y Lindsay es su más fiel representante. ¡Reportera gráfica! ¿Puede haber una profesión más ligada al mundo de la fotografía que esa? ¡La respuesta es, indudablemente, no!

Seguro que en este planeta hay al menos tres billones de sitios en los que refugiarse cuando alguien quiere quitarse una temporada de la circulación, pero esta mujer tenía que elegir justamente la cabaña de mi familia en las Salt Mountains. Y no solo eso: tenía que ser durante mi estancia en ella.

Pierdo los nervios por momentos.

«¿Y si esto es solo un montaje de Nancy para que yo empiece a relacionarme de nuevo con la fotografía? No será capaz», me digo. Aunque me temo que mi prima puede jugármela de esta manera y de otras mucho peores.

Siento que la cabeza va a estallarme. Hacía siglos que no me sentía tan desquiciado. Y todo por culpa de una mujer que está en un lugar en el que no debería.

«Vamos a ver, Sam. Eres un hombre adulto. El director de uno de los bufetes más importantes del estado. No puedes comportarte como un crío de quince años. Encerrado en su habitación, comiéndose la rabia y mascullando tonterías», me sermoneo.

Agarro el pomo de la puerta para abrirla de una vez por todas y salir. Debo enfrentarme a mis miedos. «¿Qué miedos? Si tú no tienes miedos».

Inspiro con fuerza y salgo. Para mi alivio, la sala está vacía.

Justo al lado de la puerta de la terraza hay un aparador donde he guardado mis armas y mis dianas, aunque creo que voy a prescindir de estas últimas. Cuando estoy en la montaña, siempre me apetece más disparar a objetos tridimensionales.

Me voy animando. Sí, esto es lo que necesito. Disparar un rato.

Pertrechado con todos mis enseres, me dirijo al exterior. No me molesto en coger la chaqueta. Lo único que haría sería entorpecer mis movimientos, y con la rabia que acumulo, no creo que el frío me cale.

Lo primero que noto al abrir la puerta principal es que la temperatura ha descendido varios grados desde ayer. El cielo está encapotado y amenaza nieve, pero me niego a permanecer enclaustrado ahora que ya he tomado la decisión de salir a relajarme practicando mi deporte favorito.

Me alejo de las cabañas, tanto de la nuestra como de la de los vigilantes y la de los McGregor, si bien tampoco deseo adentrarme en el bosque. Si esas nubes negras empiezan a descargar, quiero poder regresar con rapidez. Lo último que necesito es quedarme aislado y que tengan que rescatarme.

Coloco sobre dos troncos las latas que he recogido en la cocina y tomo distancia de ellas. Ya con el ritual de preparación empiezo a notar que la calma me invade. Estoy saliendo de la espiral en la que había entrado, y ni siquiera he apuntado aún.

El aire empieza a fluir de nuevo por mis pulmones, y me percato de lo contraído que tenía el pecho y lo mucho que estaba conteniendo la respiración.

«Maldita sea, Sam. Hace tiempo que no perdías los papeles de esta manera», me reprocho antes de cargar la pistola.

Voy introduciendo las balas una a una en el tambor. Mi Colt 1851 Navy es mi niña bonita; poseo otra media docena de pistolas, pero esta es la que más me gusta y con la que me siento más cómodo. Aunque la Smith & Wesson Modelo 29, idéntica a la que usaba Harry el Sucio en la película, y que tengo guardada en la cabaña, también es de mis favoritas.

Joder, qué bien me siento. Siempre ha sido así, desde el primer día que mi abuelo me puso un arma en las manos. Sentir su peso equivale a sentir una seguridad y una libertad que solo podían compararse con la de… No puedo pensar en eso. No quiero.

Apunto, disparo, acierto. Apunto, disparo, acierto. Apunto, disparo, acierto.

Una y otra vez, sin pararme a pensar, sin parame a tomar aire. De forma mecánica pero también metódica. Las latas vuelan por los aires hechas pedazos y mi euforia va creciendo exponencialmente.

Apunto, disparo, acierto.

Solo me detengo para recargar. Rellenar el tambor de munición tiene también algo mágico. Los segundos de espera entre tanda y tanda convierten la actividad en un ritual.

Apunto, disparo, acierto.

En la galería de tiro suelo usar cascos, pero aquí, en la naturaleza, no los necesito. De todas formas, los disparos acallan

cualquier ruido. Los pocos pájaros y animales que no han migrado ni están hibernando han dejado de emitir cualquier sonido. Me rodea el silencio más absoluto.

Por eso, cuando oigo el crujir de una rama, me vuelvo deprisa.

Apunto, no disparo, aunque podría acertar.

El grito que sale de la garganta de Lindsay al verse frente al cañón de mi arma es tan ensordecedor que por un instante dudo si la amenaza real soy yo o sus cuerdas vocales.

A continuación, contra todo pronóstico (y, desde luego, sin que yo lo haya visto venir), se desmaya, como si estuviéramos en una telenovela del siglo pasado.

CAPÍTULO 9

Lindsay

Se vuelve y me apunta con una pistola. No es la primera vez que estoy cerca de un arma de fuego, pero sí la primera que alguien me apunta a mí con una de ellas.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —Su voz áspera me araña los oídos.

—Soy… soy una limpiadora. De la limpieza, señor. —Pongo mi mejor voz de pánico (no necesito hacer un esfuerzo para eso) al mismo tiempo que trato de que mi acento suene chicano, o portorriqueño, o lo que sea, para hacer más creíble mi coartada de que soy una camarera del hotel. Las manos me tiemblan tanto que tengo que sujetar una con la otra para que no me delaten.

Enseguida veo en la cara del tipo que no me cree.

—¿Qué llevas en esa mochila? —Señala mi espalda con la pistola y yo trago saliva con dificultad.

—Es mi comida, señor. Y… y una botella de agua.

Estoy en uno de los hoteles más exclusivos de Nueva York. Alguien me ha pasado un soplo que valía miles de dólares, pero, mientras me camuflaba para capturar la escena, la cifra ha ascendido a varios millones. Con un poco de mala suerte, podría costarme la vida. Todo depende de si este individuo descubre que acabo de fotografiar lo sucedido, con la cámara que llevo en la mochila.

—No sé por qué no me lo creo. Dámela, quiero verlo con mis propios ojos. —Sin dejar de apuntarme con la pistola, alarga una mano enorme en mi dirección, para que le entregue la mochila.

Eso no va a ser posible. No se lo digo, pero aprecio el momento exacto en el que el sujeto lo lee en mi mirada.

Lo que sucede a continuación pasa tan deprisa que no sé si me lo imagino o si de verdad está ocurriendo.

Me doy la vuelta y echo a correr en dirección a la escalera de servicio. El hombre es alto y musculoso, está en forma; sé en lo más profundo de mi ser que me va a alcanzar antes de que yo llegue a un lugar seguro; aun así, no puedo hacer otra cosa más que huir. No dudo de qué sucederá si me atrapa.

Consigo escabullirme entre un carrito de la limpieza y la pared, pero no he dado ni dos pasos cuando oigo un disparo y un impacto. Me ha dado, el cabrón hijo de puta me ha dado. Por suerte, algo dentro del macuto ha parado la bala y ha impedido que me atravesase.

El tío sigue disparando mientras yo corro en zigzag, como me enseñó aquel viejo reportero cuando estuvimos en Somalia. ¿Cómo se llamaba?

«Joder, Lindsay, ¿podrías concentrarte en el aquí y el ahora? ¿No te das cuenta de que tu vida está en juego?».

A unos metros de mí, una limpiadora, una de verdad, sale de una habitación. No goza de la misma suerte que yo: cae muerta al suelo, con un disparo en el pecho. A la pobre no le ha dado ni tiempo a procesar qué ocurría.

No me entretengo en ver qué hace el tipo a continuación. Mi cerebro busca una salida. No creo que pueda llegar a las escaleras de emergencia, y si no me doy prisa en desaparecer, la próxima en yacer de bruces sobre la moqueta floreada que cubre el pasillo, con un tiro en la frente, seré yo.

Oigo como se abre una puerta. La voz de otro hombre se escucha alta, clara y muy cabreada:

—¿Qué coño estás haciendo, Curtis?

Me imagino que el tal Curtis es mi perseguidor, pero no voy a molestarme en preguntárselo. Sigo corriendo; doblo un esquina, después otra, y me cuelo en un cuartito lleno de sábanas y productos de limpieza.

Me escondo tras unas estanterías e intento concentrarme en decidir mi próximo movimiento. No es que mi mente dé para mucho, y el aire que entra en mis pulmones es tan escaso que difícilmente oxigena mis neuronas de forma adecuada.

Por el rabillo del ojo vislumbro en una percha ropa de calle colgada. Enseguida se me ocurre una idea.

Abro la mochila a toda prisa y saco la cámara. Efectivamente, me ha salvado la vida, pero tiene una bala incrustada en plena pantalla. Menos mal que las fotos por las que me estoy jugando la vida están almacenadas en la nube.

Me quito la peluca y el vestido de camarera de piso que me había puesto para pasar desapercibida y arrojo ambos detrás de una de las estanterías.

«Lamento que tengas que irte a casa con el uniforme —me disculpo mentalmente con la propietaria de la ropa que estoy a punto de robar—, pero ahora mismo la necesito yo más que tú».

Después de enfundarme en los vaqueros y la camisa, que me quedan algo grandes, me atuso el pelo y me cuelgo la cámara al cuello. Me coloco mis gafas de sol y, con toda la pena de mi alma, dejo la mochila atrás, junto con el resto de mi disfraz.

Cuando salgo al pasillo, no hay nadie. Quizás esos dos se han demorado ocultando el cadáver de la pobre limpiadora y eso ha determinado mi suerte, así que me dirijo hacia los ascensores. Intento caminar de forma despreocupada, aunque sospecho que cualquier observador perspicaz se daría cuenta de que me tiemblan todos y cada uno de los músculos del cuerpo.

Salgo por la puerta giratoria del hotel, aún con el corazón desbocado. Sigue sin haber rastro de los tipos que me han estado persiguiendo.

Una vez en la Quinta Avenida, me mezclo con la multitud. Aunque he salido de esta, tengo la sensación de que no me he librado de esos guardaespaldas. Aún no.

—¿Cómo que la has apuntado con la pistola? ¿Estás loco o qué cojones te pasa, Sam?

—Joder, ha sido ella la que se ha acercado por detrás sigilosamente. No pretendía dispararle. Solo tenía el arma en la mano y me he dado la vuelta para ver quién me estaba acechando por la espalda. Eso es todo.

Las voces que escucho no son como las que oía en mi cabeza hace solo unos segundos. Estas son reales, de gente que está a mi alrededor, no en mis pesadillas.

Abro los ojos y la boca de golpe. Inspiro como si el aire de toda la habitación no fuera suficiente, como si quisiera percibir el mundo entero de un solo vistazo.

—Hola, Bella Durmiente. Bienvenida al mundo de los vivos. —Vuelvo a tomar aire con todas mis fuerzas. Matt no tiene ni idea del sentido que alberga esa frase para mí—. Pensaba que las fotoperiodistas de guerra no se asustaban por una pistolita de nada. —Su sonrisa genuina me tranquiliza.

—¿Una pistolita de nada? Me gustaría ver qué harías tú si te vieses amenazado por una escopeta recortada y encima la empuñase el enanito gruñón de Blancanieves.

En la cara de Sam se dibuja un rictus de disgusto.

—Por si no te has dado cuenta, estoy aquí y puedo oírte. Y esto —señala el pistolón que hace un rato apuntaba a mi cara— no es una escopeta recortada, es una Colt. Así que, un respeto.

—Precisamente por eso lo digo. ¿A quién se le ocurre ir apuntando a la gente…?

—Chicos, chicos. Por favor, no volváis a empezar. —Matt se interpone entre los dos, impidiendo que yo pueda verle la cara a Sam. En ella, el enfado ha ido sustituyendo a la preocupación que me había parecido vislumbrar por un segundo—. Sam, ¿podrías ir a por mi maletín a mi cabaña? Con las prisas, se me ha olvidado cogerlo.

Para mi alivio, no protesta y hace lo que le han pedido, dejándonos a Matt y a mí solos.

—¿Te había sucedido algo así antes? —me pregunta este en cuanto Sam sale de la cabaña.

—¿El qué? ¿Desmayarme como una damisela en apuros? No, sabes bien que yo soy de las duras.

—Que alguien te apuntase con un arma. —Su tono es serio y elimina cualquier interés en bromear por mi parte.

—Sí. —No me apetece darle más explicaciones. Aunque un escalofrío recorre mi cuerpo—. Cuando lo he visto con esa pistola dirigida a mi cara, he pensado que era otra persona y que había venido a por mí.

—Entonces no hay duda de que has sufrido un episodio de estrés postraumático. Tu mente ha colapsado y has sufrido un *shock*. Por eso te has desmayado. Me imagino que, si te tomo las constantes ahora, estará todo bien.

Asiento.

—Pensaba que eso era algo que les sucedía a los demás, no a mí.

Matt tuerce el gesto.

—Pues ahora ya sabes que a ti también te puede pasar. —Se calla durante unos segundos. Después, con calma, añade—: Hablar de ello es una de las terapias que mejor funcionan.

Niego con la cabeza.

—No estoy preparada.

—Tú no estás preparada para hablar sobre pistolas y Sam no está preparado para hablar de fotografías. Quizá el destino no está tan equivocado como pensamos y es cierto que tiene su propia y retorcida forma de arreglar las cosas.

—Matt, me duele la cabeza, podrías no expresarte mediante acertijos, ¿por favor?

La puerta de la cabaña se abre y la figura de Sam se recorta contra la luz del exterior. No puedo verle la cara, no sé si sigue enfadado, aunque su postura no indica que así sea.

Matt se pone en pie y se dirige hacia él.

—Creo que no necesitaré esto —le dice, cogiendo el maletín de sus manos—, pero Lindsay sí necesitará tomar algo caliente. Un chocolate estaría genial, la ayudará con las endorfinas. Y algo de charla agradable también estaría muy bien.

—Matt —susurro, aunque mi amigo no me oye, o finge no oírme.

No me apetece nada quedarme a solas con Sam McGonagall ahora mismo. ¡Por Dios! He perdido el conocimiento delante de él

como una estúpida, y no me da la real gana contarle por qué ha sido. De todas formas, tampoco creo que me pida explicaciones. Seguro que se va a limitar a gruñirme, como es su estilo.

Lo que debería hacer es levantarme del sofá y largarme a mi habitación. Cuanto menos interactúe con él, mejor.

En cuanto pongo un pie en el suelo, la cabeza empieza a darme vueltas y temo desmayarme de nuevo, así que me tumbo deprisa. Con una vez que haga el ridículo en un día, tengo suficiente.

Me haré la dormida; sí, será lo mejor. Con un poco de suerte, Sam pensará que no lo necesito para nada y se largará a pegar tiros, o a hacer lo que sea que hagan los machos alfa gilipollas como él.

CAPÍTULO 10

Sam

—Matt, Matt, ni se te ocurra marcharte ahora —le ruego entre dientes, en vano, porque el chico se larga sin el más mínimo pudor.

Cierro los ojos, intentando serenarme.

«Has atravesado situaciones más peliagudas que esta. Tú puedes con ella y con cien como ella», me digo. ¡Esto es una mierda! ¿A quién trato de convencer? ¿Al universo o a mí mismo?

¿Qué habrá querido decir Matt con eso de que un chocolate ayudaría a Lindsay con las endorfinas? Miro en dirección al sofá, donde la he recostado después de que perdiera el conocimiento ahí afuera. Parece que se ha quedado dormida. Su respiración es acompasada y tiene los ojos cerrados.

Es una mujer hermosa, muy hermosa.

No sé por qué se empeña en aparentar enfado: cuando está así, relajada, tiene una cara tan bonita… No puedo dejar de contemplarla.

«Vamos, Sam, admirarla es jugar con fuego, y lo sabes. Mira lo que sucedió esta misma mañana». Si no llega a entrar Matt, aún estaríamos follando como posesos.

Esta misma mañana. Cualquiera diría que han transcurrido semanas desde entonces.

Mientras preparo el chocolate, no puedo dejar de pensar en el gesto de espanto que puso Lindsay justo antes de desmayarse, ni en el grito que brotó de su garganta. Era de puro terror. ¿De verdad creía que le iba a disparar? ¿Por quién me toma? No puedo evitar sentirme ofendido, aunque algo en mi interior me dice que no me percibía a mí como una amenaza. No a Sam McGonagall.

La escucho revolverse en el sofá, así que echo un vistazo. Le ha dado una patada a la manta y se ha destapado. Está soñando de nuevo.

Después de desmayarse, ha empezado a moverse igual que ahora. Como si estuviese teniendo una pesadilla. Matt aseguró que era mejor no despertarla, pero a mí me parece mucho más cruel dejarla sufrir.

Me debato entre seguir el consejo de Matt o hacer lo que me dicta mi conciencia, pero, cuando el chocolate está listo, decido sentarme a su lado. Tras unos segundos de vacilación, la sacudo con suavidad.

—Lindsay, Lindsay, despierta. Estás soñando. No te preocupes, no va a sucederte nada. Estás a salvo en la cabaña de las Salt Mountains.

De repente abre mucho los ojos, se incorpora de un salto y me mira sin reconocerme. Se nota a leguas que está confusa. Observa la cabaña, desubicada.

—¡Joder! Me he quedado dormida en menos de diez segundos. —Se lleva una mano al pecho, como si el corazón fuera a saltar de la caja torácica, y con la otra se restriega los ojos.

Su cara está tan cerca de la mía que puedo notar su respiración entrecortada en mi mejilla.

Lleva el pelo encantadoramente alborotado, y tengo que contenerme para no retirarle algunos mechones de la cara. Colocárselos detrás de la oreja sería un gesto demasiado íntimo. No sé si estoy preparado para eso ahora mismo. Aunque tengo que sujetar mis manos con ahínco para que no actúen por cuenta propia.

Nuestros ojos no tardan en coincidir. No puedo dejar de observarme en el pozo de sus pupilas; son magnéticas.

La lengua de Lindsay asoma a través de sus labios, para humedecerlos. Yo no puedo hacer más que imitarla. Mis ojos viajan de los suyos a su boca, y vuelta a empezar.

El corazón me martillea en el pecho como cuando era un adolescente y estaba a punto de enrollarme con alguna de las animadoras. ¿Por qué? Si Lindsay representa lo que más odio. No lo entiendo.

«Sam, debes levantarte y alejarte de su influjo. Ella no te conviene. Remueve tu pasado de una forma que no estás dispuesto a tolerar», me sermoneo.

En cambio, mi mano vuela a su nuca y, con delicadeza, tomo sus labios entre los míos.

Su sabor es embriagador. Pura droga. De inmediato me doy cuenta de que nunca tendré suficiente. Es una certeza que me golpea en el fondo de la conciencia misma. Una revelación que me impacta como el tañido de una campana.

Lindsay aferra mi camisa con los puños y tira de mí hacia ella, como si no le bastara lo cerca que estamos el uno del otro y quisiera borrar la ínfima distancia que nos separa.

Nuestras lenguas chocan con un frenesí inesperado, pero no por ello menos electrizante. No quiero separarme de ella ni para respirar. No puedo; algo muy dentro de mí me empuja a no querer soltarla nunca más. A mantenerme a su lado, pase lo que pase, durante el resto de mis días.

Con un gruñido gutural, consiento retirarme de sus labios cuando Lindsay inclina la cabeza ligeramente hacia atrás. Entiendo su petición; no soy un animal sin ningún autocontrol, aunque eso no significa que la distancia entre nosotros me guste siquiera un poquito.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta; me mira extrañada—. Esto es muy raro. —Continúa estrujando la tela de mi camisa entre sus puños. Por insólito que resulte, no trata de alejarse de mí, sino que su cuerpo parece empujado hacia el mío por una fuerza externa —. ¿Por qué siento que si dejo de besarte, o si me alejo de ti, voy a morir en el acto?

Su respiración es trabajosa, igual que la mía. Nos miramos a los ojos, y la sensación de que algo muy fuerte nos ha unido se concentra en el aire, entre nosotros.

—No lo sé. Pero yo estoy igual que tú.

—No le podemos echar la culpa al chocolate —bromea, mirando la taza que he dejado sobre la mesa hace unos minutos—, ni siquiera lo he probado.

Una sonrisa aflora a mis labios y a los suyos al tiempo. Y esa es la señal para que volvamos a besarnos sin control.

De repente, poseer su boca ya no me parece suficiente. Necesito más, mucho más. Lo que esta mañana me hubiese resultado adecuado, ahora no me sirve ni para empezar.

Introduzco las manos bajo su camiseta y asciendo por sus costillas hacia sus pechos. El suspiro que exhala Lindsay cuando le pellizco los pezones reverbera en mi boca.

Acuno sus tetas en mis manos; son firmes y pesadas. Necesito verlas; tocarlas no sacia mis ganas de ella.

—Quítate la camiseta —le pido con urgencia.

—¿No puedes soltarlas ni para desnudarme? —me pregunta en tono pícaro.

Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra. Me quedo con la boca abierta mientras la miro despojarse de la ropa. Aunque eso suponga tener que «soltarlas», como ha dicho ella hace unos segundos. Aun así, no puedo evitar mantener el contacto con alguna parcela de su piel en todo momento. Tengo la sensación de que, si no la toco, por leve que sea el roce, desaparecerá, se esfumará como si nunca hubiese estado aquí. Y, solo de pensarlo, me entra un pánico que no puedo dominar.

—Eres preciosa —digo. Estoy tan estupefacto que no se me ocurre nada más original.

Ella sonríe traviesa antes de decir:

—Vamos, no voy a ser la única que esté en cueros. Aquí tiene que haber igualdad de condiciones.

Y tironea de mi ropa con intención de dejarme tan desnudo como lo está ella. Deslumbrado aún por la visión de su piel, me dispongo a ayudarla en la tarea.

Parece que a Lindsay le sucede lo mismo que a mí: por alguna razón que se me escapa, sus manos, al menos una de las dos, no pierden el contacto con mi cuerpo en ningún momento. Cuando no me roza, me acaricia o me pellizca, parece faltarle el aire, aunque no puedo culparla por eso. Es como si, al besarnos la primera vez, hubiésemos sucumbido a un hechizo y ya no pudiésemos apartar las manos del otro.

En un santiamén, estamos los dos desnudos encima del sofá.

—Túmbate. —Mi voz suena mucho más autoritaria que de costumbre. Aunque me gusta llevar la voz cantante, me da que con Lindsay no va a ser fácil.

Ella me mira retadora y, por alguna razón, la manera en que clava los ojos en mí hace todavía más excitante doblegarla.

Tiro de ella con un gesto brusco y la obligo a tenderse de espaldas en el sofá. Me arrodillo entre sus piernas y le sujeto las manos detrás de la cabeza antes de besarla. A pesar de que me muero de ganas de saborear el resto de su cuerpo, mis labios se niegan a abandonar los suyos, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para conducir mi boca hasta uno de sus pezones, que me espera, erecto y palpitante.

Un sonido a medio camino entre un gemido y un gruñido escapa de la garganta de Lindsay cuando mis manos liberan las suyas para apoderarse de sus caderas. Mi boca sigue bajando por su torso sin dejar de lamer, besar y morder toda la piel que encuentro a mi paso.

No me atrevo a levantar la cabeza; si miro sus labios de nuevo, me veré atraído hacia ellos como una polilla a la luz, y ahora lo que quiero es saborear su sexo. Lo deseo más que cualquier otra cosa que haya deseado en mi vida.

Mi polla palpita y tengo que respirar para calmarme. Lo primero es ella, darle tanto placer que no quiera huir jamás de mi lado.

Cierro los ojos ante la intensidad de ese pensamiento tan irracional. No sé de dónde ha salido, pero para mí ya no existe certeza más absoluta.

Lindsay respira de forma entrecortada mientras yo, de rodillas frente a ella, la sujeto por los tobillos, que mantengo cerca de sus nalgas. Con deliberada lentitud, acerco mi boca a su sexo. Saco la lengua, para que ella pueda apreciar con claridad lo que me dispongo a hacer.

Empiezo a lamer la carne tierna de sus muslos; su sabor es sublime, y mi polla da un respingo en cuanto me imagino cómo sabrá su interior. No puedo esperar más para disfrutar de esa sensación, así que introduzco mi lengua entre sus pliegues y, con una lentitud exasperante, trazo círculos hasta llegar a su clítoris.

Un gemido largo y sostenido nace de la garganta de Lindsay al tiempo que sus caderas se elevan hacia mí en busca de más. Suelto uno de sus tobillos y, con delicadeza, introduzco dos dedos en su abertura, mientras lamo y pellizco el clítoris con los dientes.

—¡Joder! Sam. —Lindsay se aferra a mi pelo y tensa los muslos contra mi cabeza—. Es demasiado bueno.

Una sonrisa emerge en mis labios.

—Nunca es demasiado bueno —susurro, sin alejarme más que unos milímetros de su sexo. Al percibir que mi aliento la estremece, exhalo un ligero soplido e inserto los dedos hasta lo más profundo.

Tal como esperaba, ella se retuerce de placer.

—No imaginaba que tuvieras tanta destreza con los dedos —me dice, despegando un poco la cabeza del cojín. Yo aprovecho para retorcerlos en su interior, lo que la obliga a dejarla caer de nuevo.

Las paredes de su sexo se contraen en torno a mis dedos y redoblo mi entusiasmo. Quiero hacerla llegar al clímax, ahora.

—Estoy. A. Punto —exclama, y veo como crece la tensión en sus nalgas, en sus piernas, en todo su cuerpo.

Me siento poderoso, aunque solo dura unos segundos. De súbito, empuja mi cabeza y hace que me separe de ella. Niega entre jadeos.

—No quiero tenerlo así. Quiero montarte. Quiero montarte —repite—. Siéntate.

Me obliga a sentarme en el sofá y ella se coloca a horcajadas sobre mí, descendiendo despacio sobre mi polla, con una sonrisa lobuna en la cara.

Trago saliva. No me ha dado tiempo ni a pensar. El cambio de postura ha sido tan rápido que ni lo he asimilado.

—Espera, espera, se me está clavando algo en la espalda —digo cuando siento un dolor punzante en las dorsales.

Meto la mano entre mi columna y los cojines y me topo con un objeto voluminoso, tanto que debería haberme dado cuenta de su presencia hace un buen rato. Me pregunto qué será.

—Date prisa. ¿Qué estás haciendo? —me urge ella, todavía con la sonrisa en los labios.

Cuando consigo asir el trasto que me está martirizando y lo saco de entre los cojines, toda la sangre que se me había acumulado en

cierta zona del cuerpo se diluye de golpe.

Es una cámara de fotos. La suelto como si fuera un alacrán a punto de picarme.

—¡Oye, cuidado! —Lindsay se retira deprisa de encima de mí—. Vale mucho dinero.

Intento respirar con calma, aunque me resulta difícil.

—Creí haber dejado claro que nada de cámaras en mi casa. —Aprieto los dientes mientras la rabia va apoderándose de mi cuerpo y sustituyendo la excitación que lo embargaba hace solo unos segundos—. Bastante tengo con las de los móviles —mascullo.

Ella arquea las cejas.

—La llevaba colgada del cuello cuando me he desmayado, no entiendo que no te hayas percatado hasta ahora —contesta, malhumorada.

—No, no la llevabas.

—¿No? Entonces, ¿cómo explicas que haya llegado hasta aquí? ¿Volando, solo para joderte? —Recoge la cámara y toda su ropa y se dirige hacia su habitación, con la cabeza erguida. Aún puedo oírla murmurar—: O joderme el polvo a mí. Por segunda vez hoy, dicho sea de paso.

CAPÍTULO 11

Lindsay

Joder, lo que me costó dormirme anoche, entre el calentón, el enfado y esa necesidad absurda que me ha entrado de estar cerca de Sam, aunque no lo soporte. Di un millón de vueltas en la cama. Bueno, cama… En este absurdo diván, que es más incómodo que el colchón de un faquir. Me gustaría poder hablar con Nancy para pedirle que me traigan una cama decente. Porque, a ese energúmeno de Sam, no pienso preguntarle ni la hora.

«No, Lindsay, no puedes hablar con Nancy. Eso sería ponerla en peligro absurdamente. Si los guardaespaldas de Miller han averiguado algo sobre ti, es probable que ya la estén vigilando. No queremos que sospechen que ha podido tener ni el más mínimo contacto contigo, o estará en peligro de verdad».

Pero quizás se lo puedo comentar a Matt. Un rayo de esperanza se abre camino en mi mente. No obstante, la alegría me dura muy poco. Siento un peso en el pecho que no sé de dónde sale. Una ansiedad indescriptible. Como si me embargara la pena por una separación que no entiendo. Mi cuerpo anhela a Sam. Lo echa tanto de menos que duele. En cambio, mi parte racional se niega a verlo. Yo, Lindsay Anne Whitmore, me niego a ponerle la vista encima. Aunque, si pudiera tocarlo de arriba abajo sin tener que mediar palabra con él (o lamerlo, para el caso es lo mismo), igual esta ansiedad se me pasaría. No sé a qué se debe esa certeza en lo más hondo de mi ser, y me jode.

Es pensar en él y se me erizan todos los vellos del cuerpo. Todas y cada una de mis células experimentan una atracción animal que me resulta desconocida. Y mira que intento pensar en otra

cosa, cualquier otra cosa, pero no hay manera. Mis neuronas están obsesionadas, y mi cuerpo lo reclama constantemente.

«Lindsay, es el estrés. Seguro. ¿Qué si no?», me repito en bucle. Porque, sí, los pensamientos sobre Sam son recurrentes, y no puedo salir de la espiral en la que me he metido yo solita.

Sigo tumbada en el canapé. Por muy incómodo que me parezca, la alternativa es levantarme y salir de la habitación, algo que, racionalmente, me apetece muy poco, aunque irracionalmente lo desee con desesperación.

«De todas formas, tienes que ir al lavabo o te va a explotar la vejiga». Mi propia voz retumba en mi cerebro.

Hace más de media hora que estoy aguantando las ganas de hacer pis, pero, ahora que he hecho consciente esa necesidad, la he liado parda. O me levanto, o me meo, está claro.

Me pongo en pie de un salto y me dirijo a la puerta. La abro solo unos centímetros para atisbar fuera, con sentimientos encontrados. Mi corazón late acelerado, por una parte, ante la posibilidad de encontrar al causante de todos mis anhelos, y por otra, por ver si podré esquivar al hombre que me irrita hasta lo indecible. Para mi martirio, ambos son la misma persona. ¿Por qué, universo?

Salgo de puntillas y me dispongo a cruzar la sala de estar hasta el baño haciendo el menor ruido posible. Por suerte, consigo llegar a mi destino sin ningún encuentro no deseado en el trayecto.

Entonces, ¿por qué me siento tan desilusionada? Más bien, decepcionada sería la palabra. Le he dado un millón de vueltas al asunto durante las horas que he pasado despierta esta noche, y sigo sin entender por qué, en cuanto nos besamos Sam y yo, caímos en una especie de… llamémoslo hechizo, llamémoslo maldición o llamémoslo fijación insana; en definitiva, un frenesí que nos empujó a los brazos del otro, y que fue lo mejor que he sentido en la vida. Y, si mis sentidos y mi intuición no me engañan, él estaba en el mismo punto exacto que yo.

Niego con la cabeza.

«Esto es muy extraño», me digo por millonésima vez. No lo soporto y, al mismo tiempo, lo añoro tanto que duele; duele

demasiado. Estoy a punto de echarme a llorar, no por primera vez esta noche, y eso me está desquiciando.

Después de vaciar mi vejiga, me lavo las manos y la cara, inspiro con fuerza y me dirijo resuelta a la puerta del baño. «Lindsay, esto se acaba aquí y ahora. Finito. *Fine*. *Ende*. *The end*. No vas a pensar ni un minuto más en esa absurda atracción, ni en Sam, ni en el mes entero que os espera juntos en esta casa».

Abro con decisión y la cabeza bien alta, y el corazón me da un triple salto mortal en la caja torácica cuando choco con una mole de músculos al otro lado del quicio. Las manos fuertes de Sam me sujetan para que no me dé de bruces contra el suelo.

Un balbuceo incongruente sale de mis labios a medida que mi vista se fija en los suyos, que murmuran una disculpa. Antes de que pueda tomar consciencia de lo que hago, mis manos vuelan a su pelo y lo atraigo hacia mí, o tal vez es él quien aprieta mis caderas contra su cuerpo, no podría asegurarlo. Lo cierto es que, en menos de un segundo, nos hallamos tan cerca el uno del otro que empezamos a besarnos como si anoche no nos hubiésemos despedido enfadados y con un coito *interruptus* entre nosotros.

Me pego tanto a su cuerpo que no sé dónde termina él y dónde empiezo yo. No quiero separarme de sus labios ni para coger aire. Y, como imaginaba, a él le sucede lo mismo.

—Esto es una puta locura —dice cuando al fin conseguimos liberarnos de lo que sea que nos ha poseído—. Ni siquiera me caes bien.

—Es recíproco —le contesto, y vuelvo a atacar su boca como si el tiempo que me queda de vida no fuese suficiente para saciarme de él.

—Creo que deberíamos intentar descubrir qué pasa. Porque no es normal. —Su respiración es entrecortada. A mí también me cuesta llenar los pulmones, así que me limito a asentir, todavía con los dedos entre sus rizos y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué propones?

—Esta noche apenas he dormido —dice. Elevo las cejas, ya que quiero darle a entender que ha sido culpa suya, pero no se da por aludido—. He pensado mucho en mi abuela.

«Vaya, yo que pensaba que no había podido pegar ojo porque había estado imaginando lo que se había perdido por pelearse conmigo. Igual no está tan colgado por mí como creía».

—No me gusta esa cara que estás poniendo. Haz el favor de no figurarte cosas raras. Mi abuela es una gran maquinadora, y me he acordado de algo que le oí contar sobre que a mi bisabuelo lo bendijo un hada antes de salir de Escocia, o algo así.

—Espera, espera, espera —lo interrumpo—. Esa historia me la sé. Me la contó Nancy hace un siglo, cuando éramos unas niñas y creíamos en cuentos de hadas. Pero ahora somos adultos. No estarás intentando decirme que crees en esas patrañas.

—Estamos aquí, pegados como imanes, sin poder dormir ni casi respirar si no nos comemos la boca, y eso que ni siquiera nos soportamos, como muy bien has reconocido hace un rato. Joder, Lindsay, esta noche creí que enloquecería si no me metía en tu habitación aunque solo fuese para dormir abrazado a ti. Si eso no es una maldición, yo no sé qué puede ser.

—Yo también tengo sangre escocesa, ¿sabes? Y esa historia no me cuadra. Las hadas «bendicen» a la gente, y si a nosotros dos nos han «echado» algo no ha sido precisamente una bendición. No se puede atar de esta manera a dos personas que se odian del modo en que tú y yo lo hacemos. Es una putada muy grande.

Sam resopla, pero no me suelta, y yo puedo notar, en la parte donde nuestros cuerpos se unen, que está tan contento de verme como yo a él.

Empujada por una fuerza ajena a mi voluntad, me restriego contra su dureza sin pudor, avivando aún más la chispa entre nosotros. Nuestro deseo se enciende con cada roce, hasta que un gemido desesperado escapa de nuestras gargantas.

—Tenemos que detenernos —dice sin resuello—. Antes de seguir con esto, debo hablar con ella.

—¿Con tu abuela? —A mí también me cuesta recobrar el aliento.

—Sí, ella es la única que conoce la historia del hada. No creo que ni mi hermano ni mis primos se acuerden, o que lo vayan a creer siquiera si se lo cuento. Pero… Pero… —Sus ojos vuelven a clavarse

en los míos, y da la impresión de que hubiera perdido el hilo de su pensamiento.

—Yo tampoco me lo creería, puedes estar seguro. Ni siquiera seguiría agarrándote como si me fuera la vida en ello si no fuera porque una fuerza sobrenatural me obliga. Te lo juro. —Estas últimas palabras las pronuncio de una forma tan sensual que ni reconozco mi voz.

Definitivamente, estoy hechizada. Eso, o he perdido la chaveta por completo.

Cierro los ojos y hago un esfuerzo sobrehumano para separarme de Sam. El gemido que lanzamos en esta ocasión es casi tan potente como el de hace unos instantes, aunque me temo que ahora es la decepción quien lo tiñe.

Agito la cabeza como si eso pudiese liberarme del influjo de la mirada de Sam y me alejo otro paso.

Trago saliva cuando, de inmediato, el dolor que he estado sintiendo en el centro del pecho durante toda la noche regresa de forma desgarradora.

Alargo una mano en su dirección. Necesito tocarlo. Al ver que Sam hace lo mismo que yo, no sé si romper a llorar de pura alegría o de histeria, por la locura que esto representa.

CAPÍTULO 12

Sam

Sin soltar la mano de Lindsay, me dirijo al cuartito que hay al lado de la terraza exterior, donde está guardada la radio. Es tan pequeño que apenas cabemos los dos, pero mi necesidad de tocarla me impide ir solo, como debería hacer si estuviera en mis cabales.

—Buenos días, Sam. —La voz de la abuela chisporrotea a través de la emisora. Nunca deja que nadie más que ella maneje el terminal que está en su casa. Menuda es.

—Buenos días, abuela. Esto… quería consultarte algo. —De repente, las preguntas que había formado en mi mente me parecen ridículas y me quedo sin palabras.

—Dime, cariño; pareces preocupado. ¿Ha sucedido algo?

Me llevo la mano a la nuca. Siento una inseguridad que no había padecido desde mis primeros años de universidad, cuando los demonios de la culpa me acechaban en cada rincón y todavía no había aprendido a mantenerlos a raya. Aunque el motivo que ahora provoca mis dudas no sea el mismo que entonces, me siento más vulnerable que en años, y no puedo ni empezar a explicar cuánto me jode eso.

—Tú… tú… Expresar esto en voz alta es mucho más difícil de lo que pensaba —digo, soltando el botón del intercomunicador y dirigiéndome a Lindsay.

Ella niega con la cabeza y me quita el intercomunicador de la mano.

—Buenos días, señora McGonagall. Soy Lindsay, la amiga de Nancy.

—¿Lindsay? ¿Lindsay Whitmore? —La voz de mi abuela suena extrañada y, a la vez, muy feliz—. Querida, me encantaría oír la historia de tu llegada a la cabaña. No sabes la ilusión que me hace que estés ahí, acompañando a Sam.

—Bueno, me temo que él no está tan contento como usted de que yo me encuentre aquí —le contesta, con una risita cómplice. Como si ella estuviera exultante por tener que compartir la cabaña conmigo. Hipócrita—. Tenemos una pregunta que hacerle, aunque le prohíbo que se ría de nosotros, ¿de acuerdo?

Casi puedo ver las cejas de mi abuela elevarse. A Jeanette McGonagall nadie se ha atrevido jamás a prohibirle algo. La reprimenda que le va a caer a Lindsay va a ser épica, y ni siquiera la está viendo venir.

—Haré lo que pueda, hijita. Cuéntame.

Se me desencaja la mandíbula a causa del estupor. No solo no se le ha caído el pelo por haber tenido el atrevimiento de hablarle así a mi abuela, sino que ella le responde con cariño. ¿Estamos locos?

—Su nieto y yo pensamos que podemos haber sufrido una maldición. Y, esta mañana, ambos nos hemos acordado de que tanto usted como Nancy nos han hablado de que el bisabuelo McGonagall pudo haber tenido contacto con un hada de la Corte Seelie. No es que yo sea muy creyente, pero, como usted sabe, mi abuela era escocesa y he crecido escuchando ese tipo de historias. Algo se me ha quedado en el subconsciente.

Habla tan deprisa que no creo que mi abuela haya entendido ni la mitad del discurso. No sé si prefiero que sea así, porque, ahora que lo ha puesto en palabras, el razonamiento me parece aún más absurdo que hace un rato.

No, nada de esto tiene sentido. Es mucho más sencillo de lo que parece. Lo único que nos sucede a Lindsay y a mí es que estamos muy necesitados de sexo y que nos hemos puesto a tono dos veces y, después, no hemos terminado lo que habíamos empezado. Es por eso por lo que estamos así de trastornados, por nada más.

—Querida, a mi suegro lo bendijo Ailithéa, el hada del amor verdadero. Si tú y Sam habéis sido tocados por su gracia, no entiendo por qué eso debería pareceros una maldición.

¿Es picardía lo que escucho en su voz? La abuela nos está tomando el pelo. ¿Verdad?

¿Amor verdadero? Miro a Lindsay: ella observa con la misma cara de horror. ¡Vamos, no me jodas!

Le arrebato el intercomunicador y pregunto:

—¿De qué estás hablando, abuela? No puedes reírte de nosotros de esta manera tan descarada y, además, desde tan temprano.

—No me estoy riendo de vosotros, cariño. Nada más lejos de mi intención. Tu bisabuelo Erwin siempre contaba la misma historia: mientras estaba construyendo la cabaña, un día que estaba al borde del agotamiento, se le apareció Ailithéa, el hada del amor verdadero. Impresionada por su tesón y la bondad de su alma, el hada lo bendijo con un don: a partir de entonces, cualquiera de sus descendientes que pasara en la cabaña el tiempo suficiente encontraría entre esas paredes al amor de su vida.

—Vamos, abuela, esa historia no se sostiene de ninguna manera. No pretenderás que creamos que es cierta.

—¿Qué te hace ser tan escéptico, cariño?

—Lo primero y más importante: ¿cómo iba a visitar al bisabuelo Erwin un hada escocesa en los Estados Unidos? Yo creía que se había encontrado con esa hada en su tierra natal, no aquí arriba.

—Te he dicho un millón de veces que un escocés es escocés siempre, esté donde esté. Que Erwin se encontrara en las Salt Mountains o en Glencoe cuando lo visitó Ailithéa es lo de menos.

Resoplo.

—Abuela, ¿no te has parado a pensar que si vio a esa hada cuando se encontraba extenuado lo más probable es que fuese una alucinación?

—Samuel Leonard McGonagall, te prohíbo que hables así de tu bisabuelo. Ni se te ocurra insinuar que el hada Ailithéa fue una fantasía suya. Él mismo encontró el amor en esa cabaña, y Dios sabe que en su época no subían muchas mujeres a esas montañas. A tu abuelo y a mí nos sucedió exactamente lo mismo. Incluso tus padres y tus tíos fueron tocados por el don. Y, si no me equivoco, Oscar ha vuelto enamorado hasta las trancas. Todavía no sé de quién, pero no dudo que no tardaré en averiguarlo.

Una sospecha va cobrando forma en mi mente, aunque me niego a creerla. Jeanette McGonagall es conspiradora y retorcida, pero no puedo imaginar que lo sea hasta el extremo de jugar con sus nietos de esta manera. ¿O sí podría?

Lindsay vuelve a arrancarme el intercomunicador de las manos y a tomar el control.

—Señora McGonagall, ¿me está diciendo que por culpa del hada Abigail esa que nos acaba de mencionar…

—Ailithéa, querida, su nombre es Ailithéa.

—Como sea. —Una vena se hincha en su frente, como si algo bullera en su interior, a punto de explotar; en el fondo, me alegro de que no sea contra mí. No obstante, le habla a la abuela con voz calmada, diría que hasta serena—. ¿Me está queriendo decir que, por culpa de que su suegro era un hombre con un gran corazón y una perseverancia inigualable, ahora yo me veo atada irremediablemente a su nieto por una maldición ancestral?

—Ya te he dicho que no se trata, en ningún caso, de una maldición, querida.

—Nos ha jodido —masculla, esta vez sin apretar el botón del intercomunicador, por lo que mi abuela no puede oírla.

Se apoya en la pared y va deslizándose hasta el suelo, eso sí, sin desasirse de mi mano. Cuando se da cuenta de que seguimos unidos, intenta soltarse, pero no conseguimos perder el contacto ni siquiera durante unos segundos.

El gemido quejumbroso que se nos escapa a los dos resuena en el pequeño cuarto de la radio.

—Cariño, cariño, ¿sigues ahí? —pregunta mi abuela. En su voz detecto una alegría mal disimulada que me irrita, más que me complace.

—Sigo aquí, abuela. Sigo aquí —contesto con hastío.

—De todo lo que habéis dicho, entiendo que tú y Lindsay no os lleváis demasiado bien, ¿no es cierto?

Eso sí que es un eufemismo. No me queda más remedio que poner los ojos en blanco cuando oigo como Lindsay resopla.

—Digámoslo así, sí.

—Pero no podéis dejar de tocaros y anheláis la compañía del otro en todo momento. —No sé si su tono de sabelotodo me irrita o me divierte.

—Eso parece.

Visualizo a mi abuela en pijama y dando palmas.

—No es la primera vez que sucede algo así. —Cierro los ojos mientras niego con la cabeza. Esto es de locos—. De hecho, al bisabuelo Erwin y a la bisabuela Iona les ocurrió lo mismo. Daos tiempo. Y tened en cuenta que la cabaña decide y vosotros no podéis hacer otra cosa que adaptaros.

Acto seguido, corta la comunicación. A pesar de que la llamo varias veces, no vuelve a conectarse.

Miro a Lindsay, que continúa sentada en el suelo, y después nuestras manos unidas. Cierro los ojos y suspiro.

—No te habrás creído ni una sola palabra, ¿verdad?

—¿Cómo explicas esto, entonces? —Me da un apretón en la mano, para que comprenda a qué se refiere.

—No sé. Podría ser que los dos estemos necesitados de un buen polvo y por eso…

—Créeme: no es la primera vez que atravieso una sequía como la actual y que necesito follar más que comer. Pero nunca, jamás, me había pasado con un tío al que no soporto. —Asiento para mostrar mi conformidad—. Y nunca he sentido la necesidad de permanecer a su lado una vez consumado el acto.

—Ese es el problema, que aún no hemos «consumado el acto» —le recuerdo.

—Pues ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío, así que prefiero desayunar antes que volver a intentarlo. Porque te recuerdo que llevamos dos fiascos, de dos intentos.

Sonrío. Por una vez, sus palabras no me irritan, sino más bien al contrario.

Me pongo en pie y tiro de ella. Enseguida noto esa fuerza invisible que me obliga a estrecharla entre mis brazos. Solo puedo separarme levemente de Lindsay para besarla. Nunca me canso de sus labios.

Lindsay se aferra a mi pelo y tira de mí hacia ella. La apoyo contra la pared y me deleito en su boca, juego con su lengua. Su sabor es tan embriagador que me envenena.

De repente, me asalta el recuerdo del olor de su sexo y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me obligo a parar. Inspiro, por enésima vez esta mañana, aunque en esta ocasión lo haga para tomar tierra y tranquilizarme. Después, le sujeto la cara entre las manos.

—Tienes razón. Será mejor que llenemos el estómago primero, porque te juro que después no saldrás de mi cama hasta que te haya devorado entera, bocado a bocado.

CAPÍTULO 13

Lindsay

—Estás cocinando comida para dos días. —Sam no me ha dejado participar en la preparación del desayuno, aunque tampoco ha permitido que me alejara demasiado de él. ¡Como si a mí me apeteciera!

De nuevo mi parte lógica me impide creerme el cuento que nos ha contado la abuela McGonagall, pero la verdad es que no encuentro ningún sentido a esta atracción insana que se ha instalado entre Sam y yo.

Es que no es normal. Porque no me cae bien, ¿o sí?

Desde que ha empezado a moverse por la cocina, no ha parado de canturrear. Cada vez que se pone a cortar, o que atiende a la sartén, su lengua emerge entre sus labios, y la sujeta entre los dientes. Como si necesitara mantenerla quieta para concentrarse.

Esa imagen me ha trasladado de inmediato a la casa de su abuela, a cuando él tenía diecinueve años y Nancy y yo, apenas catorce. Y he recordado de golpe por qué me enamoré de él. ¡Es tan mono! Lástima que ahora lo estropee en cuanto abre la boca. Seguramente por aquel entonces hacía lo mismo, lo que pasa es que yo debía de ser tan pava que ni me daba cuenta.

Entre aquel Sam y este hay otra diferencia importante, y, como siempre, mi boca lanza la pregunta antes de que me pare a pensar.

—¿Por qué le tienes tanta manía a la fotografía? Recuerdo que antes siempre llevabas una cámara colgada al cuello.

Sam despega los ojos del beicon que está preparando y los clava en los míos.

¡Joder! ¿Para qué habré hablado? Si en algún momento se había asentado en ellos aunque fuera un mínimo vestigio de alegría, se ha esfumado de repente. Y no puedo explicar por qué, pero el dolor que veo en sus pupilas anida también en mi pecho. Como si fuese también mío, pero multiplicado por mil; casi no puedo respirar. Me llevo una mano al esternón para intentar suavizarlo, porque es algo tangible, casi físico, que me parte en dos.

—Eso no es asunto tuyo. Y, por si no lo recuerdas, te dije que no quería oír hablar de ese tema en esta casa —me espeta con rabia.

—No, lo que dijiste fue que no querías ver una cámara o que yo hiciera fotos, las revelara o las manipulara de alguna manera, pero de hablar sobre fotografía no dijiste nada.

—Estoy seguro de que sí lo hice. —Su furia va *in crescendo*, lo que hace que se disipe su pena y, para mi alivio, también la que yo había sentido de forma tan inexplicable.

—Y yo te digo que no. La fotografía no es solo mi profesión, es mi pasión. Y recuerdo muy bien cada mierda que soltaste por esa boca. Dijiste que no podía comentar nada sobre encuadres y luces idílicas al atardecer, pero no mencionaste hablar de cámaras y fotos. —Mientras hablo, me voy acercando a él y le apunto con un dedo. Sam no es el único que puede enfadarse por esta cuestión. A mí también me jode esa censura tan arbitraria y sin sentido—. No, definitivamente, eso no formaba parte de tu lista de prohibiciones.

Su ceño está tan fruncido que no entiendo cómo puede mantener los ojos abiertos. Está muy cabreado, respira con intensidad y me mira como si quisiera aniquilarme con la mirada.

—Te crees muy lista o muy graciosa, pero no lo eres —suelta al fin—. Y recuerda que puedo ponerte de patitas en la calle en cualquier momento. Así que no me tientes.

—No, no puedes. —Pronuncio cada palabra con la misma rabia que él ha destilado hacia mí—. Primero, porque sabes que tu prima te va a matar si lo haces, y segundo, por culpa de esa puñetera maldición que nos impide estar separados más de dos minutos.

—Eso no es más que una tontería que se ha inventado mi abuela —dice con los dientes apretados.

—Vale, si de verdad crees que es así, recogeré mis cosas y me mudaré a casa de Matt, porque no te soporto. En serio.

—Estupendo. Ya estás tardando. Te juro que no veo el momento.

—Fantástico.

Me dirijo hacia mi habitación. No bien he entrado en ella, el estómago empieza a dolerme, y parece que hasta me falta el aire por estar tan lejos de él.

Esto tiene que ser una puta broma.

Ni siquiera me da tiempo a cerrar la puerta: enseguida siento la presencia de Sam a mi espalda. Muy a mi pesar, mi cuerpo se relaja, y soy capaz de respirar de nuevo en cuanto se pega a mí y me rodea con los brazos.

Me inclino hacia atrás para recrearme en el contacto de su pecho en mi espalda; necesito su calor como los árboles necesitan la luz del sol.

Un gemido sale de su boca y se hace eco en todo mi cuerpo. Sus labios viajan hasta mi oreja; el suspiro que derrama en ella hace que me fallen las piernas. Me estoy fundiendo, literalmente.

—Esto es una condena —se lamenta antes de morderme el lóbulo y enviar una descarga de placer directa a mi entrepierna.

El gemido que se escucha ahora en la habitación es el mío. Largo y entrecortado, mitad súplica, mitad rendición.

Sam me acerca más a él y percibo su erección clavándose en la parte baja de mi espalda. Me vuelvo entre sus brazos y me pongo de puntillas. Necesito restregarme contra él. Liberar el ansia que crece en mí.

—Esta vez no voy a parar hasta que me haya saciado de ti de todas las formas posibles —dice dentro de mi boca, antes de besarme.

—¿Has retirado la sartén del fuego? —No sé por qué me ha venido eso a la cabeza. Ha sido de lo más inoportuno, pero, como bien ha dicho él, esta vez no pienso parar. Ni aunque entre en la cabaña la mismísima hada Ailithéa a pedir explicaciones.

Sam asiente. Extiende sus manos en mis nalgas y me aproxima tanto a su cuerpo que creo que me va a penetrar sin necesidad de que nos quitemos la ropa. Su boca se cierra sobre la mía y el frenesí

de nuestras lenguas me deja sin aliento, pero esta vez de una forma sublime.

Cuelo mis dedos entre su pelo y lo acerco más a mí. No tengo suficiente. No me basta, nunca me basta cuando me besa o me toca. Es como si mi mente olvidara todo lo demás. No sé si será cuestión de embrujo o solo de feromonas. Leí algo sobre eso una vez. No obstante, ahora no puedo pensar en ello, no puedo pensar en nada que no sea la lengua de Sam, las manos de Sam, todo su cuerpo a mi alrededor.

Con cuatro tirones, nos despojamos de la ropa. Sam me empuja hasta el diván y me recuesta en él.

Capto su intención en cuanto empieza a besarme el cuello y, después, las tetas; va bajando hacia mi sexo como hizo anoche y, sí, casi me regaló un orgasmo, pero me quedé con las ganas de tenerlo dentro. Necesito que me folle, o follármelo yo a él, lo que sea, pero lo quiero dentro. Y no me refiero a sus dedos o su lengua.

—Para, para. —Le sujeto la cabeza.

Él gime.

—Tu sabor es adictivo. Déjame que lo disfrute —suplica.

Niego con la cabeza.

—Después.

No sé cómo, pero noto el tirón de su polla. No puedo decir si lo presiento o si es que choca con mis piernas, pero lo noto. Sé que mis palabras le han afectado mucho más de lo que refleja su cara.

—Necesitamos protección.

Me pongo en pie y lo obligo a sentarse en mi improvisada cama.

—Me gusta estar encima —le digo mientras saco los condones de la mochila que reposa justo al lado del diván.

El fulgor en sus ojos me traspasa mientras se acomoda en el canapé, aunque se revuelve como si no encontrase postura.

Abro el envoltorio del preservativo y se lo coloco con parsimonia, como si no me muriera de ganas de sentarme sobre su polla y hundírmela hasta el fondo. Como si no llevara deseando hacerlo desde ayer por la mañana. Como si pudiera resistir el deseo media hora más, cuando todo lo que quiero es encontrarme

empalada por su miembro, corriéndome una y otra vez de manera salvaje.

Hinco una rodilla a cada lado de su cadera y le enmarco la cara con las manos. Lo miro a los ojos antes de comerle la boca con tantas ganas que, por un instante, me olvido de que lo de verdad deseo es tenerlo dentro.

Cuando me acuerdo de por qué hemos llegado hasta aquí, empiezo a descender despacio sobre su miembro. En cuanto la carne ardiente de su polla entra en contacto con la piel ultrasensible de mi sexo, mi cerebro empieza a echar chispas, y, por cómo Sam se agarra a mi cintura para obligarme a bajar más deprisa, intuyo que es mutuo.

Me resisto como puedo y sigo dejándome caer a velocidad exasperantemente lenta. Quiero sentir cómo cada milímetro de él me penetra. Lo estoy gozando demasiado para estropear el momento yendo demasiado rápido.

Jamás había experimentado algo así. Es una delicia. Si alguien me hubiese contado que se podía alcanzar este nivel de comunión con otra persona, me habría reído en su cara. Si cualquiera me hubiese dicho que podía rozar el cielo con los dedos de esta manera, le habría preguntado qué se había fumado.

Sigo bajando y bajando, hasta que la siento toda dentro.

Nuestras bocas emiten un gemido al unísono, y nos separamos para mirarnos a los ojos. Soy incapaz de moverme; sin embargo, noto un leve temblor en las piernas, en el abdomen, en el pecho.

—Creo… creo que me voy a correr y ni siquiera he empezado a moverme —digo con un hilo de voz.

—Córrete, yo iré detrás —contesta. Contempla mi cara como si estuviera viendo la octava maravilla del mundo.

Trago saliva mientras sigo escrutando el interior de Sam a través de sus pupilas. Juro que puedo ver lo más profundo de su alma.

Y, entonces, sucede.

El ligero temblor se convierte en un seísmo que arrasa con todo. Me sacude un orgasmo indescriptible, que me deja atónita, como si mi cuerpo hubiera estallado en un fuego imposible de contener.

Sam, tal como prometió, se corre a la vez que yo y, al igual que me sucede a mí, parece que su orgasmo no acaba nunca.

—¿Qué… qué ha sido eso? —pregunto cuando por fin puedo coger suficiente aire como para articular tres palabras seguidas.

—No tengo ni idea —contesta, con idéntico tono de incredulidad.

Sigue enterrado en mi interior, y no sé cómo proceder. Estoy segura de que cualquier movimiento que haga me llevará de nuevo al orgasmo, y necesito que mi parte racional procese esto antes de volver a correrme a lo bestia.

Sam me tumba en el canapé y, haciendo gala de una gentileza de la que no lo creía capaz, empieza a moverse muy despacio para salir de mi interior. Cada roce manda descargas eléctricas a mi cerebro, las cuales me estremecen y me hacen poner los ojos en blanco. Mi cuerpo se tensa de nuevo. Las fibras de mi sexo se contraen y aspiro con fuerza, previendo que el orgasmo que está a punto de recorrerme será tan intenso como el anterior. Por cómo Sam se aferra a mí, y por las imprecaciones que suelta, asumo que estamos en el mismo punto.

Agarro su pelo justo antes de correrme. Busco su lengua: la necesito tanto como respirar. Gimo en el interior de su boca mientras las oleadas de placer me consumen y, aún después del clímax, no puedo dejar de besarlo. Sus labios son lo más adictivo que he probado jamás.

—Será mejor que no te muevas —le digo con voz entrecortada después del tercer o cuarto orgasmo. No podría asegurar cuántos llevamos, he perdido la cuenta—. Mejor nos quedamos así para siempre, o no sobreviviremos.

La suave risa de Sam me llena casi tanto como los momentos de éxtasis que hemos compartido en la última media hora. Me pregunto por qué no ríe más a menudo. O quizás sí lo hace, solo que no conmigo; eso me inunda de tristeza. ¡Joder! ¿Qué cojones me pasa con este hombre? Lo odio, pero no puedo evitar anhelar que él no me odie a mí. Si se lo cuento a Nancy, va a reírse hasta la próxima Navidad.

—Pues yo creo que, si nos quedamos así, seguro que no llegaremos ni a mañana. Me parece que hemos quemado por lo

menos cinco mil calorías cada uno.

Pongo los ojos en blanco y me dispongo a disfrutar de su próximo movimiento, porque seguro que, aunque Sam jure que solo intenta retirarse de mi interior, antes de que lo logre vamos a correrno s media docena de veces más.

Cuando por fin conseguimos ser dos cuerpos independientes y no un solo ser, lo miro a los ojos. Mi corazón teme ver en ellos algo distinto a lo que espero, pero, por absurdo que parezca, la conexión sigue ahí.

Después de concentrarnos un buen rato en el otro, sin dar crédito a lo que nos está sucediendo, Sam esconde la cara en mi cuello. Intuyo lo que dice, más que lo entiendo:

—Joder, con Ailithéa. ¿Seguro que era un hada del amor verdadero? A ver si lo que nos ha concedido a nosotros es el don de la lujuria. Porque creo que acaba de lanzar por la borda mi teoría de que se me iban a pasar las ganas de ti cuando hubiésemos echado un buen polvo.

CAPÍTULO 14

Sam

Siento las piernas de goma, y no solo las piernas: todo mi cuerpo tiembla como un flan.

A pesar de haber ingerido ambos un desayuno propio de un montañés en temporada de tala, aún no hemos recuperado las fuerzas, y digo «hemos» porque el cansancio de Lindsay es tan palpable como el mío. Estaba en lo cierto cuando le he dicho que habíamos quemado al menos cinco mil calorías cada uno.

Y lo peor, o lo mejor, no sabría decidirme, es que aún tengo ganas de más.

Mis ojos se dirigen, una y otra vez, de la cara de Lindsay a la puerta de la habitación que ocupa; por mucho que quiera, no encuentro una explicación razonable a lo que ha sucedido ahí dentro. Ella, que se da cuenta, me mira y sonríe descarada.

—Voy a explotar si como un solo bocado más. Estaba tan hambrienta que pensaba que iba a desfallecer, pero ahora creo que no podré comer hasta dentro de dos días —dice, acariciándose la barriga en un gesto teatral.

Sonrío por su payasada antes de untar la última tostada con mantequilla y confitura de ciruela. Yo sí que puedo comer un poco más todavía.

—Joder, lo que daría por disponer de un buen acceso a internet y buscar información sobre esa Corte Seelie —comenta. Me mira con los labios apretados—. ¿A ti no te joroba estar desconectado del mundo?

—Pensaba que precisamente tú eras la que buscaba esa desconexión de la que ahora te lamentas —digo después de

limpiarme la boca de restos pegajosos de mermelada.

Lindsay suspira, como si mis palabras le hubiesen recordado algo que hubiera preferido mantener en el olvido. No contesta a mi pulla.

Me la quedo mirando durante un largo rato. No puedo dejar de hacerlo. Cada vez dudo más de que esto que nos sucede sea una bendición, como ha afirmado la abuela. Aunque, por otro lado, no dejo de pensar que, si es cierto eso de que una magia ancestral nos ha unido, bueno, no me puedo quejar en absoluto de la belleza de la pareja que el destino ha elegido para mí.

Meneo la cabeza para intentar sacarme esas ideas de la mente, y ella malinterpreta mi gesto como una señal de apremio para que conteste.

—Que hayamos compartido una sesión de sexo increíble no te da derecho a que te desvele mis secretos, y mucho menos cuando no parece que tú estés dispuesto a airear los tuyos.

Me llevo las manos a la cara. No me apetece pelearme con ella ahora. Aunque sé que podríamos enzarzarnos en una discusión que durara horas, no quiero, no me siento con fuerza. Preferiría solucionar nuestro desencuentro de nuevo en la cama.

Me doy una palmada mental en la frente. «Entre el temblor de piernas y las incipientes agujetas, casi no te tienes en pie, y ¿ya estás pensando en otra ronda? Lo que yo te diga: esto es una maldición de pura lujuria. La abuela no sabe de la misa la mitad». Suspiro yo también.

—Además, cuanto menos sepáis, tú o cualquiera —hace un gesto con la mano, como si quisiera abarcar no solo la cabaña, sino cuanto la rodea—, mejor para vuestra integridad. Ya me entiendes.

En cuanto termina de decirlo, se lleva una mano a la boca, como si hubiese hablado de más. Mi ceño se frunce de forma inmediata. Una necesidad de protegerla de cualquier peligro se materializa en mi interior, nacida de no sé exactamente dónde.

—Desarrolla eso. —Me acerco a ella todo lo que puedo por encima de la mesa de desayuno.

—Como te he dicho hace un rato…

—No me importa, Lindsay. ¿Estamos hablando de algo que amenaza tu vida? ¿Es eso lo que insinúas?

La sorpresa que se pinta en su rostro es genuina.

—No entiendo tu postura, Sam —dice, levantándose de la mesa —. ¡Si ni siquiera me soportas! ¿Por qué de repente te pones en plan guardaespaldas? Y ni se te ocurra culpar a la dichosa maldición, porque creo que…

—¿Crees que yo lo entiendo más que tú? Pero eso no quita que me preocupe cuando insinúas que tu vida corre peligro.

Y hablo en serio. Esta ansia de ponerla a salvo ocupa todo en mi interior. Arrambla con mi cordura y se instala en el centro de mi pecho como un instinto primario.

—Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Desde luego, no es algo que tuviera intención de compartir contigo. —Se cruza de brazos y da golpecitos en el suelo con el pie de forma compulsiva—. Necesitamos más información sobre esa Ailithéa; nos está obligando a hacer y decir cosas que no queremos.

Entiendo a qué se refiere.

—Yo creo que no es más que un truco de mi abuela. Nos ha sugestionado de alguna forma. La veo capaz de cualquier cosa.

Lindsay alza una ceja.

—Tu abuela es una mujer encantadora, no sé cómo puedes hablar así de ella.

Una carcajada brota de mi pecho.

—Y una manipuladora de libro.

Ella menea la cabeza.

—A tu abuela la hemos llamado cuando ya estábamos atacados porque no sabíamos qué hacer con esto que nos está pasando. Ella no nos ha sugestionado, solo nos ha dicho que no somos los primeros de tu familia que se encuentran en esta situación.

La miro y una nueva oleada de ese sentimiento protector que nace tan dentro de mí me arrasa. Tengo que cuidar de esta mujer a toda costa, pero para eso necesito averiguar qué la amenaza.

—No quiero, ni puedo, pensar en ello ahora mismo. —Lindsay me mira, de nuevo con expresión interrogante—. En estos momentos lo único que ocupa mi mente es ver cómo puedo ponerte a salvo de lo que sea que pueda dañarte. Las maquinaciones de mi abuela quedan muy abajo en mi lista de prioridades.

—Oye, oye, no te pongas en plan macho alfa, que no te pega nada. —Mi cara se contrae en una mueca ante su pulla. Ella toma aire; parece un animal enjaulado—. ¿Crees que a mí no me afectan tus miedos? Porque, si es así, estás muy equivocado.

—No entiendo qué quieres decir —gruño.

Lindsay se frota las manos contra los pantalones, nerviosa.

—Antes no le he dado mucha importancia; lo cierto es que no se la he dado hasta ahora… —Se calla durante unos segundos, como si no encontrara la manera de verbalizar lo que se le pasa por la cabeza—. Cuando nos hemos peleado… Antes de, bueno… —Cuadra los hombros y me mira a los ojos—. Antes de que te enfadases tanto, cuando he sacado a relucir lo de la cámara que colgaba de tu cuello —esta vez mi gruñido es de advertencia—, ha habido un momento en que has sentido tristeza, miedo, dolor. Lo he visto en tus ojos y lo he notado en mi pecho, como un puñal. Creí que era empatía, solo eso, pero empiezo a pensar que se trata de algo más. Algo semejante a ese instinto de protección absurdo que ha aflorado en ti de repente.

Clava sus ojos en los míos. Supongo que espera que yo añada algo a lo que acaba de decir, pero tengo tantas respuestas a eso como ella: ninguna.

Enredo los dedos en mi pelo en un intento de… ¿de qué? ¿Acallar el ruido que retumba en el interior de mi cabeza y no me deja pensar con claridad? Pues la verdad es que no lo estoy consiguiendo. Para nada.

—Vamos a ver —digo al fin—. Solo por poner las cartas sobre la mesa. Imaginemos por un instante que todo eso del hada es cierto. Que lo de no poder permanecer lejos del otro, lo de necesitar tocarnos, lo de que nos asalten estos sentimientos desproporcionados… se debe a la supuesta bendición. No tiene por qué ser todo malo, ¿verdad?

Lindsay hace un gesto que ni confirma ni desmiente.

—Supongo que no —concluye.

—También nos ha proporcionado un sexo increíble. ¿O tú habías pasado por eso —señalo su habitación— alguna vez?

La forma en que lo digo la hace sonreír. Bueno, quizás no está todo perdido.

—No, jamás me había sucedido nada similar. —Se sienta en mi regazo. Rodea mi cuello y me da un beso suave en la boca—. Y mucho menos me había pasado tener ganas de volver a empezar cuando no ha transcurrido ni una hora desde la última vez.

La estrecho por la cintura y la empujo contra mi entrepierna, para que note lo duro que estoy. Vuelve a besarme, esta vez con mucho más ímpetu.

—Espera, espera —digo cuando nos separamos para coger aire al cabo de un buen rato—. Lo deseo tanto como tú. Sé que lo has notado, pero creo que necesitamos analizar algunas cosas antes de volver a meternos en la cama.

—¿Quién ha hablado de camas? A mí esta silla me parece perfecta. Es robusta, y tiene barrotes donde apoyar los pies. ¿Qué más necesitas?

Hundo la cara en su cuello y la beso de nuevo, esta vez con un hambre que no sé si seré capaz de detener.

Lindsay se pone en pie y yo gruño de frustración, pero lo hace solo para volver a sentarse, esta vez a horcajadas, sobre mí. Introduzco las manos por debajo de su camiseta y alcanzo sus pechos; no necesito verlos, con sentirlos en mis manos se dibujan de forma clara en mi mente: pesados, maravillosos. Me entretengo jugando con sus pezones. Cuando los pellizco, Lindsay gime y hace que mi sangre hierva.

Su boca vuelve a descender sobre la mía mientras empieza a balancear las caderas adelante y atrás. Me obligo a pensar en toda la nieve que se amontona fuera de la cabaña para que me baje unos grados la temperatura; esto se está poniendo tan caliente que, si me despisto, voy a terminar en los pantalones, como un quinceañero salido.

—¡Joder, Sam! Creo que voy a correrme sin siquiera quitarme la ropa —dice contra mis labios.

Mis manos pasan de sus pechos a su culo y la aprieto más fuerte contra mí. Su vaivén se incrementa al mismo tiempo que sus gemidos.

—¡Sí, sí, sí! —grita, echando la cabeza atrás. Y juro que su cara extasiada, con los ojos entrecerrados y el pelo derramándose por su espalda, es una de las imágenes más eróticas que he contemplado jamás.

Esa visión lanza una corriente eléctrica directa a mi polla. «Es un hecho. Voy a correrme sin sacármela de los calzoncillos».

En ese momento, Lindsay se queda totalmente quieta y empieza a temblar. Al segundo siguiente, aferra mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás para atacar mi boca de manera feroz. Introduce su lengua hasta el fondo de mi garganta, como si pretendiera penetrar mi alma, mientras convulsiona sobre mí.

Nunca había conseguido que una chica se corriera sin quitarse la ropa, y debo admitir que supone un subidón para mi ego. Estoy a punto de seguirla, pero entonces ella se relaja y, con un esfuerzo sobrehumano, me contengo. Lucir una mancha delatora en el pantalón no me va a dar muchos puntos.

Su respiración está agitada, y no se puede decir que la mía sea tranquila, precisamente.

—Eres un borde, pero no puedo negar que los orgasmos que tengo contigo son los mejores que he tenido en toda mi vida —susurra antes de caer desmadejada encima de mí.

Sonrío mientras beso su pelo. Lo que siento ahora mismo es lo más parecido a la felicidad que he experimentado en muchos años, y eso me asusta.

Un ruido a mi espalda me hace volverme tan deprisa que casi me desnuco.

—¿Interrumpo algo? —La voz burlona de Matt me hace poner los ojos en blanco—. Os sugiero que, si vais a follar como monos cachondos, al menos echéis el puto pestillo. ¿Qué coño os pasa a los McGonagall últimamente?

Lindsay apoya su frente en la mía y rompe a reír.

—No entiendo qué te hace tanta gracia —susurro. De fondo aún se escuchan las quejas de Matt.

—Lo vamos a matar a pajas, al pobre. Eso o, cuando tu prima suba a ocupar la cabaña, lo suyo va a ser digno del fin del mundo.

CAPÍTULO 15

Lindsay

Menos mal que no ha resultado difícil convencer al grandullón de Matt para que deje de protestar. Ha bastado con prometerle que le prepararía un almuerzo de escándalo en compensación por lo que «han tenido que padecer sus ojos» (palabras suyas, no mías) e invitarlo a sentarse a la mesa y esperar.

—Solo te pido que, antes de entrar, toques a la puerta; no es tan complicado de entender —le dice Sam. Matt ríe, y vuelve a estropearse la calma que tanto me ha costado conseguir.

—¡Como si hubierais sido capaces de oírme! ¡Estabais tan metidos en faena que ni golpeando la puerta con un ariete os hubierais percatado de mi presencia! —Nuestro amigo intenta sonar airado, pero su tono de voz es más burlón que iracundo.

—No tengo la confianza suficiente contigo para discutir algo así —protesta Sam mientras coloca una mano en la parte baja de mi espalda.

Lo miro y él me devuelve la mirada. La conexión sigue ahí, y mi corazón aletea revolucionado.

—¡Venga ya, Sam! No seas aguafiestas. Con lo bien que lo paso tomándote el pelo.

El gruñido bajo que sale del pecho de Sam me hace sonreír. Me alegro de que, por una vez, no vaya dirigido a mí.

—Escucha, Matt —intervengo; poso sobre la mesa de la cocina un plato de huevos y beicon que podría alimentar a una familia de osos—. Antes te has quejado de los McGonagall, así, de forma general…

Matt le echa un vistazo a Sam, como si temiera ofender con sus palabras.

—¿Y bien? —insisto.

No podemos andarnos por las ramas, necesito que me explique lo que quiso decir. Por lo que tengo entendido, Ozy ocupó la cabaña el mes pasado. ¿Acaso a él le sucedió algo parecido a lo que nos está ocurriendo ahora a Sam y a mí? Necesito llegar al fondo de esta cuestión cuanto antes.

—Perdona, tío, pero la verdad es que parece que has pasado página —dice, mirando a Sam. Después se vuelve hacia mí y me aclara—: Isla y Ozy estuvieron aquí el mes pasado y le dieron bastante al tema, más o menos como vosotros.

—¡Ajá! Lo que me temía. ¿Crees que puede tratarse de lo mismo? —Miro a Sam. Antes de que yo acabe de formular la pregunta, él ya está interrogando a Matt.

—¿Mi hermano te comentó que le sucediera algo extraño con Isla?

—¿Más allá de lo que «pasó» entre ellos? —Entrecomilla la palabra con los dedos. Aunque dirige la pregunta a Sam, me mira a mí, como si quisiera, y al mismo tiempo no quisiera, hacerme partícipe de la conversación.

—Puedes hablar de ello abiertamente, Matt, no estoy ofendido. Ozy y yo hicimos las paces. Quedó todo aclarado entre nosotros. Yo no amaba a Isla, pero parece ser que él sí. Después de pasar con ella aquí… ¿cuánto tiempo?, ¿dos semanas? —La cara de Sam es de extrañeza, como si considerara imposible enamorarse de alguien en solo quince días.

—¿Dos semanas? ¡No me hagas reír! —Matt se carcajea a pesar de su comentario—. Tu hermano ya estaba loco por ella el segundo día, aunque le costó un poco más de tiempo admitirlo.

—¿Te habló de una bendición, de un hada, o algo? —le pregunto. No quiero que se enreden mucho en esa conversación, de la que yo no estoy entendiendo la mitad.

Matt alza las cejas hasta la frente.

—¿Me estás preguntando por la famosa hada Ailithéa de la Corte Seelie? ¿Es eso?

Sam y yo nos miramos, intrigados. Después él se vuelve hacia Matt y le pregunta casi a bocajarro:

—¿Qué sabes de ese cuento?

—¿Qué sé? Todo lo que es posible saber, tío. Lo que me extraña es que no lo sepas tú. Mi abuela no habla de otra cosa cuando sube aquí arriba, y a veces hasta cuando está en Anchorage: la puñetera hada que bendijo a tu bisabuelo, y cómo todos los miembros de tu familia han encontrado el amor gracias a ella.

Esa afirmación cae como una bomba en la sala. Nos deja a los tres en silencio, pero, contra todo pronóstico, el que parece más afectado es Matt: no bien ha terminado de hablar, se lleva una mano a la frente y se cubre la boca con la otra.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! Nunca he creído que fuera verdad. Pero… Pero… —Señala a Sam y luego a mí—. ¿Vosotros dos? ¡Pero si no os soportáis! —Reflexiona unos segundos y susurra—: Y Ozy e Isla están enamoradísimos, aunque ahora mismo no se hablen… ¡Dios mío, no puede ser verdad!

Se pone en pie y se dobla sobre sí mismo apoyándose en la silla, como si necesitara expandir los pulmones para recibir más aire.

—Para de hacer aspavientos y larga lo que sepas, Matt —le suplica Sam, casi tan frenético como él.

—Me extraña que tu abuela no os lo haya contado… —Una mirada de Sam lo interrumpe—. En realidad no hay mucho que saber. Como te digo, yo nunca he creído ni una palabra de lo que contaba la mía, pero, según ella, la frase favorita de tu bisabuela era: «Mientras haya amor en el corazón y tiempo bajo el mismo techo, la cabaña hará su parte», aunque la he oído repetir un montón más, como por ejemplo —y empieza a enumerar con los dedos—: «El amor es un juego y la cabaña tiene sus reglas», «La cabaña decide, tú solo te adaptas»… —Su lista se corta de forma abrupta cuando Sam gruñe.

—Está bien, nos hacemos una idea de lo que quieres decir. No hace falta que sigas.

Matt me observa con ojos vidriosos.

—¿Te acuerdas de cuando empezamos a salir Nancy y yo? —me pregunta de repente.

Asiento despacio con la cabeza. Siempre habíamos sido amigos los tres, hasta que, de pronto, un día, ellos dos proclamaron a los cuatro vientos que estaban enamoradísimos.

—Fue el fin de semana que teníamos que quedarnos los primos McGonagall y yo en la cabaña, como habíamos hecho tantas veces, pero al final se rajaron todos, excepto ella y yo. —Traga saliva y su nuez sube y baja. Su pecho también se acelera. Cierra los ojos y niega con la cabeza.

Parte de su nerviosismo se traslada a mi pecho. No tiene nada que ver con lo que he sentido esta mañana con respecto a la ansiedad de Sam, esto sí es empatía por mi amigo. Y parte de esa inquietud, ¿por qué negarlo?, también es mía. He sido testigo de lo mal que lo han pasado Matt y Nancy a través de los años. Lo mucho que se aman y lo difícil que es para ellos estar alejados el uno del otro, pues sus diferencias son irreconciliables. O eso es lo que alegan siempre.

Matt esboza una sonrisa que conozco bien, y que significa que trama algo.

—«Mientras haya amor en el corazón y tiempo bajo el mismo techo…». A Nancy y a mí nos faltó la parte del «tiempo», ¿no lo ves? Un fin de semana es demasiado poco. Pero cuando le toque pasar aquí arriba todo un mes… —Sin echarnos ni un vistazo, se dirige hacia el armario de detrás de la puerta para coger su abrigo—. Debo planearlo todo muy bien… ¿Cómo me las arreglo para quedarme encerrado con ella en la cabaña McGonagall? —Sale tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera se despide. Ha dejado la mitad de la comida sobre la mesa, y eso sí que es algo inusual en él. Sonrío al verlo tan emocionado, pero, de repente, exhalo todo el aire de mis pulmones de golpe.

Si Nancy y Matt han estado irremediablemente atados el uno al otro después de pasar un solo fin de semana aquí, ¿qué sucederá conmigo y con Sam?

Además, nunca oí a mi amiga decir que no pudiera alejarse más de tres metros de Matt sin sentir un vacío en el pecho semejante al cráter que dejaría un meteorito de dos kilómetros de diámetro al impactar contra la Tierra.

¡Dios mío! Esto es un desastre de proporciones épicas. Miro a Sam a la cara, y es todo un poema.

—No podemos estar atados de esa manera —dice—. Mis padres… mis padres… ¡Joder! Mis padres no se separaban ni para ir al baño, ¡si hasta compartían despacho en el bufete! —Se encoge sobre sí mismo y después introduce las manos en su pelo—. ¡Hay que buscar un exorcista!

—¿Un exorcista? Creo que esto no funciona así, estás confundiendo términos. —Una risa empieza a burbujearme en las entrañas. Es una risa nerviosa, inoportuna, pero no la puedo retener. En cuanto brota, Sam me mira como si hubiera perdido el juicio, y quizás tiene razón. Quizás estoy volviéndome loca, porque esto no es normal. Y, de entre todas las personas del mundo, tenía que pasarme precisamente a mí.

No, el hada Abigail, o Ailithéa, o como se llame, no podía unirme a un hombre con las mismas aficiones que yo, no. Tenía que hacerlo con uno que odia la fotografía y todo lo que yo hago, lo que yo soy. La razón misma de mi existencia.

En pocos minutos, mi risa deriva en llanto. Claro, no podía ser de otra manera. Y, como era de esperar, tampoco se trata de un llanto normal. Lloro como un dibujo animado. Con la boca abierta y las lágrimas manando de mis ojos igual que una fuente.

Sam, que se ha dado cuenta de que he entrado en una crisis nerviosa, o que quizás necesita un abrazo tanto como yo, se acerca a mí y me aprieta fuerte contra su pecho. Con una mano acaricia mi pelo, y susurra palabras tranquilizadoras cerca de mi oído.

Me voy relajando entre sus brazos, hasta que mis sollozos se convierten en hipidos nada elegantes.

—Encontraremos la solución —me promete.

CAPÍTULO 16

Lindsay

Más tarde Sam y yo estamos tumbados en el sofá, abrazados, sin hacer otra cosa más que contemplar las llamas que danzan en la chimenea.

—Creo que deberías instalarte en mi habitación —afirma de súbito.

Me incorporo y me apoyo en un codo para mirarlo a los ojos.

—¿Esa es l a solución que estabas buscando? Se trata de separarnos, no de acercarnos todavía más.

Aprieta los labios.

—Creo que esa es una batalla perdida mientras permanezcamos aquí arriba. ¿Nunca has oído eso de: «Si no puedes con tu enemigo, únete a él»?

Hago un gesto de asentimiento; tiene razón, muy a mi pesar. Vuelvo a la posición de cucharita, que me parece mucho más cómoda.

—Ahora, ¿quieres contarme qué te ha traído hasta aquí, qué es eso de lo que huyes y que pone tu vida en riesgo? —pregunta, estrechándome más contra su cuerpo.

—Si no he querido hacerlo esta mañana, ¿por qué piensas que habré cambiado de opinión en unas horas? Sí, he disfrutado de otro orgasmo fantástico desde la última vez que has preguntado, pero no es que se me haya fundido el cerebro ni nada semejante.

Oigo como chasquea la lengua.

—¿Has visto *El silencio de los corderos*? —pregunta, varias respiraciones y silencios incómodos más tarde.

—¿Te refieres a la película de los años noventa? —Su cabeza se mueve detrás de mí e intuyo que está asintiendo—. No, no soy muy de películas clásicas, la verdad. Y no me da la vida para ver las actuales.

—¡No me lo puedo creer! Es una de las mejores películas de la historia, ganó los cinco Óscars principales, y eso que era una historia de terror. Es dificilísimo para…

—Sí, lo pillo, pero no la he visto —lo interrumpo. Me vuelvo ligeramente para mirarlo—. Tampoco entiendo a qué viene esto ahora.

—Es que, si no la has visto, difícilmente vas a comprender la propuesta que tengo para ti —se queja, como si ya le hubiese jorobado toda la tarde.

—Y ¿qué tal si me la explicas? ¡Creo que no soy tan obtusa! —Me pongo en pie de un salto. Toda la camaradería que habíamos desarrollado en las últimas horas se disipa en unos segundos.

Sam suelta un bufido y se lleva dos dedos al puente de la nariz. Se sienta en el sofá y me mira desde abajo. Como no me he alejado ni medio metro, alarga los brazos, me rodea las piernas y me acerca a él. Coloca su frente en mi abdomen.

—Te juro que no puedo pelearme más contigo. Cada vez que lo hacemos, parece que se me rompe algo por dentro. —Su voz suena amortiguada contra mi ropa—. Mientras estemos aquí arriba y nos domine el influjo de la dichosa maldición esta, ¿podríamos intentar llevarnos bien? Te lo suplico. No creo que mi salud mental haya estado nunca tan al límite como lo está desde ayer. Y mira que durante los últimos años he vivido cada día sometido a más presión de la que muchas personas experimentan en toda su vida. Pero lo que me está sucediendo desde que nos besamos… —eleva la vista y me mira con una intensidad que me remueve—, te juro que va a acabar conmigo.

Tiene toda la razón, lo último que quiero es pelear con él. Ya no. Pero es que me saca de quicio.

Me fijo en la cara de perrito apaleado con la que me mira; no sé por qué, pero me da a mí que me está haciendo trampa. Conozco a su prima, conozco a su abuela; sé que los McGonagall siempre

obtienen lo que se proponen, y apostaría mi mano derecha a que me está manipulando.

Aunque, por otra parte, lo que ha dicho es del todo cierto. Desde que empezamos a experimentar esta vorágine de sentimientos, cualquier sensación que tenga que ver con Sam McGonagall se multiplica por mil. ¿Qué digo por mil? Todo está multiplicado por un millón, o más. No es fácil manejar esta tormenta interior que nos azota sin piedad.

Meto las manos en su pelo. Es sedoso, y sus bucles se enredan entre mis dedos. Estoy tentada a acercar mi boca a la suya, pero sé a qué nos conducirá eso y, aunque no lo admitiré en voz alta, me intriga el tema de la dichosa película.

—Venga, dime qué tiene que ver Hannibal Lecter con nosotros dos, anda.

Sus párpados se entrecierran y me mira con desconfianza.

—Pensaba que no habías visto la película.

Suspiro y pongo los ojos en blanco antes de contestar.

—Lo que no significa que nunca haya oído hablar del protagonista. —Saco los dedos de su pelo y lo sacudo con suavidad por los hombros—. Venga, va. Explícamelo.

Me obliga a tumbarme de nuevo en el sofá, aunque esta vez nos colocamos cara a cara.

—Una de las líneas argumentales más importantes de la película es que una agente del FBI pide ayuda a un psiquiatra, el cual, además, es un asesino en serie recluido en una prisión de alta seguridad. —Asiento levemente. Algo de eso me suena—. Él acepta ayudarla, con la condición de que, por cada pregunta que él conteste, tendrá derecho a formularle otra a ella: «*Quid pro quo*, Clarice». —Sam baja el tono para pronunciar estas palabras, y se me pone la piel de gallina.

—Si lo que pretendes es asustarme, te hará falta un poco más de interpretación —le digo. Al fin y al cabo, no soy tan fácil de acojonar —. Y si este rodeo acerca de la película ha sido tu manera de venderme que, si yo te cuento el motivo por el que he venido a esconderme aquí arriba, tú me contarás por qué odias las fotos… — Niego con la cabeza mientras lo miro a los ojos—. En serio, después

los hombres os atrevéis a decir que las mujeres nos andamos por las ramas.

—¿Prefieres empezar tú?

Lo miro fijamente.

—Tengo mucha curiosidad por averiguar por qué odias la fotografía, pero quizás no tanta como tú crees —le contesto. Intento huir de su abrazo para ponerme en pie de nuevo.

—¡Anda ya! Llevas dos días dando por saco con el tema y, ahora que te lo pongo en bandeja de plata, ¿vas a pasar? ¿Qué sucede? No es lo mismo cotillear sobre los secretos de los demás a que quieran penetrar en los tuyos, ¿verdad?

Todavía me tiene entre sus brazos, así que me revuelvo hasta que consigo soltarme.

Por qué cualquier conversación con este hombre tiene que acabar en discusión es algo que se me escapa; lo que sí sé es que, ahora mismo, de lo único que tengo ganas es de decirle que es el idiota más egocéntrico con el que me he topado jamás, de arañarle la cara o de darle una patada en la entrepierna… O puede que las tres cosas a la vez, y así no tendrá margen para defenderse.

—No tienes ni puta idea de nada —pronuncio, en cambio, poniéndome en pie de una vez. Con el revuelo, la melena me ha caído delante de la cara, y la retiro con furia—. No sé de dónde sale tu ridícula fobia a las fotos, y lo cierto es que me importa un comino. Te he dicho antes que, cuanto menos sepas del motivo que me ha traído a esconderme, mejor para ti, y tú, venga, dale. ¿Es que no piensas parar? ¿No te das cuenta de que no es algo que se pueda ventilar con ligereza? Ya es suficiente con que sospechen que yo estoy al tanto de algo de lo que no debería. Basta con que me estén buscando a mí. No quiero poner a nadie más en peligro…

—Y tú, ¿no has escuchado nada de lo que te dije antes? —Sam también se pone en pie, y se acerca tanto a mí que su voz, que no está precisamente calmada, resuena hasta en mi pecho—. Lo único que anhelo es protegerte de cualquier mal. Y no sabes lo mucho que me perturba eso. Nunca he sido ese tipo de hombre.

—¿Te refieres a un macho alfa posesivo y déspota? —le grito.

—Puedes llamarlo como te dé la gana. Pero, sí. El tipo de hombre que se da golpes en el pecho, marca territorio y necesita defender a balazos lo que le pertenece.

Me percato de que nuestras respiraciones aceleradas se funden, nuestros pechos suben y bajan al unísono, y de que estoy devorando a Sam con la mirada.

«¡No, no, no, otra vez no! No puedes abalanzarte sobre él después de discutir y de que por su boca haya salido tal barbaridad». Sin embargo, antes de que el pensamiento llegue a cristalizar siquiera en mi mente, mis brazos se dirigen a su cuello y él pone sus manos en mis nalgas para estrujarme contra él.

«Estamos perdidos», es lo último coherente que pienso antes de que mi cerebro se derrita.

Sin que yo sea del todo consciente de ello, mis piernas se enroscan en su cintura, nuestras bocas colisionan y mis dedos tiran frenéticos de su pelo. Quiero hacerle daño; no mucho, claro, no me gusta ese tipo de sexo, pero necesito… necesito… necesito liberar parte de esta tensión que me consume, y tal vez si le tiro del pelo, o le muerdo los labios, conseguiré que la tetera de agua hirviendo en que me he convertido no explote irremediablemente.

—Esta vez no voy a dejar que me domines —gruñe él en el interior de mi boca.

—Me gustará ver cómo lo intentas —le contesto con voz igual de grave.

En varias zancadas nos guía hasta su dormitorio y, sin soltarme, nos apoya contra la pared más cercana. Su boca se pasea por mi cuello, ávida, mientras sus manos exploran debajo de la camiseta. Sigue cargando con mi peso, pero nadie diría que eso le supone un esfuerzo.

—Me vas a matar —dice, aferrándose a mí y buscando mi boca con desespero.

Nos besamos como si en ello nos fuera la vida; yo ya no puedo dejar las manos quietas. No sin cierta dificultad, busco el botón de sus pantalones y, después de desabrocharlos, cuelo la mano en su interior. Necesito tocar ese pedazo de polla que gasta. Sí, la he visto,

la he tenido dentro, pero aún no me he dado el gusto de tocarla como es debido.

Cuando mis dedos entran en contacto con su glande, el siseo que sale de su boca hace que me moje todavía más, mucho más.

Sam retira mi mano de sus pantalones y empieza a restregarse contra mí. Si no para, voy a volver a correrme sin quitarme la ropa, como esta mañana en la silla.

—Espera, espera —le digo, apoyando mi frente en la suya—. No quiero tenerlo así. Quiero estar encima. Me gusta estar encima.

Él niega y me mira con el rostro transfigurado por el deseo. El quejido que emerge de mi garganta cuando me doy cuenta de que esta vez no me va a dejar salirme con la mía es de rendición, pero me da igual si pierdo esta batalla: sé que lo voy a disfrutar igual, o incluso más.

Me inclino sobre su boca y busco su lengua al tiempo que ciño más mis piernas a su cintura. Las manos de Sam regresan a mis nalgas para sostenerme con fuerza, sus caderas embisten una y otra vez contra mí. El duro bulto tras sus pantalones me está volviendo loca; estoy a punto de gritar que no puedo más, que necesito que me penetre ya, cuando para y me obliga a moverme para deshacerse de nuestra ropa.

Me mira a los ojos mientras se introduce en mí, y yo puedo atisbar el universo estrellado flotando en sus pupilas. Cada milímetro de su carne adentrándose en la mía me provoca un placer tan desmesurado que podría ponerme a llorar.

Cuando lo veo apretar los dientes, comprendo que está tan al límite como yo; no obstante, se mueve despacio. No busca la resolución, busca dilatar el momento. Sus ojos continúan anclados en los míos, y esta conexión inexplicable brilla en ellos.

Cuando un cosquilleo me sube por las piernas y la energía se concentra en mi bajo vientre, me tenso. Es la señal que Sam necesita para incrementar el ritmo: empieza a entrar y salir deprisa, empotrándome contra la pared con cada embestida.

Me dejo arrastrar por el orgasmo que me golpea desde todos los ángulos. No hay un solo centímetro de mi piel que no ondule bajo el

gozo absoluto que me invade. Grito; Sam no para de embestir, lo que me provoca nuevas oleadas de placer, que no se detienen.

Al cabo de un rato, él también se pone rígido, y me mira una última vez a los ojos antes de soltar un improperio y convulsionar entre mis piernas.

Los dos nos quedamos desmadejados y sin fuerza, así que nos deslizamos por la pared hasta el suelo.

—Esto no puede estar sucediendo de verdad —dice Sam después de depositar un beso tierno en mi boca.

—Pues a mí no me parece que lo hayamos soñado.

—No soy este tipo de persona, no hago este tipo de cosas —repite, como si se avergonzara de lo sucedido, aunque yo no sabría decir a qué parte se refiere.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —Mi pregunta lo incita a mirarme con curiosidad—. Que solo llevamos juntos en la cabaña dos días.

El quejido que nace en su garganta desata mi risa, algo que, intuyo, a él no le hace ninguna gracia.

CAPÍTULO 17

Sam

«Esta casa necesita cortinas», pienso, entrecerrando los ojos, cuando la luz que entra a raudales por la ventana desnuda me despierta.

Un rayo del sol matutino incide en el pelo rojo fuego de Lindsay, y parece desprender una aureola de paz que contrasta con el espíritu beligerante que vive en ella.

No puedo creer que su combatividad sea solo para conmigo. Aunque tampoco es que yo le muestre mi mejor versión.

Ya ha transcurrido una semana desde que llegó a la cabaña, y, si bien las discusiones no son tan frecuentes como los dos primeros días, tampoco puedo decir que nuestra relación sea un camino de rosas. Ni mucho menos.

Además, cada día que pasa, mi necesidad de descubrir qué es eso tan peliagudo que fotografió, y que la ha traído a refugiarse aquí, se torna más acuciante, pero no estoy ni cerca de lograr que me lo cuente. Tengo que idear una estratagema más sutil, lo del *quid pro quo* no coló, pero no puedo considerarme un abogado excepcional si no consigo hacerla confesar sin que se dé cuenta de que lo está haciendo…

Lindsay se revuelve inquieta entre mis brazos y la miro extrañado. Sigue dormida, pero su cara se ha contraído en una mueca de pánico.

—Solo soy una limpiadora —balbucea. Su cuerpo se ha encogido entre mis brazos. ¿Qué narices está soñando?—. No me dispare.

»¡No, no! —Sacude la cabeza mientras se aferra aún más a mí. Algo en mi interior se agita. ¿Está teniendo una pesadilla?

»Tengo que llegar a la calle. —Su respiración es frenética contra mi pecho. ¿Debería despertarla?

»¡No! —Su propio grito se ocupa de ello.

Se ha sentado de un respingo en la cama. Sus jadeos me instan a abrazarla con todas mis fuerzas, como si al hacerlo pudiera disipar todas sus pesadillas. Siento que no podría soltarla aunque me lo pidiera.

Me asalta una intensa sensación de *déjà vu*: ya pasamos por esto la semana pasada, cuando despertó en el sofá después de que Matt la examinara tras el desmayo. El día que nos besamos por primera vez y el hechizo de Ailithéa nos ató.

Intento no moverme; parece muy alterada y lo último que quiero es asustarla más. Cuando sus ojos se posan en mí y se da cuenta de que soy yo quien la sostiene, se relaja visiblemente. Respira hondo y se acurruca contra mi costado. Inspira hondo.

—¡Oye! Deja un poco de aire para mí, ¿no? —bromeo mientras busco sus labios para besarla con suavidad.

—He tenido una pesadilla. —Su tono está impregnado de un horror que no había percibido nunca al escucharla hablar.

—¿Quieres contármela?

—No puedo. —Su voz se quiebra—. No es seguro para ti.

Entierra la cara en mi pecho y, si yo no supiera que es una mujer fuerte, una de las más fuertes que conozco, de hecho, pensaría que está sollozando. Pero estoy casi seguro de que solo intenta estabilizar su respiración.

—Lindsay, soy un adulto. He sido responsable de mi hermano y de mis primos desde… desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Dirijo un bufete de abogados con un centenar de personas a mi cargo. ¿Serías tan amable de dejarme decidir qué es seguro para mí y qué no lo es?

Todavía se mantiene un buen rato con la cara apoyada en mi pecho, pero su respiración se ha normalizado. Cuando ya he perdido la esperanza de que conteste, me mira a la cara y dice:

—No es tan fácil.

—Nunca lo es. Piensa en mí como en un cura católico. Soy tu abogado, existe el secreto profesional, cliente-abogado.

—Nancy es mi abogada, no tú.

—Eso no es más que una menudencia administrativa. Algo muy fácil de solucionar: solo tengo que hacer una llamada y listo, pasaré a ser tu abogado en menos que canta un gallo. Vamos, confía en mí.

Se queda mirándome largo rato y, después, vuelve a enterrar la cara en mi pecho. Cuando creo que al fin se va a sincerar, me pregunta:

—¿Sabes por qué me interesé por la fotografía en primer lugar? —Sus palabras suenan amortiguadas contra mi cuerpo.

—No tengo ni idea. —La empujo con delicadeza para que me mire a la cara. Me parece muy difícil entablar una conversación con su coronilla.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Fue por ti. Así que a lo mejor sí que debería contarte el lío en que me he metido, porque el culpable último, siendo puristas, eres tú.

—¿Perdona? —Mi cerebro acaba de explosionar dentro de mi cabeza—. ¿Por mí? No sé de qué hablas.

Resopla y se sienta en la cama con las piernas cruzadas. No está lo bastante lejos como para que hayamos perdido el contacto, pero tampoco tan cerca como para que este resulte igual de íntimo que hace unos segundos.

—¡Venga ya! ¡Eras el primo mayor de mi mejor amiga! —Hace aspavientos con los brazos.

—Sigo siéndolo, si no me equivoco —comento en tono guasón. Me apoyo en el cabecero de la cama y me cruzo de brazos.

Niega con la cabeza mientras me mira con desaprobación, aunque una sonrisa baila en sus labios.

Su cara de sueño se me antoja tan dulce que me cuesta concentrarme en la conversación. Se me ocurren mil cosas que me gustaría hacer antes que ponerme a hablar de temas serios. Me reprendo por eso. Llevo una semana intentando llegar a este punto y ahora quisiera estar besándola en vez de escuchando lo que tiene que contarme. Soy lo peor.

—Siempre te paseabas con una cámara de fotos colgada al cuello, aunque ahora reniegues de ellas. —Me tenso. Recuerdo

perfectamente esa época, aunque haya tratado de olvidarla—. Algo te hizo cambiar, aunque yo no lo supe hasta que me reencontré contigo la semana pasada. Pero el mal ya estaba hecho. La chica enamorada se interesó por la fotografía, y lo que empezó como un *hobby* para impresionar al primo de su amiga, se convirtió en su pasión y, más tarde, en su profesión.

Se encoge de hombros mientras sus palabras calan en mi cerebro y cobran sentido. ¿Ha dicho «chica enamorada»? ¿Insinúa que estaba loquita por mis huesos cuando éramos unos adolescentes? Pero si por aquel entonces ella era una cría, ¿cómo podía siquiera pensar en mí de esa forma?

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza uno tras otro. Supongo que mi cara lo delata, porque añade:

—¡Oh, no, no! No me he pasado quince años suspirando por ti en silencio. Tampoco te vengas tan arriba. —Su risa cantarina llena la habitación y brilla tanto como el sol que ilumina cada rincón de la estancia.

Me hago con uno de los cojines y se lo tiro a la cara, aunque eso no frena su carcajada.

Se pone de rodillas sobre el colchón y se acerca para darme un beso dulce en los labios.

—Había olvidado por completo el motivo por el que, a los catorce años, le pedí a mi padre que me comprara una cámara fotográfica, hasta que el otro día tu prima me dijo que este mes tendría que compartir la casa contigo.

La sujeto por la cintura y ahondo el beso. Sus labios saben tan bien que me cuesta desprenderme de ellos. Lindsay apoya las manos en mi pecho y empuja para alejarse de mí.

—Y hoy por hoy, creo que lo que hago es importante, porque la gente necesita ver con sus propios ojos lo que está sucediendo en el planeta. Una imagen vale más que mil palabras, ya lo sabes. Y hay muchas personas que, si no les muestras crudamente las atrocidades que se están cometiendo, ni siquiera creen que sean verdad. Y, aun así, muchas veces te acusan de haber trucado las fotos… —suspira.

—Totalmente de acuerdo contigo. —Me mira de soslayo, como si dudara de lo que digo—. No soy un integrista…

—No es la impresión que me has dado desde que llegué a esta casa.

—Lo que no quiero es tener nada que ver con la fotografía, estar involucrado con el mundo de la imagen. Eso no significa que no entienda la labor que llevas a cabo…

Su cara de no creer ni una palabra se intensifica por momentos.

—Si de verdad entendieras de lo que te hablo, no estarías en contra de la fotografía…

—Mis padres y mis tíos murieron por culpa de mi afición a la fotografía —la interrumpo, alzando la voz más de lo que pretendía.

Ya está, ya lo he dicho. No es que sea un secreto. En mi familia todo el mundo sabe (o, si no, lo sospecha) que pienso que ese maldito accidente fue culpa mía y de mi manía de inmortalizar cada segundo de nuestras vidas.

Me sacudo el edredón y me pongo en pie. No me detengo a comprobar la expresión de Lindsay. Que le ha sorprendido mi confesión es un hecho. No ha pronunciado ni media palabra, y eso que tiene una opinión para todo.

Me pongo un pantalón y una camiseta y salgo de la habitación sin mirar atrás. No puedo estarme quieto.

«Eres un as, Sam. Pensabas hacerla confesar y quien ha cantado como un canario has sido tú. Bueno, no es que tu secreto fuera a quedar enterrado para siempre. Lindsay solo tenía que preguntar a Nancy, o al mismísimo Matt; cualquiera le habría contado el origen de tu fobia. No es para tanto», me digo mientras abro la puerta de la cabaña y salgo al frío del exterior.

«¿A dónde crees que vas?», me pregunto cuando no he dado más de una docena de pasos y me doy cuenta de que no tengo a dónde huir. A mi alrededor solo hay nieve, la cabaña de Matt y la de los guardas, que no parece que hayan despertado aún de su letargo, así como el pequeño bosque de abetos, que está envuelto en niebla y no presenta un aspecto nada acogedor a estas horas de la mañana. Aún quedan restos de las latas a las que disparé el otro día.

Me giro, para ver a Lindsay abrigada con mi edredón, esperándome en el umbral de la cabaña.

—¡Vuelve aquí, te vas a helar! —me grita.

Un escalofrío me recorre la espalda. Niego. Después, asiento. Hacía muchos años que no me sentía tan perdido ni tan desamparado, aunque la sombra de una idea va tomando forma en mi cabeza.

Me acerco a ella, que abre los brazos y me invita a compartir el calor de la manta. Entramos en la casa. Nada más cerrar la puerta, la abrazo y la miro a los ojos.

—Se me acaba de ocurrir la manera de demostrarte que puedo defenderme muy bien yo solo de cualquier peligro, además de enseñarte cómo tienes que hacerlo tú. A ver si así, de una puñetera vez, te das cuenta de que no vas a ponerme en peligro con tus secretos. —Lindsay se tensa y menea la cabeza—. Lo único que me importa ahora mismo es saberlo todo de ti, y eso me asusta más que cualquier amenaza física que pueda venir del exterior —le digo, besándola con suavidad—. ¿Dejarás que te proteja?

CAPÍTULO 18

Lindsay

—Antes de salir ahí afuera a disparar como una bárbara, me gustaría que me contaras esa historia que te has montado en tu cabeza sobre que tus padres y tus tíos murieron por tu culpa —le digo a Sam mientras lo veo preparar las pistolas, y lo que supongo que serán los blancos, con un entusiasmo inusitado.

Sus declaraciones me han dejado descolocada. Si lo he entendido bien, está convencido de que hizo algo que propició el accidente de sus padres y sus tíos, pero no entiendo qué podría tener eso que ver con las fotos, y mucho menos por qué podría sentirse él responsable.

¿Quizás es que alguien de su familia lo culpa por ese accidente?

No, qué va. Nancy me lo habría contado.

—Ya te lo dije, Clarice, *quid pro quo* —me suelta—. Hasta que tú no me des alguna información más, yo tampoco lo haré.

Frunzo el ceño. Mira que es cabezota.

Antes de que yo pueda decir nada, me pone un pistolón en las manos. Al principio acuso el peso del arma, aunque tampoco puedo decir que sea un ladrillo.

—Bueno, al menos no es tan pesada como parecen en las películas del Oeste —le comento en tono guasón.

La verdad es que no me hace mucha gracia sostener un arma en las manos, yo me considero más bien pacifista. Lo de disparar, aunque sea a unas latas o a una diana, no me hace tilín. No creo que fuera capaz de apuntar a una persona si se diera el caso. No obstante, aunque estas prácticas de tiro me parecen una soberana

tontería, me apetece que hagamos algo juntos, y a Sam se lo ve tan ilusionado que no quiero decepcionarlo.

—Alguien que no esté acostumbrado puede sentirla pesada al principio —me contesta, como si estuviera dando una clase magistral —, sobre todo si vas a pasar mucho rato apuntando, pero no es imposible de manejar. De hecho, la Colt 1851 se diseñó justo para que un soldado pudiera dispararla con una sola mano desde su caballo.

—Madre mía, no me imaginaba que estuvieras tan puesto en el tema.

Sam se lleva una mano a la nuca y sonríe algo cohibido.

—Tiendo a buscar mucha información de un tema cuando me interesa de verdad. Creo que lo llaman hiperfoco, pero no es nada raro, le pasa a mucha gente.

—Déjame adivinar: también has estudiado sobre eso, ¿me equivoco?

Sus dedos tamborilean sobre la mesa antes de quedarse quietos; después, se aclara la garganta. ¿Está intentando disimular que se avergüenza de ello?

Me llevo las manos al pecho. Eso es…, espera, que tengo que coger aire: ¡absolutamente adorable!

Suelto la pistola en la mesa, doy dos pasos y me cuelgo de su cuello mientras le atrapo las caderas con las piernas. No puedo parar de besarlo. Me lo comería vivo y no dejaría ni los huesitos. ¡Joder, cómo me gusta este hombre y lo mucho que me pone!

Al principio, Sam se muestra tan sorprendido que ni siquiera sabe qué hacer con las manos, pero enseguida se une a la fiesta y me abraza con fuerza mientras me devuelve el beso.

Al cabo de unos minutos, cuando el ambiente empieza a caldearse de verdad, me separa de él.

—Hoy toca lección de tiro. Por mucho que me excites y me provoques, no vas a desviar mi atención.

Su voz ronca hace que un escalofrío me suba desde las entrañas, aunque la determinación que leo en sus ojos me convence de que habla totalmente en serio.

—Nada de retozar hasta que no me hayas enseñado a disparar. Vaya, acabo de hacer una rima —digo, y me río de mi propio chiste.

Sam niega con la cabeza y me devuelve al suelo con cuidado. Me echa un vistazo con ojo crítico.

—Esa ropa que llevas es cómoda, pero deberías ponerte algo más abrigado.

Lo miro con cara de póker. ¿Acaso no ha visto la mochila que traje? No es que en ella quepa un modelito para cada ocasión, ni nada por el estilo.

Asiente y se dirige a su dormitorio, aunque debería decir «nuestro» dormitorio, porque desde el segundo o tercer día (ahora no lo recuerdo bien) lo compartimos. Aun así, no me acostumbro a usar el plural.

Mientras lo espero, me entretengo en pensar cómo han cambiado las cosas desde que llegué hace una semana.

Aunque seguimos sin poder separarnos más que unos pocos metros el uno del otro, ya no nos peleamos por cualquier nimiedad; de hecho, la única fuente de conflicto son los secretos que todavía flotan entre los dos, y que cada uno se niega a compartir con el otro. No obstante, esta mañana Sam ha abierto las compuertas, por lo que mi cota de curiosidad ha alcanzado límites insondables.

«¿Cómo es que cree esa tontería de que el accidente de los señores McGonagall sucedió por su culpa?». Estoy tentada de exteriorizar mis pensamientos, cuando lo veo salir del cuarto ataviado con un jersey de cuello alto y color beis que me deja alelada. Poco me falta para volver a encaramarme a él como un mono, igual que hace unos minutos.

Sam se da cuenta y sonríe pícaro. Se acerca a mí, me besa y me da un pellizco en el culo. Después me separa de él de forma perezosa.

—Te he traído esto. —Me tiende un jersey de angora que no me pega nada. Es elegante y bastante abrigado, el tipo de prenda que usaría mi madre y que yo no me pondría ni loca, pero parece de mi talla—. Es de Isla. Metí en una caja la ropa que se dejó cuando se marchó de forma precipitada; hasta ahora no he pensado que podría serte de utilidad.

—¿Isla Gallagher? ¿La que estuvo aquí el mes pasado, con tu hermano?

—Esa misma. —Por un instante, una sombra cruza sus ojos, y no puedo evitar ponerme celosa. Al fin y al cabo, estuvieron prometidos. No he indagado mucho sobre lo que sucedió aquí el mes pasado, aunque me pareció oír a Sam decirle a Matt que se alegraba de que Isla y Ozy se hubieran enamorado. Da igual, no quiero pensar en eso ahora—. Gracias. —Me paso el jersey por la cabeza. Es supersuave y calentito. Empiezo a replantearme mi estilo, hasta que me veo reflejada en el espejo que hay en el armario detrás de la puerta. Vale, sí, es cómodo y abrigado, pero, con él puesto, no me reconozco.

Tiro del cuello, que empieza a picarme. Sam me mira y niega con la cabeza.

—Vamos, Lindsay, será solo un rato. Hasta que no entres en calor por el ejercicio, vas a necesitarlo, ya lo verás. Ni que fueras un perro al que le han puesto un collar.

—Es como me siento. Te lo puedo asegurar.

Sam chasquea la lengua y abre la puerta de la cabaña. Ha cogido las dos pistolas y me pide que yo recoja el resto de la parafernalia.

Lo sigo, no muy convencida de que esto de aprender a disparar sea una buena idea, para nada. Aunque, claro, mientras Sam está distraído con esto, no me pregunta por la pesadilla de esta mañana y, por ende, no me machaca con el tema de mi huida a la cabaña.

Decido que, de momento, está bien así.

—¿Alguna vez has disparado una de estas? —Sam gira el tambor con calma. Sus dedos están firmes, como si el arma fuera una extensión natural de su cuerpo.

—Ni siquiera he jugado con una pistola de agua —confieso, nerviosa. Intentando no transmitir que su desafío me resulta un poco excesivo, le pregunto—: ¿Seguro que esto no es demasiado para mí? Ese revólver me infunde más respeto que una fiera salvaje.

Sam arquea una ceja y me tiende el pistolón.

—¿Tú? ¿Asustada? No me lo creo.

Le lanzo una mirada que pretende ser retadora, pero que sé que no pasa de divertida.

—Oye, que yo soy de disparar cámaras de fotos, no armas de pólvora.

Niega con la cabeza y me hace situarme de cara a los blancos, que hemos colocado a una distancia que a mí me parece inabarcable.

—No sé si me atrevería a disparar un arma contra una persona —comento, para llenar el silencio que me inquieta—. Creo mucho más en el poder de las imágenes para acabar con los que abusan de su autoridad y se valen de ella para sembrar el miedo.

Se coloca detrás de mí, tan cerca que el calor de su pecho atraviesa mi ropa. Tenía razón cuando afirmó que iban a sobrarnos los jerséis, aunque yo no interpreté que se refiriera a esto precisamente.

Su mano se desliza sobre la mía, cierra los dedos alrededor de la empuñadura y mi respiración se acelera, aunque me obligo a disimular.

—Pues hoy cambias el objetivo. Vamos, agárrala bien.

Su voz grave me eriza la piel. Su pulla no me pasa desapercibida, pero tengo la garganta tan seca que no se me ocurre ninguna réplica. Trago saliva, más pendiente de la presión de su cuerpo contra el mío que del arma.

De repente, Sam suelta una carcajada ronca, tan cerca de mi oído que la piel se me pone de gallina.

—Eso no es agarrar. Eso es acariciar.

Consigue que me relaje un poco y sonría.

—¿Y qué problema tienes con que la acaricie?

—Que, si la acaricias así, me distraes.

Me vuelvo apenas unos centímetros para mirarlo a los ojos, aunque mi mirada acaba recalando en su boca.

—Vale, pues enséñame cómo te gusta que la agarre.

Sam se muerde el labio y me insta a mirar hacia delante. Después guía mi mano con la suya y cierra los dedos con firmeza alrededor de los míos.

—Así. Firme. Decidida. Nada de dudas.

El silencio se electrifica. Apunto hacia el blanco como puedo; no tengo la cabeza donde debería tenerla. No debería manejar un arma cuando estoy pensando en manejar otras cosas mucho más calientes (aunque igual de duras).

—Y ahora, ¿qué? —murmuro, esforzándome para que no se me quiebre la voz.

Sam me corrige la postura de los pies con un leve toque de su bota contra la mía; después me acomoda el brazo libre, guiando cada movimiento como si fueran pasos de baile. Lo siento en todas partes: en cada músculo tenso, en cada caricia involuntaria. Me pongo a temblar, y no porque esté preocupada por errar el disparo, precisamente.

—Mira al objetivo —ordena. Su mano todavía cubre la mía—. Respira conmigo.

Inhalo justo cuando él lo hace. El mundo se reduce a este instante: el latido en nuestros tímpanos, el contacto de nuestros cuerpos, nuestras respiraciones acompasadas, el tiempo detenido en una burbuja que solo habitamos nosotros dos.

Nunca pensé que algo tan violento como disparar un arma podría convertirse en un acto tan sexi e íntimo.

El disparo resuena en el claro, un eco rotundo y vibrante. El retroceso me sacude, pero Sam me sostiene, su brazo rodeándome de un modo demasiado natural.

Giro la cara hacia él: sus labios están tan cerca que apenas un soplo los separa de los míos. Me muero de ganas de mordérselos, o de besarlos hasta quedarme sin aliento, pero lo único que hago es mantener los ojos fijos en ellos, como si estuviera hipnotizada.

—No ha estado mal para ser la primera vez —murmura, con una chispa de orgullo y de algo mucho más intenso en la mirada.

Sonrío sin dejar de mirarlo.

—Creo que necesito más práctica.

Sam deja que el silencio se cargue de todo lo que ninguno nos atrevemos a decir y, finalmente, tan despacio que se me antoja una tortura, recoloca la pistola en mis manos y me hace recuperar la posición.

—Entonces seguiremos hasta que no te tiemble nada. —Y la forma en que lo dice no me deja claro si habla del arma o de mí.

CAPÍTULO 19

Lindsay

Varias horas más tarde, me duelen todos los músculos del brazo y gran parte de los de la espalda. Estoy agotada pero satisfecha. He conseguido darle al blanco al menos tres veces seguidas. Sam me mira con expresión complacida y diría que también con cierto orgullo, como un padre que aprueba, y aplaude, el comportamiento de su retoño.

—Dime que hemos acabado por hoy —le pido con ojos suplicantes mientras me masajeo el trapecio y la base del cuello—. No puedo más.

—Eres una exagerada. —Retira mi mano y la sustituye por las suyas, consiguiendo con ello que se me ericen todos los vellos del cuerpo y que se me doblen los dedos de los pies, todo junto.

Un gemido bajo escapa de mi garganta.

—Si sigues así, conseguirás que derrita la nieve bajo mis botas —suspiro. Las palabras apenas tienen fuerza para salir de mis labios.

La risa ronca de Sam me agrada casi tanto como sus manos.

—¿Quieres que entremos en casa? —me pregunta antes de depositar una miríada de besos tiernos en mis labios.

—¿Tú qué crees? —Le coloco los brazos alrededor del cuello mientras intensifico el beso.

—Vaya, ¿ya se han acabado los disparos? —La voz de Matt nos interrumpe, ¡otra vez! Él nota lo mucho que nos ha fastidiado, porque alza las manos y se ríe en nuestra cara—. Oye, si no queréis que os corten el rollo, no os comáis la boca en medio del campo. Creo que hasta los vigilantes os están vitoreando allí dentro. —Estira el pulgar por encima de su hombro para señalar la tercera cabaña

habitada. Yo me agacho y, a pesar de que no llevo guantes y sé que me arrepentiré, cojo un buen puñado de nieve y empiezo a formar una bola con ella.

Matt se ríe cuando adivina mis intenciones. Levanta los brazos y echa a correr hacia su cabaña.

Lo persigo con la munición en alto, pero, cuando hago amago de lanzarle el proyectil, un latigazo en la espalda me obliga a soltarlo a mis pies con un grito ahogado. Mi otra mano se dirige a mis músculos, doloridos y sobrecargados por el esfuerzo de sujetar el dichoso Colt toda la mañana.

—Eso se llama karma —me grita Matt entre risas—. Y te lo mereces.

Se acerca a mí y me frota los músculos del hombro y la espalda con mano experta.

—Más te vale recoger un buen puñado de esa nieve que querías usar contra mí y hacerte un saco antiinflamatorio con ella. Creo que se te ha acabado el disparar por hoy. —Le echa un vistazo a Sam y niega con la cabeza—. Una cosa es uso y otra, abuso, hermano; estoy harto de decírtelo.

Se dirige de nuevo hacia su cabaña y nos deja solos. Sam y yo nos miramos; no sabemos si romper a reír, mandar a Matt a la mierda o pedirle que no se meta en lo que no le importa. Esto último no se le da nada bien, al menos desde que yo lo conozco, que es desde siempre.

—Vamos a obedecer al doctor. —Sam me empuja suavemente hacia la cabaña de su familia—. Creo que basta de entrenamiento por hoy.

Chasco la lengua.

—Lo que pasa es que el maestro tiene miedo de que la alumna lo aventaje.

La cara de Sam lo dice todo: «Eso no te lo crees ni aunque lo veas escrito en el cielo». En cambio dice:

—Lo has hecho fenomenal. No dudo de que podrías dispararle a cualquiera que se atreviera a atacarte, y tampoco de que podrías defenderte muy bien.

Me siento en el sofá y muevo el hombro hacia delante y hacia atrás mientras pienso en las palabras de Sam. ¿Realmente me atrevería a empuñar un arma contra un ser vivo? Ya no digo una persona de carne y hueso. No, no lo haría, ni aunque me fuese la vida en ello. Una cosa es disparar a blancos inmóviles, latas vacías, dianas, yo qué sé; y otra muy diferente, quitarle la vida a algo que se mueve y respira. No, definitivamente, no.

—Yo no estaría tan segura de eso —le contesto.

Sam, que está guardando las armas en sus cajas, se vuelve y me mira con gesto interrogante.

—Eres tú la que está involucrada en una situación peligrosa. Es más, si lo que has soñado esta mañana tiene algo que ver con lo que te preocupa… —Señala la habitación con el brazo, como si eso explicara a qué se refiere—. Por eso he querido enseñarte, porque tu angustia de esta mañana me ha hecho pensar que, a lo mejor, necesitarás saber manejar un arma en un momento dado.

Me llevo la mano a la cara.

—No sería capaz de disparar a otra persona, Sam. Es lo que intento decirte.

—¿Ni para defender tu vida? —Niego con la cabeza—. ¿Ni aunque supieras que esa persona es un asesino que va a seguir haciendo el mal si no lo detienes?

Me llevo un dedo a la boca y me mordisqueo la uña, cosa que llevaba días sin hacer. Vaya, no me había dado cuenta de que aquí arriba había tenido la ansiedad bajo control, al menos lo suficiente como para hacer a un lado este vicio tan feo.

Sam se acerca a mí y coge mi mano entre las suyas.

—Por favor, no hagas eso. Me da mucha grima.

—¿En serio?

Asiente con cara de perrito apaleado.

—Señor letrado —me pongo todo lo seria que puedo—, ¿me estás diciendo que te causa aversión que yo me muerda una uña, pero que serías capaz de disparar a una persona y matarla?

—¿Si fuera en defensa propia o para salvar a alguien a quien amo? Por supuesto que sí.

Niego de nuevo y, de forma inconsciente, intento llevarme la mano a la boca. Me topo con la férrea voluntad de Sam, que me retiene para que no lo haga. Inspiro con fuerza.

—He visto demasiadas muertes como para querer provocar aunque sea una sola más. —Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina.

Abro las puertas de las alacenas hasta que doy con lo que busco. Después me hago con un sacacorchos y dos copas. Sam me mira, sorprendido, cuando me ve acercarme con la botella de vino.

—Deberíamos comer algo. Eso nos va a sentar mal con el estómago vacío.

—Pues intuyo que yo lo voy a necesitar si la conversación va a seguir por estos derroteros —digo mientras tomo asiento en el sofá.

Dejo las copas y la botella sobre la mesita y me vuelvo hacia Sam. Está tan cerca de mí que lo primero que hace es envolverme entre sus brazos.

—No estoy en contra de las armas en sí —aclaro—. Me parece bien pasar un rato divertido como el que hemos pasado esta mañana. Lo que no tolero es que alguien pueda segar una vida humana, ya sea con un arma o estrangulándola con una corbata.

Entierro la cabeza en su pecho y suspiro con fuerza. Mi cuerpo empieza a temblar en contra de mi voluntad. Sam se pone tenso.

—¿Qué es lo que fotografiaste, Lindsay? —Su voz suena tan preocupada que me obliga a levantar la vista y clavarla en su rostro.

Después de mirarlo unos segundos, tomo la decisión. Sé que no parará de insistir hasta que se lo cuente, y si, además, piensa hacerme entrenar con las pistolas para que yo me defienda atacando, más vale que sepa que va a ser tiempo perdido. Ni yo voy a disparar ni tendría nada que hacer contra los guardaespaldas de Miller.

Me separo de él, descorcho la botella y sirvo una generosa ración en cada una de las copas.

—Está bien, te contaré qué me ha traído hasta aquí. —La cara de Sam cambia en un santiamén: parece la de un niño al que al fin le han dado sus juguetes de Navidad después de habérselos ocultado durante todo el día—. Con una condición. —Le entrego una de las

copas. Su alegría es sustituida por una sombra de sospecha que hasta me parece graciosa—. Primero quiero escuchar esa hipótesis tuya acerca del accidente de tus padres y tus tíos.

Se lleva la mano libre a la cara y me mira con intensidad.

—Teóricamente, el negociador aquí soy yo.

—Tú lo has dicho: teóricamente.

Se pone en pie, deja la copa sobre la mesa y se dirige a la cocina. Abre la nevera y coge algunas cosas de su interior. Lo oigo resoplar mientras trastea por la estancia.

Yo empiezo a beber el vino a pequeños sorbos y me hago un esquema mental de cómo presentarle la historia para que no suene tan cruda. «No hay manera de suavizar esa información», concluyo. «Lo que sucedió es lo que sucedió. Lo más importante, y en lo que te has negado a pensar desde entonces, es qué vas a hacer con las fotografías que tienes en tu poder».

Sam vuelve con un plato de queso y otros fiambres; también ha puesto galletas saladas y algo de paté.

—Creo que una botella de vino no va a ser suficiente para tantas confesiones —me enseña otra, que añade a la mesa—, así que, si no queremos acabar con una buena curda, más valdrá que comamos algo.

Se sienta a lo largo del sofá, con las piernas encima de los cojines, y me invita a ubicarme entre ellas, mi espalda pegada a su abdomen. Luego coloca el plato sobre mis rodillas y va picando mientras, supongo, ordena sus pensamientos. Yo prefiero seguir dando sorbos a la copa de vino.

—Como tú bien has dicho en alguna ocasión, yo era muy aficionado a la fotografía en mi juventud. En alguna de esas estanterías seguro que encontrarás un millón y medio de álbumes, y casi todas las imágenes las tomé yo. —Señala una pared en la que hay libros viejos y, ahora que me fijo, muchos álbumes de fotos.

Elevo las cejas e intento mirarlo a la cara, pero él me rodea con el brazo que tiene libre y no me da mucha libertad de movimiento.

—Aquel día, mis padres y mis tíos tenían una cena benéfica para la protección de la fauna marina en Kodiak…

—Sí, me acuerdo bien; los míos también asistieron. Tu prima y yo soñábamos con el día en que pudiésemos acompañarlos, y ya ves… Ninguna de las dos lo hemos hecho.

—Mi prima ha venido conmigo a alguna de esas cenas y te juro que son muy aburridas. Hoy por hoy me cuesta horrores convencerla para que sea mi acompañante. Quizás, ahora que Oscar y yo hemos hecho las paces, no me va a poner las cosas tan difíciles.

—La entiendo, la verdad. —Me río al imaginar a mi amiga vestida más formal que de costumbre, del brazo de Sam e intentando disimular que preferiría estar en cualquier otro sitio.

El pecho de Sam se hincha bajo mi espalda.

—O tal vez ya no necesite convencer a Nancy para que acuda conmigo a esas cenas…

Su frase queda en el aire. Me vuelvo para mirarlo; de verdad que me encanta su cercanía, pero esta posición es superincómoda.

—Tenemos que colocarnos de otra manera. Aunque disfrute de estar tan cerca de ti, prefiero verte la cara. No sé qué piensas si no puedo interpretar tus gestos. —Dibujo una sonrisa en mis labios, con el cuello retorcido para poder fijar mis ojos en los suyos.

En un visto y no visto, me coge por la cintura, me da la vuelta y me coloca acomoda su regazo, con las piernas abiertas. Tuerzo el gesto.

—No estoy muy convencida de que así vayamos a hablar mucho —comento en cuanto noto su calor atravesando la ropa e incidiendo de pleno en mi centro.

Sam abre las piernas y yo vuelvo a quedar entre ellas. Decido retroceder y apoyarme en el otro brazo del sofá. De acuerdo, no tenemos un contacto tan estrecho, pero igual es lo que necesitamos ahora mismo.

—Eso es a lo que me refería, ¡estás demasiado lejos!

—A mí también me lo parece —hago un puchero—, pero lo que ahora queremos es hablar. Ha-blar.

Una sonrisa se expande en su boca perfecta, y yo me maldigo por haberme separado de él y no poder comérsela ni un poquito.

—Lo que quiero decir es que, a lo mejor, ya no necesitaré pedirle a Nancy que me acompañe a las cenas benéficas a las que esté

obligado a asistir…

El suspiro que brota de mi garganta corta el resto de su frase.

—No me abras la frutería entera, por favor, que, con el melón de las confesiones, ya tengo suficiente lío por el momento —le digo. Inclino la cabeza hacia atrás y me llevo las manos a la cara.

Sam aprieta los labios. Casi puedo ver cómo reordena los pensamientos en su cabeza.

—Entonces, si estás al tanto de lo de la gala benéfica, ¿qué más sabes de lo que sucedió aquel día?

—Sé que se produjo una tormenta imprevista, que se intensificó con rapidez, y que el piloto no pudo controlar la avioneta cuando el hielo se pegó de forma abrupta en las alas y las hélices. Por eso se estrellaron contra el glaciar y por eso se retrasó el rescate, con las consecuencias que ya sabemos. —Sam me mira asombrado, como si no esperase que yo estuviera tan al corriente. Me encojo de hombros—. Tus tíos eran los padres de mi mejor amiga. Nancy y yo pasamos semanas, si no meses, analizando esa información mientras llorábamos juntas y nos enfadábamos con el mundo, una junto a otra. —Sam asiente, compungido. Su cara de culpabilidad me duele en el alma—. Pero Nancy jamás, en todos estos años, me comentó que tú tuvieras el poder de invocar tormentas, ni de llamar a las nubes para que congelaran avionetas —añado, en un intento de aligerar el trance.

Él levanta la cabeza y clava los ojos en los míos. Es como si me viera por primera vez, como si al fin se diera cuenta de que sé más de él y de su familia de lo que se ha permitido creer. Y, sí, Nancy siempre me ha tenido al tanto de los avatares de su familia, pero, como le he dicho a él, de ningún modo ha mencionado que piense que Sam tuvo la culpa del accidente.

—¡Los retrasé! —casi grita—. Si yo no me hubiese empeñado en hacer un reportaje entero de fotos… —Su voz queda en suspense. Tiene razón: estoy demasiado lejos de él. Me acerco y me siento en su regazo. Le rodeo el cuello y pego mi frente a la suya—. Me había pasado toda la semana diciéndoles a mis padres que necesitábamos fotos para la felicitación anual de Navidad. Les aseguré que no hacía falta que contratasen a un profesional, que yo podía encargarme.

Se aleja un poco de mí para mirarme de nuevo a los ojos.

—¡Estaban tan elegantes! Decidí que no importaba que tuvieran prisa. La avioneta era la de la empresa. Los esperaría el tiempo que hiciera falta. ¡Qué más daba que el cielo amenazase tormenta! ¡No nos íbamos a asustar por unos cuantos relámpagos! —Se le empañan los ojos.

—¡Oh, Sam! Eras un crío. Ellos eran los adultos. Si hubieran creído que había algún riesgo, te habrían dicho que parases.

Niega de nuevo.

—Mis padres no eran así, nunca nos decían que no a nada. Nos lo consentían todo.

—Y ¿qué hay de tus tíos?

—Tres cuartos de lo mismo. Estaban ahí. Estábamos todos haciéndonos fotos. Posando para la felicitación de Navidad. Incluso la abuela.

—¿Por qué no he visto nunca esas fotos?

Sam me mira como si estuviera loca.

—Murieron por culpa de esas fotos, ¿qué es lo que no entiendes?

Frunzo el ceño.

—No, Sam. Tus padres murieron por culpa de una tormenta que se intensificó de manera imprevista. Porque el piloto perdió el control de la avioneta y se quedó sin visibilidad…

—¡Si hubiesen montado en ese avión media hora antes, habrían esquivado el peligro! —exclama con rabia, intentando distanciarse de mí.

—Samuel L. McGonagall —lo agarro por la pechera de la camisa —, y si yo hubiera querido entrar en política, mi padre estaría orgulloso de mí y me seguiría hablando, pero no lo hice, ¿verdad? —Niega con la cabeza; parece abatido—. Y, si no hubiese fotografiado a todo un senador de los Estados Unidos haciendo algo que lo condenará a cadena perpetua, Nancy no me habría traído hasta tu puerta y ahora no estaríamos atados de por vida el uno al otro. Los «y si…» forman parte del pasado. Lo que importa es el aquí y el ahora.

Sam me observa entre asombrado e incrédulo.

—No es lo mismo, Lindsay, y lo sabes. La culpa de que los sorprendiera esa tormenta fue mía. Yo los obligué a hacerse esas fotos.

—No consentiré que pienses eso. Te juro que no lo voy a permitir. Nancy, Ozy o alguno de tus primos, ¿saben que tienes esa idea absurda metida en la cabeza?

Me mira fijo. No lo confirma, pero tampoco lo desmiente.

—Supongo que lo sospechan. Nunca lo hemos hablado de manera abierta. Después del accidente, me negué a hacer más fotos, incluso a aparecer en ellas. Alegué que era una forma de proteger mi intimidad, les vendí la idea de que temía que la gente me juzgara solo por mi aspecto, en lugar de por quién soy realmente.

—Sam, tenemos que arreglar esto, no puedes…

—Lindsay, espera. —Su mirada se extravía durante unos segundos, como si reflexionara acerca de algo. Después me coge las manos y me mira como si acabara de darse cuenta de que he soltado una bomba—. ¿Qué has dicho?

—Que no puedes albergar esos pensamientos autodestructivos…

—No, no, antes.

—¿Antes?

—Sobre una cadena perpetua.

Repaso en mi mente las palabras que he pronunciado.

Y, si no hubiese fotografiado a todo un senador de los Estados Unidos haciendo algo que lo condenará a cadena perpetua, Nancy no me habría traído hasta tu puerta y ahora no estaríamos atados de por vida el uno al otro.

¡Ups! Otra vez he soltado por esta boquita mucho más de lo que pretendía.

—Vale, espera, ¿qué cadena perpetua es la que te preocupa, la del senador o la nuestra?

CAPÍTULO 20

Lindsay

—¿Estás diciendo que posees información que podría llevar a un senador de los Estados Unidos a la cárcel para el resto de su vida? —pregunta. La ansiedad crece en sus ojos.

—Sí, y también que el hada Ailithéa nos ha unido para la nuestra, no te olvides de eso. —Intento, en vano, desviar su atención.

Sam me mira con cara de pocos amigos, lo que me hace suponer que no habrá manera de despistarlo.

—Lindsay, no estoy de broma. —Todavía me agarra las manos, y me siento atrapada, así que me pongo nerviosa.

Me revuelvo para zafarme e interponer un poco de distancia.

—No intentes cambiar de tema, Sam. Estábamos hablando de tu…

—Podemos hablar de mis fobias y mis manías cuando quieras. —Cuando ve que abro la boca para intervenir, arquea una ceja—. Menos ahora. Ahora quiero que me expliques a qué te has referido con eso del senador. Sin más rodeos, sin más excusas. Se trata de algo muy serio.

Pongo cara de «¿me lo dices o me lo cuentas?», aunque no sé si capta mi expresión. Suspiro y me arrellano en el sofá. Cojo la copa de vino, que en algún momento dejé olvidada sobre la mesa, y bebo un buen trago.

Sam se levanta y se dirige a la puerta de la cabaña. Hace rodar la llave.

—Vaya, eso sí que es querer intimidad. —Decido que un poco de humor no nos vendrá mal.

—No necesitamos a Matt por aquí haciendo de las suyas. De hecho, creo que lo mejor sería que nos sentáramos a la mesa de la cocina, y que yo tome notas sobre lo que tienes que declarar.

Elevo las cejas.

—Primero: esto no es una declaración. Y segundo: ya te dije que mi abogada es Nancy, no tú.

Él frunce el ceño.

—Y yo te dije que esa era solo una apreciación…

—No, Sam. —Me pongo en pie para encararlo—. No hay nada que discutir. Hasta yo, que no pertenezco al mundillo, sé que no es aconsejable que mi pareja sentimental ejerza como mi abogado.

Sam me mira unos segundos. En dos zancadas lo tengo a mi lado. Me pone una mano en la cintura y, con la otra, me aferra la nuca antes de que su boca ataque la mía.

Como siempre que nos fundimos en un beso, el mundo entero desaparece a mi alrededor. En lo único que puedo pensar es en su boca, en su lengua consumiendo toda mi voluntad.

—¿Por qué oír eso me ha puesto muy burro? —me pregunta cuando, un buen rato y mucha excitación después, conseguimos separar nuestros labios.

—Por el hada Ailithéa, te lo he dicho hace nada. —Sonrío con mi boca pegada a la suya.

Sam menea la cabeza ligeramente, como si tratara de despertar de un sueño.

—Vale, vamos a aparcar este tema para más tarde, pero que sepas que no te vas a librar con facilidad. —Y, para ilustrar a qué se refiere, restriega su entrepierna contra la mía. El bulto que noto tras sus pantalones es considerable.

Atrapo sus labios con los míos.

—No pensarás ni por asomo que aquí el único que se pone burro eres tú, ¿verdad? —Mi mano vuela a la cinturilla de su pantalón, pero, antes de que pueda siquiera tocarlo, Sam la intercepta.

—Primero, lo primero, Lindsay. No vas a despistarme. Aunque debo admitir que casi lo logras.

Me da un mordisco en el cuello que pone todas mis terminaciones nerviosas en alerta, antes de propinarme un cachete

en el culo y separarse de mí. Se apoya en la mesa de la cocina, a una distancia que yo calificaría de infernal, pero no me quejo. Entiendo que necesitamos cierta distancia física si quiero relatarle todo lo que sucedió en ese hotel de Nueva York.

Inhalo con fuerza. Por mucho que lo dilate, esto no va a ser más fácil, así que empiezo por el principio.

—No sé si estás al corriente, pero mi trabajo se centra sobre todo en la fotografía bélica. Ya te expliqué que me parece fundamental sensibilizar al gran público acerca de las atrocidades que cometemos los humanos contra otros humanos.

Sam asiente. Su rostro está serio, casi diría que enfadado.

—Lindsay… —Se calla antes de verbalizar lo que fuera a preguntarme. Le hago un gesto con la cara para que continúe. No me importa que me interrumpa.

Aprieta los labios, como si no se atreviera a expresar lo que sea que le ha venido a la mente.

—¿Has pensado qué harás cuando regresemos a la civilización? Porque, si ahora me duelen los dos metros que hay entre nosotros —nos señala de forma alterna—, ¿cómo podrás viajar a miles de kilómetros sin que se nos parta el alma?

Trago saliva. Sí, es algo que se me había ocurrido, pero en lo que no he querido pararme a pensar. Sin embargo, yo misma le he dicho a Sam hace menos de diez minutos que éramos pareja. Y parece que nos hemos convertido en eso. En una pareja sentimental.

De repente pienso en algo que no había contemplado hasta ahora: «¡Dios! Cuando Nancy se entere de que Sam y yo nos hemos liado, va a montar un festival del drama». Me doy una palmada mental en la frente ante esa idea, pero decido no hacer partícipe a Sam todavía. Ya se enterará de lo que le viene encima cuando su prima ponga el grito en el cielo.

—¿Recuerdas lo que te he dicho hace un rato sobre que prefiero encarar los problemas de uno en uno? —pregunto.

—Sí, eso me ha parecido entender cuando has comentado no sé qué de los melones y las fruterías. —Esboza una sonrisa torcida.

—Pues, eso: uno de cada vez. Soy buena gestionando el caos, pero aún no domino lo del apocalipsis.

Su risa ronca me remueve por dentro. Me aproximo a él, buscando su calor y su abrazo.

—Ven conmigo, ¿por qué estás tan lejos?

Sam suspira y deja que lo guíe de vuelta a la comodidad del sofá, conmigo. Lo obligo a tumbarse y yo lo hago frente a él.

—No sé ni por dónde iba —reconozco después de acomodar una de mis piernas sobre su cadera.

—Y, si te acercas más, lograrás que yo no pueda seguir ni el hilo de mis pensamientos. No sé si ha sido buena idea…

—Si tengo que pasar por esto, te necesito cerca, así que encierra durante un rato a ese animal lujurioso que llevas dentro, y que me vuelve loca, y después ya lo liberaremos para que me consuele, si eso.

Sam resopla por la nariz para evitar reírse. Asiente y, finalmente, posa un brazo sobre mi cadera.

—Sigue. Íbamos por lo de que te gusta mostrar al mundo lo atroces que podemos llegar a ser los humanos.

Asiento y cojo aire para darme impulso.

—Pero, a veces, cuando estoy en casa, aprovecho para sacar algunas fotos digamos… —hago una pausa mientras busco la palabra idónea— más comerciales.

—Imagino que no te refieres a retratos para anuncios publicitarios. —Arrugo la nariz, como si la sola idea de dedicarme a ese ámbito me causara pánico—. De acuerdo, entiendo entonces que, mientras no andas en territorios en guerra, te dedicas a hacer de *paparazzi*.

—Dicho así…

Sam se encoge de hombros.

—Lindsay, llámalo como quieras, pero vamos de una vez a lo que nos interesa.

Chasco la lengua contra el paladar.

—Me pasaron el chivatazo de que el senador Miller tenía una amante, y que iban a encontrarse en…

—Espera, espera, espera… ¿El senador Miller? ¿El ultraconservador que defiende el matrimonio como institución «sagrada e indisoluble»? ¿El que se opone abiertamente al

divorcio y a cualquier intento de flexibilizar las leyes en ese sentido? ¿El que repite constantemente que no hay que olvidar la importancia de «la familia tradicional como núcleo de la sociedad americana»? ¿Me estás hablando de ese senador Miller?

—Claro que te hablo de ese senador Miller, Sam. Si no fuera precisamente ese, ¿qué escándalo estaría destapando? ¡Todo el mundo tiene amantes! ¡Por Dios, estamos en el siglo xxi! Lo raro es lo contrario.

—Bueno, en eso discrepo. No todo el mundo es infiel.

—Ya entiendes lo que te quiero decir. Para una revista del corazón, que un senador tenga una amante y se reúna con ella en un hotel no es noticia. O no es tan importante como para que quieran pagarme a mí una cuantiosa suma de dinero si consigo fotos suculentas de los tortolitos en acción —le digo entre aspavientos.

—De acuerdo, entiendo a dónde quieres llegar. Prosigue.

—Te lo agradezco —le digo, no sin cierta guasa, aunque por dentro esté tan nerviosa que tenga cero ganas de hacer chistes.

—Un momento. —Vuelve a interrumpirme—. ¿Quién te pasó el chivatazo?

—Tengo mis fuentes. Eso sí que no te lo voy a revelar ahora, quizás nunca.

—A lo mejor en un juicio sí que…

—¡Sam!

—Está bien, está bien. Continúa.

Pongo los ojos en blanco. Con lo que me está costando mantener esta conversación, y él me pone trabas cada dos por tres. No sé cómo no lo he mandado aún a la mierda. Seguro que de esto también puedo echarle la culpa al hada de los cojones.

—Conseguí un uniforme de camarera de pisos del hotel y también me hice con una llave maestra.

Sam se frota la cara.

—Eso son varios delitos juntos, Lindsay. No creo que esas fotos sirvan delante de un tribunal…

—¿Quieres dejarme terminar? —Me llevo una mano a la boca, aunque Sam impide que pueda hincarle el diente a una de mis uñas.

—Perdona, pero, por favor, deja de hacer eso.

Lo miro con el ceño fruncido y una expresión que espero que le demuestre cuánto lo odio ahora mismo. Él sonríe suavemente y sujeta mi mano tras mi espalda. Tiene razón, estamos demasiado cerca.

—Me colé en su habitación, que era lo que yo quería —digo, después de sostenerle la mirada un rato para mostrarle mi desacuerdo con sus acciones—. Y, sí, lo pillé en plena acción con una mujer que no era la suya. De hecho era mucho más joven que su esposa; tendría la edad de una de sus hijas menores, la que todavía no puede votar.

Sam emite un silbido que me ancla al presente.

—Esa es una noticia sabrosa, pero no lo suficiente para que encierren a ese hijo de puta en la cárcel para siempre, o para que tú te hayas escondido aquí y temas por tu vida.

—No, no lo es. A pesar de que sus prácticas en la cama no fueran precisamente agradables de ver ni de que no me atreva a asegurar que ella lo estuviera pasando tan bien como él. —Sam pone cara de asco al intuir a qué me refiero—. Lo que puede condenarlo es lo que hizo después.

De repente me pongo muy nerviosa. He intentado reprimir esos recuerdos en el fondo de mi mente.

A veces, cuando fotografío algo que no me gusta, lo cual me pasa con mucha frecuencia, soy capaz de disociar mi mente. Contemplar las imágenes a través del visor hace que parezcan menos reales, menos dolorosas. En cambio, ahora, al recordar lo que sucedió en esa habitación, se presentan ante mí con toda su crudeza.

Me siento en el sofá y me llevo las manos a la frente y el pelo.

—Lindsay, ¿estás bien? —Sam se sienta a mi lado y me abraza con dulzura.

Niego con la cabeza.

—La estranguló —escupo de golpe—. Le rodeó el cuello con la corbata y empezó a apretar mientras la embestía sin miramientos; jadeaba y jadeaba y, mientras, seguía ahogándola. Ella daba manotazos al aire, intentando respirar, hasta que se quedó quieta, como una muñeca rota. Hubo un instante, antes de eso, que pensé

que sería otro de sus juegos macabros, que Miller pararía, pero no lo hizo. La mató ante mis propios ojos.

Empiezo a hiperventilar.

—Lindsay, tranquilízate. —Sam me toma las manos y me obliga a mirarlo a los ojos—. Respira conmigo, así, más despacio —dice cuando ve que consigo controlar mi respiración—. ¿Estás segura de que la chica estaba muerta?

Asiento.

—Al principio me quedé petrificada, no podía moverme. Miller se levantó de encima de ella, se puso una bata con toda la tranquilidad de un psicópata y llamó a sus guardaespaldas, que estaban en la habitación contigua. Yo conseguí esconderme tras una cortina. Oí lo que hablaban, vi como la envolvían en las sábanas.

—¿Fotografiaste eso?

Asiento despacio.

Sam se pone en pie y empieza a deambular arriba y abajo por la sala de estar.

—¿Qué sucedió después? ¿Cómo saliste de ahí? —Está tan nervioso como yo, o quizás más, porque yo ya conocía esa parte de la historia, sabía cómo acababa, pero él no. Veo el asombro en sus ojos.

—Como la habitación era tan grande, logré escabullirme sin hacer ruido y sin que me vieran. Me fui pasillo abajo. Ya estaba cantando victoria, cuando uno de los guardaespaldas de Miller me interceptó.

—¡Mierda! —exclama Sam, y se acerca a mí. Se sienta en la mesa baja que está frente al sofá y me estrecha entre sus brazos—. ¿Eso es lo que soñabas esta mañana?

Asiento contra su pecho y continúo hablando sin separarme de él.

—Le dije que solo era una limpiadora, pero no me creyó. Cuando me exigió que le enseñara lo que llevaba en la mochila, eché a correr. Una camarera de pisos, una de las de verdad, salió de una habitación y recibió una bala que iba dirigida a mí. —No sé en qué momento he empezado a llorar, pero mis lágrimas empapan su camisa. Mi cuerpo se estremece y Sam me estrecha con más fuerza

—. Supongo que eso los entretuvo y me dio tiempo a refugiarme en un cuarto de la limpieza. Encontré la ropa de alguien y me la puse.
—No sé si Sam logra entenderme entre tanto hipido, pero ya no puedo parar. He abierto las compuertas—. Dejé la mochila y la peluca que llevaba y me dirigí hacia la calle como si fuera una turista hospedada en el hotel. Nadie me detuvo, nadie me preguntó nada más. ¡Oh, Sam! Esas pobres mujeres. Murieron las dos, y yo no hice nada salvo correr sin mirar atrás.
—Estoy aquí, todo se solucionará —susurra mientras me acuna y me acaricia el pelo—. No pudiste salvar sus vidas, pero seguramente hiciste algo mucho más importante. Lo registraste todo para que esos hijos de puta no lo puedan repetir en un futuro.

CAPÍTULO 21

Sam

Después de llorar un buen rato entre mis brazos, Lindsay se ha quedado dormida. Ahora descansa en el sofá; parece más tranquila. En cambio, quien no puede estarse quieto soy yo. Siempre se me ha dado mucho mejor ordenar mis ideas si me muevo.

Pensaba que a Lindsay la ayudaría saber manejar un arma, y quizás tiene razón cuando dice que no. Quizás lo más seguro en este caso sería que llevase las imágenes a los periódicos cuanto antes. O, mejor aún, a la fiscalía. Revelar a la opinión pública la información que obra en su poder sería su mejor protección, mucho más que esconderse aquí arriba.

La veo removerse sobre los cojines y me acerco a ella deprisa. Le acaricio el pelo para que se tranquilice de nuevo.

Abre los ojos despacio y los fija en mí.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —me pregunta con voz ronca.

—No mucho, a lo mejor media hora.

—Siento haberme puesto de esta manera. No suelo ser una llorona, no sé lo que me ha pasado —dice mientras se restriega los ojos. Después se sienta y me mira como si esperase mi veredicto.

—Me parece una situación lo suficientemente estresante como para hacer llorar al más estoico. No creo que debas sentirte mortificada por eso.

Hace un gesto que es una negación rotunda. La cojo por la cintura y la obligo a sentarse en mi regazo.

—«Sentirse mortificada» es un eufemismo fantástico para «sentirse tremendamente ridícula», pero te lo compro. «Sentirse

mortificada». —Paladea las palabras, dándoles un toque cómico, como si pretendiera reírse de sí misma.

Introduce los dedos en mi pelo y busca mi boca. Me falta muy poco para caer en su embrujo, pero consigo apartarme después de dos besos suaves.

—Lindsay… —No sé muy bien cómo decirle lo que se me ha ocurrido, sobre todo porque eso implica verla marchar de la cabaña, cuando yo tengo que quedarme—. Lo he estado pensando y creo que lo más acertado sería que fueras a Anchorage, hablaras con Nancy y, junto a ella, trazarais un plan para hacer pública la información que recopilaste.

—No, esa no es una buena idea. —Intenta ponerse en pie y huir de mi abrazo, pero yo no se lo permito.

—¿Por qué no?

—Esas fotos son mi seguro, Sam —responde con ímpetu—. Mientras no sepan dónde están, mientras no puedan encontrarme a mí ni a ellas, estoy a salvo.

Niego con la cabeza.

—Creo que en eso te equivocas. —De nuevo intenta librarse de mí, y esta vez se lo consiento. A mí tampoco me resultaría cómodo estar aprisionado si necesitara pensar—. Creo que será en el momento que las hagas públicas cuando te conviertas en intocable, porque, si atentan contra ti, se sabría quién ha sido. Eso te pone a salvo…

—¡Oh, Sam! Para ser tan buen abogado, y un hombre de mundo, no tienes ni idea. —Se lleva la mano a la frente.

—¿No? —le pregunto, picado—. Pues, si tú lo tienes tan claro, explícamelo.

—Ahora mismo, Miller y sus hombres pueden sospechar algo, pero no tienen pruebas. Intenté borrar cualquier rastro que pudiera conducirlos hasta mí. No saben si hice fotos, si los grabé en vídeo, si soy reportera o una simple camarera que vio más de lo que debía. En el momento en que esas fotos aparezcan en la prensa, estaré totalmente expuesta. —Señala hacia su habitación, donde todavía está su mochila con algunas de sus cosas y, por supuesto, la cámara fotográfica.

—Si no tienes intención de enseñarlas, ¿por qué no las has destruido?

Lindsay frunce el ceño y me mira como si de verdad creyera que no he entendido nada de nada.

—¿De dónde has sacado esa idea absurda?

—No lo sé. —Me pongo en pie e intento acercarme a ella—. Como tampoco sé por qué nos estamos peleando, ¡otra vez! Habíamos conseguido algo de paz estos últimos días —digo, rebajando tanto el tono que no sé si se lo digo a ella o a mí.

—Por supuesto que pienso enseñarlas; solo necesito reunir la fuerza suficiente para hacerlo. No es fácil ponerse en el punto de mira de unos asesinos. Se necesita cierta preparación mental, ¿sabes?

—¿Y no puedes, simplemente, olvidarlo?

Lindsay me mira de hito en hito.

—Claro que no puedo. ¿Y si no fue un accidente? ¿Y si no es la primera vez que sucede algo así? A mí no me pareció que fuera un hecho aislado. Creo que Miller es un auténtico psicópata, y que no es la primera vez que se carga a alguien y se va de rositas.

—Eso no puedes saberlo.

—No me jodas con que vas a ponerte de parte de ese sádico. —Lindsay cierra filas y se aleja de mí.

—¿Qué te hace pensar esa barbaridad? —Empiezo a sentirme ofendido.

—Eres abogado defensor…

—¡Oh, vamos, Lindsay! No me jodas tú a mí.

—Si Miller viniera y te pidiera que lo defendieses…

—Primero: no tendría por qué aceptar su caso, podría alegar un millón de razones para rechazar a un tipo como él como cliente; y segundo: soy muy cuidadoso al elegir a mis defendidos.

—Ya, ya, pero imagina que alguien como él logra convencerte de su inocencia y aceptas representarlo…

—Como abogado, lo único de lo que debo asegurarme es de que mi cliente tenga un juicio justo. No estaría defendiendo su crimen, solo los derechos del acusado. De todas formas, no es de mí de quien estamos hablando ahora, ¿no? ¿Por qué de repente parece

como si yo también tuviera que demostrar que soy inocente de todos los cargos?

Lindsay cierra los ojos y suspira.

—Lo siento. De verdad. No quería atacarte a ti, no te lo mereces. Pero es que este tema me pone de los nervios. —La abrazo—. Sé que tengo que mostrarle al mundo que Miller es un monstruo; sé que el tiempo que tarde en hacerlo él puede aprovecharlo para causar más daño, cometer más tropelías. Pero no es fácil. No es nada fácil.

—¿Qué te parece si comemos algo y nos vamos a dormir? Hoy ha sido un día muy duro —le susurro mientras la estrecho contra mí.

Ella asiente y parece que se relaja entre mis brazos.

Más tarde, cuando estamos en la cama, Lindsay se acurruca junto a mí.

—Además, no quiero irme y dejarte a ti aquí arriba. ¿Soy muy egoísta por pensar así?

—No puedo contestarte a eso, yo no soy imparcial. —Le beso la coronilla.

—Es que solo de imaginar alejarme de ti, aunque sea por unos días, se me rompe el corazón. ¿Qué pasará si me voy de verdad?

—Podríamos pedirle a Nancy que suba. Le explicas lo que ha sucedido y que ella se encargue de poner en marcha la maquinaria de la prensa. No sé muy bien cómo funciona ese tema, pero no dudo de que mi prima se desenvolverá perfectamente sin necesidad de que tú estés allí para supervisar cada paso.

Lindsay coloca una mano sobre mi torso y apoya la barbilla sobre ella.

—Creo que no tengo derecho a pedirle eso. No quiero que esa responsabilidad recaiga sobre Nancy. No puedo dejar que lo haga sola. Además de que la pondría en peligro, mucho más de lo que ya lo está solo por ser mi amiga.

La habitación permanece en penumbra, pero la luz de la luna se cuela por la ventana sin cortinas y puedo distinguir la cara de Lindsay sin dificultad.

Algo se me revela de repente. Aparte de que sea una mujer preciosa y que me excite muchísimo (más allá de que me sienta atado a ella por una extraña magia que no entiendo), Lindsay es una persona excepcional. Alguien a quien le preocupan de verdad los problemas del mundo y que se empeña en mostrar la crudeza de la humanidad a quienes nos amparamos en la comodidad de no mirar más allá de nuestras narices y nos dejamos arrullar por una burbuja de bienestar.

El pecho se me infla de orgullo.

Esa mujer, esa persona extraordinaria, es mi pareja. Quizás no lo eligió de forma voluntaria, quizás fue el destino quien nos unió aquí arriba; quizás tiene razón la abuela y nuestro «enamoramiento» tuvo más que ver con un hechizo que con nuestros propios sentimientos. Pero eso fue al principio, los primeros días. Ahora que hemos pasado un tiempo juntos, no puedo dejar de admirar a Lindsay, su carácter, su coraje, su manera tan noble de ser.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta cuando ve que no puedo dejar de comérmela con la mirada.

—Lindsay, he sido un idiota.

Una risa suave escapa de entre sus labios.

—Uno no debe insultarse, sino tratarse con mucho cariño. ¿Verdad que no le dirías eso a tu hermano?

Yo también me río.

—Créeme, lo he llamado cosas mucho peores. Pero ahora lo único que me importa es cómo he podido ser tan ciego, tan obtuso.

—¿Quieres parar? ¿Es que no me has oído? —Se incorpora y se acerca más a mí. Su cara está muy próxima a la mía.

—Me ha costado muchísimo darme cuenta de lo maravillosa que eres. Eso demuestra lo que te estoy diciendo: que soy un lerdo —susurro junto a su boca.

Entreabre los labios para protestar, pero no se lo permito. Me hago con ellos, los beso, los muerdo, para después acariciarlos con la lengua.

Lindsay no se queda atrás. Se coloca encima de mí; solo lleva puesta una de mis viejas camisetas, la cual desaparece deprisa, y su piel, suave y caliente, hace que enseguida me sobre el edredón.

Sonrío al recordar el conflicto que tuvimos el primer día por culpa de este.

—¿De qué te ríes? —pregunta mientras mueve su pelvis adelante y atrás sobre la mía, arrancándome un suspiro mucho más ruidoso de lo esperado.

—De la sorpresa que te llevaste cuando me robaste el edredón —le contesto con malicia.

Sus ojos se agrandan.

—Sí, una muy agradable, he de decir. Muy provocativa, y que ha cumplido las expectativas con creces.

Otra vez se mueve adelante y atrás, haciendo que nuestros sexos se rocen. El contacto es delicadísimo, casi imperceptible, pero el juego es tan excitante que me hace aspirar a través de los dientes apretados.

La cojo de las caderas para ejercer presión de una vez por todas, pero Lindsay se niega. Está jugando conmigo. Tentándome. Me toca de una forma tan sutil que me hace enloquecer.

—¡Quiero más! —susurro, apremiante.

—Y lo tendrás. Solo que no hace falta apresurarse.

Me estoy poniendo tan duro que creo que podría correrme sin que llegase a tocarme, y ni siquiera es la primera vez que me lleva hasta ese límite.

De pronto, se endereza, se coloca sobre mi polla y, en un solo movimiento, la introduce entre sus pliegues y se empala con ella. Los dos gemimos al unísono, tan fuerte que creo que hemos despertado a algún oso de su hibernación.

Lindsay permanece quieta unos segundos, adaptándose al tamaño. Me sonríe antes de empezar a moverse con una cadencia suave y lenta. Se mueve tan despacio que, si la sensación no fuera tan embriagadora, podría decir que me está torturando. Elevo las manos para tocarla, pero, antes de que lo consiga, ella entrelaza nuestros dedos.

No deja de mirarme y sonreír como si conociera un secreto y estuviera a punto de contármelo; como si quisiera compartir las maravillas del universo conmigo. Lo más impactante es que, cuando empiezo a sentir en lo más hondo de mí las señales de un orgasmo

indescriptible, sé, de una manera que no deja lugar a dudas, que lo hará. Compartirá no solo sus secretos, sino su vida entera conmigo, y yo con ella, y será absolutamente maravilloso.

Esa chispa de claridad instantánea me obliga a aferrarme a sus manos para no sucumbir al placer.

—No voy a aguantar, Lindsay.

—No lo hagas —dice ella, con esa cara de éxtasis que no la ha abandonado desde que se sentó sobre mí.

—Quiero que te corras conmigo —le pido con los dientes apretados, al límite ya de todo aguante.

Ella asiente antes de soltar mis manos y apoyar las suyas sobre mi pecho. Noto como empieza a temblar, y los primeros espasmos de su clímax me golpean con tal magnitud que temo perder el mundo de vista.

El placer me embiste con tanto ardor que me deja sin aire. Lindsay, encima de mí, se estremece hasta quedar desmadejada, mientras yo sigo siendo arrastrado por las oleadas de gozo. Un grito ahogado emana de mi garganta con la última de mis convulsiones y me sujeto a sus caderas.

Cuando, después de un buen rato, nuestras respiraciones se acompasan, Lindsay se acurruca a mi lado y busca mi boca para depositar en ella un beso suave.

—Este ha sido de los buenos —dice. Su cara de satisfacción me parece hasta graciosa, y supongo que la mía no se queda atrás.

No puedo dejar de mirarla. Es como si pudiera traspasar su alma, y me maravilla no solo lo que veo, sino también todo lo que me hace sentir.

Mi corazón se salta un latido, y me doy cuenta de que estoy perdido cuando comprendo que este peso en medio del pecho, y que apenas me deja respirar, es amor. Me he enamorado de verdad de una mujer a la que hace apenas una semana ni siquiera soportaba, pero que, ahora, me parece el ser más excepcional que he conocido en mi vida.

—Todos han sido buenos a tu lado —digo, intentando disimular el tono de emoción que impregna no solo mi voz, sino toda mi persona.

—Sí, pero este me ha parecido especialmente bueno. —Lindsay levanta la cabeza y me mira a los ojos—. Creo que podría aprender a amarte, Samuel L. McGonagall.

Le doy un beso suave en los labios y contesto:

—Tendremos que practicar mucho, a ver si apruebas el examen. —Pese a que las palabras que me queman en la garganta son: «Llegas tarde, porque yo he descubierto que estoy loco por ti, Lindsay Anne Whitmore».

CAPÍTULO 22

Sam

—Si vas a quedarte aquí arriba y no vas a entregar esas fotos a la policía ni a la prensa, quiero que sigas practicando con las pistolas —le digo a Lindsay varios días más tarde. Aún no nos hemos levantado de la cama y ella está tumbada perezosamente sobre mi pecho.

No puedo dejar de pensar que está en peligro; que no puede ser tan difícil como ella cree que los matones de Miller la localicen e intenten darle caza, pero no atiende a razones y continúa alegando que no estará expuesta mientras esas fotografías no entren en circulación.

—Muy bien —contesta. Enarco las cejas. Ha sido muy fácil convencerla. Demasiado fácil—. Aunque voy a poner una condición.

Ya me parecía a mí que había gato encerrado.

—Que pongas condiciones no significa que vaya a aceptarlas.

—Si no las aceptas, no hay trato. No soy yo quien quiere aprender a disparar. Eres tú el que piensa que eso podría salvarme en un momento dado. —Ya conozco esa voz de sabihonda. Está haciéndome un reproche, y no solo con sus palabras, sino también con ese tonito que les ha impreso—. Y eso que yo te he dicho que ni siquiera me planteo apuntar a ningún ser vivo.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer a cambio de que aprendas a disparar?

—Tienes que dejarte fotografiar. Por mí, para ser exactos. Tienes que permitir que te haga un álbum de fotos.

Toda la sangre huye de mis mejillas y noto una bola en la garganta que me impide respirar.

—No puedes pedirme eso. Te conté lo que sucedió. —Aprieto la mandíbula, intentando que no se me rompa ningún músculo a causa de la tensión.

—Sí, igual que yo te conté lo que ocurrió en el hotel. A pesar de ello, tú sigues empeñado en enseñarme a disparar y piensas que debería entregar las imágenes que tomé, a la policía, o a la fiscalía, o qué sé yo. No paras de insistir en ello. En cambio, yo ni había vuelto a mencionar lo tuyo, si no recuerdo mal.

—Si esta es tu manera de pedirme que pare…

—No, nada más lejos de mi intención —me interrumpe—. Sé que tú lo haces para que reaccione y me ponga en acción cuanto antes. Pedirte que te involucres en el mundo de la fotografía es mi manera de hacer lo mismo por ti. Y he llegado a la conclusión de que empezar porque yo te fotografíe será lo más fácil de sobrellevar.

Resoplo y me siento en la cama. Necesito tomar un poco de distancia con respecto a Lindsay ahora mismo. Puede que ella piense que actúa en mi beneficio, pero, para mí, lo que me pide supone un sacrificio demasiado grande.

Un sudor frío me perla la espalda y empiezo a sentir palpitaciones. Incluso la cabeza me da vueltas; cualquiera diría que estoy a punto de desmayarme.

—Sam —Lindsay se acerca desde atrás y me rodea con los brazos—, no vas a estar solo en esto. Yo voy a ayudarte. Sé que es difícil cambiar de mentalidad; que, cuando uno lleva tanto tiempo culpabilizándose por algo, no es sencillo quitarse esa losa de encima de un día para otro, pero estoy segura de que lo conseguirás —me susurra con cariño—. Eres un hombre inteligente, y me niego a que te quedes anclado en el pensamiento paralizante de que tus padres y tus tíos murieron por tu culpa.

Giro la cabeza, para encontrarme con su cara a pocos centímetros de la mía. Lindsay aprovecha y me besa despacio, proyectando en sus labios todo ese amor que tiene para darme.

—Lindsay, tú no lo entiendes. Fueron las fotos —le digo.

Ella niega con la cabeza.

—No lo fueron, y te lo voy a demostrar. Además, eres tú el que quería jugar a eso de *quid pro quo*, ¿no? Entonces, si quieres que yo

salga ahí afuera —señala la ventana con un dedo— a disparar, tú tendrás que posar para mí.

Trago saliva.

—¿Posar para ti? ¿Cómo has conseguido que eso suene muy pero que muy obsceno?

—¿Obsceno? Para nada. —La picardía con la que me mira desmiente sus palabras.

Salta de la cama y corre a la otra habitación. En nada, vuelve con su cámara colgada del cuello. Así, despeinada, sin nada encima más que una camiseta mía muy desgastada y esa cara de «vas a hacer todo lo que yo te pida y lo vas a disfrutar», dudo mucho que alguien pudiera negarle algo, y mucho menos yo.

—Vamos, túmbate —me apremia.

Inspiro para darme valor.

—Pensaba que iba a ser algo suave, progresivo e indoloro.

Lindsay sonríe apretando los labios. Le brillan los ojos cuando ve que intento hacer una broma.

—Y lo será. Vamos a empezar por algo totalmente anodino. Un trozo de piel en el que no tengas marcas, ni pecas, ni nada que pueda indicar que esa piel es tuya. Un cachito de ti que podría pertenecer a cualquier persona.

Me tumbo y ella inspecciona mi cuerpo en busca de esa parcela de mi anatomía que poder fotografiar sin que yo me vea reflejado en ella.

Cuando coge la cámara y enfoca, me obligo a respirar hondo.

«Venga, Sam, no va a doler. Al final, a lo mejor, hasta lo agradeces. Aguanta, y después ya veremos el resultado», me digo.

Escucho el clic, clic, clic de la cámara y se me revuelve el estómago, pero me niego a demostrarlo. Lindsay no se quejó ni una sola vez el día que estuvimos practicando tiro, así que yo no seré menos.

—Ya puedes abrir los ojos. —Su voz cantarina me hace darme cuenta de que los había cerrado.

Se sienta a mi lado con las piernas cruzadas y me enseña la pantalla de su cámara.

—Me gusta más la otra, pero de momento está inservible y no sé si voy a poder recuperarla.

La pena que capto en su voz hace que me sangre el corazón, aunque por un motivo muy diferente al de antes.

Me apoyo en el cabecero de la cama para poder apreciar mejor lo que me enseña.

—¿Por qué está inservible? —pregunto. No estoy muy seguro de querer averiguarlo.

—Tiene una bala incrustada en la pantalla. La verdad es que tengo mucho que agradecerle a ella, o al universo, ya que fue lo que se interpuso entre ese proyectil y mi columna vertebral.

La abrazo. Trato de hacerle entender que no consentiré que nadie le haga daño, jamás. Que la protegeré con mi vida si es necesario.

Cuando me separo de ella para hablarle, Lindsay lo hace primero:

—Sí, ya sé qué piensas. Debo entregar las fotos, debo aprender a disparar y bla-bla-bla. Te entiendo y comprendo tu preocupación, ahora bien, no consentiré que me despistes de mi objetivo actual, que no es otro que hacer que te sientas cómodo de nuevo ante una persona como yo.

—Yo me siento cómodo cuando estoy ante ti.

—No si tengo esto en las manos. —Sujeta la máquina en alto.

La miro con inquina, pero ella no se da por aludida y señala la pantalla para que vea las instantáneas que ha tomado.

Resignado, hago lo que me pide. Las imágenes me muestran un trozo de mi talón, la curva de una de mis rodillas, el pliegue de un codo… Tal y como ha dicho Lindsay antes de empezar la sesión, podrían ser mías o podrían haber sido tomadas a cualquier otra persona del mundo. Aunque, sinceramente, prefiero no imaginarla haciendo esas mismas fotos a alguien que no sea yo.

La miro y sonrío.

—¿A que no ha sido tan traumático? —pregunta, devolviéndome el gesto.

Niego con la cabeza. Ni por asomo le voy a confesar lo mal que lo he pasado.

—¿Preparado para el siguiente nivel?

Perdona, ¿qué?

—¿Cómo que el siguiente nivel? —Vale, quizás mi voz ha sonado más estridente de lo que pretendía. No quería parecer tan acojonado —. ¿No crees que es suficiente por hoy?

Lindsay pone los ojos en blanco.

—¡Sam! No me lo puedo creer. Ni que te estuviera clavando agujas calientes bajo las uñas.

—Disculpa, pero para mí ha sido casi lo mismo. De hecho, me parece una metáfora bastante acertada de lo que he sentido cuando escuchaba el clic, clic de la cámara. ¿Alguna vez has oído hablar de las fobias? Porque, por tu actitud, nadie lo diría.

Me muevo hasta el filo de la cama y pongo los pies en el suelo, dispuesto a alejarme de esa tortura.

—Lo siento. —La voz de Lindsay suena compungida de verdad—. No pensaba que fuese tan duro para ti.

Entierro la cara entre mis manos. Joder, tampoco quiero parecer un pusilánime.

Cojo aire, ya que necesito reorganizar mis pensamientos. Me vuelvo hacia ella y me estiro para besarla.

—Dame solo un rato, ¿vale? Lo más difícil es hacerme a la idea de que voy a romper mi promesa.

—¿Qué promesa? —pregunta en voz baja, mirándome fijamente a los ojos.

—Juré que nunca más iba a salir en una foto, ni a hacer ninguna.

—Nunca más es mucho tiempo.

Asiento, porque sé que tiene razón y porque también sé que mi vida va a estar ligada a la suya a partir de ahora. Así que tendré que hacerme a la idea de que las cámaras, los flases y todo lo que a ella le apasiona tanto vienen en el mismo paquete.

—Supongo que lo más difícil ya ha pasado. Al fin y al cabo, hace unos días ni siquiera podía ver una cámara como esa a un kilómetro de distancia sin que me entrara una mala leche del copón.

—Ni te cuento cuando se te clavaba una en el culo. —Se echa a reír mientras repta de rodillas por el colchón, en dirección a mí.

Cierro los ojos para no contestar a esa pulla, pero no puedo más que sonreír.

—Has cambiado mi vida —susurro cerca de su oreja cuando me rodea el cuello con los brazos.

—Espero que sea para bien, porque me da a mí que será para siempre.

Algo me revolotea en el pecho, pese a que aún no me he atrevido a poner en palabras los sentimientos que me queman por dentro.

Me separo de ella para mirarla a los ojos.

—¿Crees que podrás aguantar tanto tiempo a mi lado? —pregunto, y retengo el aire en los pulmones.

—Estoy deseando comprobarlo.

La beso con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Me da igual quién sea la responsable de esto que nos une, lo único que sé es que no quiero pasar ni un solo minuto de mi vida lejos de esta mujer, y no porque lo considere una imposición, sino porque creo que es la persona más maravillosa sobre la faz de la Tierra.

—Te quiero, Lindsay. No sé cómo ha sucedido, si toda la culpa ha sido de Ailithéa o si, por el contrario, has sido tú quien se ha metido en mi corazón un poquito más cada día; lo único que sé es que ya no puedo sacarte de ahí.

Cuando siento que se tensa entre mis brazos, pienso que quizás debí haberlo pensado dos veces antes de soltárselo así, de sopetón. Aunque, si la cabeza me funcionara como es debido cuando la tengo tan cerca de mí, no sería yo.

La oigo suspirar. Mierda, tenía que haber esperado. Nunca he sido el primero en declararle mi amor a alguien. De hecho, creo que jamás le había dicho a una mujer que la amaba.

Ya está: me va a decir que lo lamenta, pero que ella no está en el mismo punto que yo. Comprendo lo mal que hice sentir a cada una de esas mujeres a las que no correspondí.

Duele, joder, duele mucho.

Lindsay se suelta de mi abrazo y me mira a los ojos. Ahora es cuando viene la estocada final, y encima vamos a tener que permanecer juntos, no solo aquí arriba, sino cuando bajemos al mundo real, por toda esa chorrada de la profecía y de no poder separarnos. Estoy jodido.

—Tenemos un problema —comienza, y sus palabras me desgarran el corazón. Lo que presentía: estoy bien jodido—. Porque, entre lo que tú me quieres, lo que yo te amo y lo que Ailithéa nos haya podido hacer, no nos vamos a separar ni para ir al lavabo.

—Lindsay, no tienes que disculparte… —empiezo a decir, aunque me detengo cuando sus palabras calan en mí—. Repite eso.

—¿Lo de que no podremos separarnos ni para ir al lavabo?

La estrujo contra mí antes de besarle la cara, la boca, el cuello… Cualquier pedacito de piel que encuentro a mi paso.

—Eso no, la otra parte —digo entre beso y beso.

—¿Lo de que te amo? —Siento su sonrisa, más que la veo.

—Sí, eso. ¿Puedes repetirlo unas veinte veces? Por favor y gracias.

—Te amo unas veinte veces, pero te repito que será muy difícil explicar a la gente por qué vamos a mear juntos como si fuéramos amigas en una discoteca. —Sus labios están distendidos, pero me devuelve los besos que le doy.

—¿Sabes que a veces eres más bruta que un temporal en plena montaña? Menos mal que al parecer tengo debilidad por las tormentas.

Lindsay me mira y rompe a reír. Yo hago lo mismo.

Hacía mucho mucho tiempo que no me sentía tan bien, tan vivo. Y se lo debo todo a ella.

Sí, la amo. Y no me importa tener que compartir cada centímetro de mi espacio con ella todo el tiempo. Aunque eso suponga no poder ir solo ni a mear.

CAPÍTULO 23

Lindsay

Muy al contrario de lo que podría parecer, los días pasan deprisa aquí arriba. Casi no me he dado cuenta y el mes de estancia de Sam está a punto de finalizar.

Y yo no he tomado aún una decisión.

Sí, sé lo que debo hacer con las fotos y la información que se halla en mi poder, lo que no sé es cómo hacerlo. Tengo varias opciones; les he estado dando vueltas una y otra vez, pero ninguna me convence.

Lo que yo querría es que, una vez que el escándalo salga a la luz, Miller quede completamente fuera de juego y, al mismo tiempo, los que me importan no se vean afectados. Y yo tampoco, por supuesto; aún no he alcanzado ese nivel de altruismo en el que mi vida no me resulte importante.

Sin embargo, pretender eso es como hacer malabarismos en tres pistas del circo a la vez.

—¿Dónde tienes la cabeza hoy? —me pregunta Sam cuando vuelvo a fallar todos los disparos.

Me encojo de hombros.

—Pensaba en lo arrebatadoramente guapo que estás y en las ganas que tengo de que te pegues a mi espalda como los primeros días en que practicamos. —Sí, miento como una bellaca, aunque es cierto que lo he pensado cuando, nada más salir, él se ha situado a mi lado y no detrás de mí, así que no es una mentira tan flagrante.

Sam cierra los ojos un instante y niega con la cabeza. Sigue convencido de que lo mejor sería que entregase esas fotos a la justicia cuanto antes, pero, si he de depositarlas en algún sitio, no

será en manos de la policía. Antes muerta. Confío mucho más en la prensa y en su poder.

—No me vas a camelar para que paremos ya. No cuando has hecho tan pocas dianas. Hay que seguir un rato más.

—Pero es que ya tengo las manos entumecidas y ni siquiera me queda fuerza en los brazos para sujetar el pistolón este que me obligas a manejar. —Hago un puchero. No es algo que me haya funcionado con anterioridad, pero quizás hoy cuele.

Sam, risueño, se coloca la pistola en el cinturón y me abraza para darme un beso largo e intenso.

En cuanto nos separamos, dirijo la mirada hacia la cabaña de Matt. No sé cómo se las apaña, pero parece que nos huele: en cuanto Sam y yo nos acercamos lo más mínimo el uno al otro aquí fuera, él aparece, invariablemente.

—No te preocupes, no saldrá —me tranquiliza Sam.

—¿No? ¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana he ido a hacerle una visita.

—¿Lo has amenazado para que nos deje en paz? —le pregunto, incrédula.

—¡No! ¿Por quién me tomas? —Su risa me indica que no se ha enfadado por pensar eso tan feo de él—. Se ve que ayer le entró la nostalgia y bebió más de la cuenta. Digamos que esta mañana no estaba para mucha fiesta.

Tuerzo el gesto.

—Ayer hizo un año que Nancy y él…

Sam asiente antes de que yo pueda terminar la frase.

—Por eso he ido a verlo esta mañana, en cuanto me he acordado.

Me siento muy mala amiga por no haber hecho lo mismo, o al menos no haber caído antes en qué fecha era.

—Y encima nos hemos pasado la mañana pegando tiros. —Me arrepiento enseguida de todo el ruido que hemos hecho—. ¿Por qué no me has avisado?

—He pensado que le podía servir de escarmiento. ¿Acaso no recuerdas que nuestro amigo el doctor McGregor pertenece a la liga

antialcohol? Pues que tome un poco de su propia medicina; no le pasará nada.

—Pobrecito, me da tanta pena. Él y Nancy…

—Hace años que aprendí que lo mejor era no inmiscuirse entre esos dos —me interrumpe.

—Sí, sí, estoy de acuerdo, pero eso no quita que me dé mucha pena su situación.

Todavía me mantiene abrazada, y se lo agradezco. Empieza a hacer frío, y no me apetece quedarme a la intemperie.

—¿Eso duro que noto es la pistola?

Sam entrecierra los ojos.

—Por supuesto. Aún no hemos acabado con el entrenamiento. —Me da un cachete en el culo y se aleja unos metros—. Será mejor que empieces a hacer dianas aquí fuera, si quieres recibir tu premio ahí dentro —dice, señalando la cabaña.

Me río de él y me dirijo a por el Colt mientras niego con la cabeza.

De repente, escuchamos un ruido procedente de la pista de tierra. Un coche negro, con los cristales tintados, se aproxima despacio. Sam y yo nos miramos extrañados, pues no esperamos a nadie. Ayer nos trajeron provisiones, tanto a nosotros como a Matt, y los guardas, que se alojan en la cabaña más distante, apenas usan este acceso.

El coche se detiene y de él se apea un hombre vestido con un traje negro.

—Lindsay, quédate aquí —me ordena Sam. Su tono es autoritario, uno que yo apenas había oído en las últimas semanas.

—¿Quién es ese?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Mientras tanto, tú quédate aquí y no te muevas.

Su actitud se torna severa. El gesto le cambia: se palpa la tensión en su mandíbula, y el brillo en sus ojos no augura nada bueno. Es un Sam totalmente diferente al que me tiene acostumbrada; ni siquiera con el que coincidí los primeros días me pareció tan agresivo como el que tengo ahora delante de mis narices.

Mi razón me dice que debería estar muy asustada, sin embargo, y aunque la inquietud sigue ahí, me siento protegida, y eso me proporciona una serenidad que no puedo explicar.

Cuando Sam llega junto al hombre que ha bajado del coche, se ponen a hablar. No puedo distinguir lo que dicen, aunque me parece ver que el recién llegado me señala con la barbilla. Después de un rato de discusión, introduce una mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una acreditación. Hasta este momento yo no había reparado en lo fuerte que agarro el Colt.

Me acerco unos pasos. Necesito saber de qué hablan. Juraría que lo está interrogando acerca de mí.

Entonces la puerta del copiloto se abre y del coche se apea otro hombre. Aunque lleva gafas de sol, lo reconozco. Lo reconocería entre un millón.

—¡Sam! —intento gritar, pero mi garganta solo es capaz de emitir un chillido agónico.

El hombre que me disparó en el hotel mete la mano en el interior de su chaqueta y saca un arma. Sin mediar palabra, apunta hacia mí. Capto sus intenciones solo unas milésimas de segundo antes de escuchar la detonación.

Me dejo caer y ruedo por el suelo para protegerme. La memoria muscular de mi cuerpo se pone en marcha incluso antes de que la mente procese lo que está sucediendo. Es el mismo gesto que aprendí entre explosiones y polvo, solo que esta vez no estoy en una guerra, cubriendo un reportaje. Esta vez han venido a por mí. La certeza de que ya no estoy a salvo me golpea de lleno.

—¡Lindsay! —El alarido de Sam rasga el aire limpio del claro.

Consigo llegar hasta el bosquecillo de abetos y me resguardo detrás de un árbol.

Me pongo en cuclillas, agarro bien el arma y respiro hondo antes de asomarme para estudiar la situación. Sam ha dejado atrás al hombre que estaba hablando con él y ha sacado la pistola. Está apuntando al que me ha disparado.

—¡Suelta el arma! —le grita.

—Tranquilo, tranquilo. Mi compañero se ha precipitado, no volverá a disparar. ¿Verdad, Curtis? —oigo que dice el primero, en

voz lo bastante alta para que lo escuchemos los tres.

—No, no lo haré —responde el otro. No obstante, la sonrisa cínica que se dibuja en su rostro me lleva a pensar que miente solo para que Sam y yo nos confiemos.

—Suelta la pistola en un lugar donde yo pueda verla —le exige Sam mientras sigue apuntándolo con su arma.

El tipo la deposita en el suelo, frente a él, pero no deja de sonreír de esa manera que no me gusta nada.

—Ya está, ya la ha soltado. Ahora, que salga la chica. Solo queremos hablar con ella —asegura el primero, el que parece más civilizado de los dos.

—No, no saldrá. —La voz de Sam suena tajante mientras se acerca al tal Curtis.

Sin dejar de encañonarlo con la pistola, lo registra de arriba abajo para cerciorarse de que no lleva más armas encima.

Yo continúo detrás del árbol. Hace rato que he comenzado a temblar y no puedo detenerme. No puedo creer que ni Matt ni los guardas hayan oído nada.

«Sam y tú os habéis pasado la mañana pegando tiros. Pensarán que sois vosotros dos, que seguís a lo vuestro. Nadie acudirá en vuestra ayuda». Cuando me doy cuenta de eso, mis temblores se intensifican.

Vuelvo a echar una mirada a lo que sucede con Sam y los guardaespaldas de Miller; ahora ya estoy segura de que son ellos. No puedo imaginar cómo han dado conmigo.

¡Dios mío! ¡Nancy! Ella es la única que sabe que estoy aquí arriba. Una lágrima rueda por mi cara al asumir que la he puesto en peligro. Que esta vez pueden haberle causado daño por mi culpa.

Casi no puedo sostener el Colt debido a los estremecimientos que me sacuden. Apoyo la cabeza en el árbol y miro al cielo. «Por favor, que no le haya sucedido nada. A ella no», pido a un Dios al que hace años dejé de rezar.

El ruido de un golpe me saca de mi introspección. Me asomo y veo que Sam y el tal Curtis se han enzarzado en una pelea cuerpo a cuerpo. Sam no puede usar su arma.

El otro tipo ha rodeado el coche y se les acerca por detrás. Los apunta con la pistola; si no ha disparado todavía es por miedo a herir a su compañero, o eso quiero pensar. Pero no dudará en hacerlo en cuanto tenga a Sam a tiro.

Salgo de mi débil refugio. Contra todo pronóstico, estoy más serena que nunca.

Planto los pies en el suelo y levanto el arma.

Apunto tal como me ha enseñado Sam, cargo y… disparo.

El hombre cae desplomado en el suelo.

La pelea cesa un instante. Sam aprovecha el desconcierto momentáneo del matón de Miller para arrearle un golpe en la cabeza con la culata de su pistola.

Curtis queda tendido en el suelo, igual que su compañero.

Caigo de rodillas y observo mis manos. En cuanto mis ojos se posan en el Colt, las abro como si sujetara una cobra venenosa. Me doblo sobre mí misma y expulso todo lo que tengo en el estómago.

CAPÍTULO 24

Sam

—Iba a dispararte por la espalda, Sam. No he tenido otra opción. —Lindsay habla con voz rota. No está llorando, pero no le falta mucho para hacerlo.

—Lo sé, vida mía, lo sé —la conforto mientras le acaricio la espalda.

Se pone en pie, y la cojo entre mis brazos para que no vuelva a caer.

—Tenemos que avisar a la policía —me dice—. A una ambulancia.

Matt, con su don de la oportunidad, sale de su cabaña y se encuentra con todo el panorama.

—¿Qué cojones…?

No lo dejo acabar.

—Unos desconocidos nos han atacado. Date prisa, me temo que uno de ellos puede estar malherido. Al otro lo he dejado fuera de combate de un golpe en la cabeza, no sé cuánto tiempo permanecerá inconsciente.

Matt nos mira a Lindsay y a mí.

—¿Vosotros dos estáis bien? —Yo asiento y le hago un gesto con la mano para que no se entretenga.

En lugar de meterse corriendo en su cabaña, se dirige a toda prisa a la de los guardas. Cuando vuelve, lo hace con uno de ellos pisándole los talones. Antes de encaminarse hacia su propia casa, me guiña un ojo.

—Una ayudita no nos irá mal.

—Mi compañero está avisando por radio a la policía y a los equipos médicos —dice el guarda, al que yo no había visto nunca.

Me enseña unas esposas—. Voy a encargarme de que esos dos no cometan más fechorías hasta que lleguen las autoridades.

—Dije que nunca… —Lindsay deja la frase en el aire, como si no se atreviera a pronunciar el resto de las palabras, como si su conciencia no se lo permitiera.

—Ya lo sé.

—Pero cuando vi que te estaba apuntando por la espalda… —Entierra el rostro en mi pecho—. Ni lo he pensado, Sam.

La separo un poco de mí para mirarla a la cara.

—No había tiempo para pensar. Me has salvado la vida, Lindsay. Nos la has salvado a los dos. Eso es lo único que importa.

Matt sale de la cabaña con su maletín y se para a nuestro lado.

—Para lo nuestro necesitarás un diván, más que un maletín —le suelta Lindsay cuando lo ve acercarse dispuesto a examinarla.

Matt eleva las cejas y la mira con suspicacia.

—Será mejor que compruebes que esos dos asesinos respiran. Lindsay y yo entraremos en casa y nos prepararemos para cuando llegue la policía —le digo, instándolo a no hacer preguntas. Ya habrá tiempo para ello.

Matt asiente. Le da un apretón en el brazo a Lindsay y clava su mirada en la de ella. Le está preguntando de nuevo si se encuentra bien, solo que esta vez de forma tácita.

—Ve, no te preocupes. Lo mío puede esperar —contesta ella.

Una vez dentro, la acompaño hasta el sofá.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando ve que me alejo unos pasos —. Preferiría no quedarme sola.

—Voy a preparar chocolate. Nos irá bien para entrar en calor y, además, nos ayudará para reponernos del susto.

Lindsay asiente. Apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. Un suspiro escapa de entre sus labios y me obliga a volverme para mirarla. Su postura no es nada relajada: la rigidez de la espalda, aunque esté reclinada en el sofá, me hace temer que vaya a partirse en dos.

«Quizá el chocolate puede esperar», me digo. Deshago mis pasos y vuelvo junto a ella.

Cuando me siento a su lado, abre los ojos de golpe, con cara de espanto.

—Solo soy yo.

Me mira sin verme en realidad. Detecto el momento exacto en el que su cerebro hace las conexiones pertinentes y me ubica. Se agarra a mi cuello con todas sus fuerzas. Yo la estrecho entre mis brazos y la siento temblar.

—Estoy aquí, nunca me moveré de tu lado. No tendrás que enfrentarte a nada sola, nunca más.

Me mira a los ojos.

—¿Eso es una promesa o una amenaza? —Una leve sombra de humor tiñe sus palabras. Mi corazón se inflama de orgullo al ver que es capaz de bromear a pesar de sentirse tan abatida.

Lindsay es una de las mujeres más fuertes que he conocido, si no la que más.

Sonrío.

—No lo sé, ¿qué prefieres que sea?

—Hace poco me habría parecido una condena, pero hoy lo escucho y me derrito como mantequilla al sol. Me falta nada y menos para ir en busca de un arpa y tocar música celestial.

Río con ímpetu.

—Veo que te vas recomponiendo.

—Qué remedio.

Mis labios buscan los suyos con avidez. Lindsay entierra sus dedos en mi pelo un segundo antes de que nuestras lenguas choquen, sellando lo que las palabras ya no podían decir.

Y, como no podía ser de otra manera, la puerta de la cabaña se abre en ese preciso momento.

—¡El pestillo!, ¡el puto pestillo! Ya no sé cómo os lo tengo que decir. No es tan difícil.

—Yo podría decir lo mismo sobre llamar a la puerta antes de entrar —le gruño a Matt cuando ya ha llegado a nuestra altura.

Se arrodilla en el suelo y saca de su maletín uno de esos aparatos para medir la tensión.

—Si no os separáis un poco, no podré examinaros —dice, haciendo caso omiso de mi pulla y agitando la mano para que

dejemos espacio entre nosotros.

—¿Cómo se encuentran esos dos? —le pregunto mientras hago lo que me pide.

—Sobrevivirán —es su escueta respuesta.

—¿Los dos? —La pregunta deja a Lindsay sin aliento, como si la hubiese formulado después de correr un maratón.

—Sí. Los dos.

—Pero ¡le disparé! Cayó desplomado.

—Bueno, el cabrón tuvo suerte. El proyectil le rozó el omóplato; lo viste caer porque se desmayó por el golpe y el dolor. Pero no tienes de qué preocuparte: la bala no penetró lo suficiente como para dañar la médula ni los pulmones. Eso sí que hubiese sido chungo. —Guarda silencio durante el tiempo que tarda el aparato en dar su diagnóstico. Después, se vuelve hacia mí para colocarme el manguito en el brazo—. En cuanto al otro, ese tendrá un buen chichón, pero nada más.

—Estupendísimas noticias, entonces. —Doy una palmada y me froto las piernas.

—A lo mejor (y mira que digo «a lo mejor») la policía quiere haceros unas preguntas. —Matt me observa de soslayo, buscando darme a entender que yo, más que nadie, debería tener eso en cuenta.

—Sí, ya había pensado en ello. Voy a llamar a la abuela para que le pida a Nancy que suba. Es la abogada de Lindsay y, ¿por qué no?, puede ser la mía también.

No bien he terminado de pronunciar esas palabras, los sonidos de las sirenas empiezan a hacerse audibles por todo el valle, rompiendo la quietud de nuestro pequeño mundo.

CAPÍTULO 25

Lindsay

—Entonces, ¿el fiscal te ha asegurado que con la declaración grabada que el *sheriff* le tomó a Lindsay bastará? —le pregunta Sam a Nancy, que ha vuelto a subir a las Salt Mountains para traernos las últimas novedades.

Han pasado dos días desde el tiroteo. A lo mejor es una forma un poco exagerada de referirme a lo que sucedió con los guardaespaldas de Miller, pero en mi mente se quedará para siempre así.

Aquel día, en cuanto oímos el sonido de las sirenas, la paz de la montaña se acabó.

Los primeros en llegar fueron los sanitarios. Matt fue a su encuentro y nos aconsejó a Sam y a mí que no saliéramos de la cabaña. Al fin y al cabo, él era el que había atendido a los heridos en primer lugar, y, además, nosotros no teníamos nada que aportar en ese terreno.

La policía llegó poco después, y Nancy les pisaba los talones. Mi amiga se encargó de todo: negoció con ellos para que no me llevaran a comisaría y, después de escuchar mi testimonio y el de Sam, habló con la fiscal para que me tomasen declaración en la cabaña.

—¿No tendré que ir a declarar? —pregunto, sentada en el sofá.

—De momento, no. La fiscal entiende que eres testigo y víctima, no sospechosa. Si todo sigue así, bastará con tu testimonio grabado. Si te llaman más adelante, ya veremos qué hacemos, pero, si está en mi mano, no pondrás un pie en la comisaría.

»No te preocupes por nada. Tienen las fotos bajo custodia y un perito certificó que son auténticas, así que ya no pueden hacerlas desaparecer ni manipularlas. En estos momentos deben de estar arrestando a Miller. —Nancy habla con su seguridad habitual; sin embargo, no deja de mirar furtivamente hacia la puerta principal ni de morderse una pielecita que se ha desprendido en el labio inferior.

—No te preocupes, Matt ni se acercará por aquí hoy. —Seguro que Sam le ha leído la mente como lo he hecho yo.

—Será mejor que no lo haga, porque el otro día estuve a punto de pegarle un tortazo y meterlo en la ambulancia de una patada. —Está tan enfadada que capto cierto temblor en sus manos. Aunque eso no es nada extraño cuando habla de Matt, claro.

Sam pone los ojos en blanco. Entiendo que en su familia empiecen a estar hartos de estos dos. A mí ya me tienen hasta el gorro, y eso que soy la que más información tiene sobre la historia que han compartido. No creo que los hermanos ni los primos de Nancy estén tan al tanto de los pormenores como yo.

—¿Has averiguado cómo se enteraron los matones de Miller de dónde encontrarme?

La cara de Nancy cambia por completo y una sonrisa maquiavélica sustituye a la preocupación.

—¡Oh, sí! Y te juro que eso ha valido la pena.

—Si les has sonsacado de forma ilegal, Nancy, prefiero no saberlo.

—¿Ilegal? —Se vuelve hacia su primo con rapidez—. Ni siquiera he hablado con ellos. Sabes que tengo mis contactos.

Sam se cubre los ojos con una mano.

—Y también sé que esos contactos no te han traído nada bueno en el pasado.

Nancy frunce el ceño y aprieta los labios. Desde hace un tiempo ya no trabaja con clientes conflictivos, como hacía al principio de su carrera, pero me consta que mantiene buena relación con algunos de ellos, al menos con los que considera «buena gente». A saber qué significa eso.

—Te recuerdo que tengo a Patrick a mi servicio, y que es tan eficiente como cualquiera de esos sabuesos que tenemos

contratados en el bufete como investigadores, o más.

—¿Quién es Patrick?

—Su asistente.

—Mi asistente —contestan al unísono.

—Y ¿por qué yo no estaba enterada de la existencia de Patrick? —pregunto al tiempo que me cruzo de brazos.

Nancy me hace una seña, indicándome que ya me lo contará todo más tarde. Vaya si va a contármelo. Es demasiado jugoso como para que me deje con la intriga.

—¿Fue Patrick a hablar con ellos, entonces?

Nancy tarda en responder un poco más de lo que debería, y eso la delata.

—No —acaba diciendo—. Fue…

—Si el nombre que vas a decir no puede ser utilizado en un tribunal como parte de la defensa de Lindsay, no lo pronuncies en voz alta, por favor —la corta Sam.

—Está bien. —Se encoge de hombros—. Aunque, por si te preocupa, te aseguro que quien fue a verlos ni los extorsionó ni los amenazó.

—Entonces, ¿por qué cantaron como canarios?

—Porque lo reconocieron…

—¡Basta, basta! —Sam se tapa los oídos con las manos—. No digas ningún nombre, no lo quiero saber, y Lindsay tampoco debería. ¡Joder, Nancy! Pensaba que habías roto con todos esos tipos turbios después de lo que pasó con…

—¡Cállate! No vengas a darme lecciones sobre mi vida sentimental, señor robanovias de hermanos.

Mis cejas se elevan hasta el nacimiento de mi pelo.

—Oscar y yo hemos hecho las paces —le contesta Sam con los dientes apretados. Luego me dirige una mirada de soslayo.

—Un momento, pensaba que había sido Oscar quien te había robado a ti la prometida —digo, mirándolo fijamente.

—Eso fue después —contesta Nancy—. Aquí todos tenemos historias para dar y regalar.

Inspiro profundo.

—Hay mucho que contar —y Nancy aún no sabe que Sam y yo nos hemos liado, así que no solo hablo de ellos—, pero lo que me gustaría saber primero es cómo dieron conmigo los guardaespaldas de Miller.

—Encontraron tu disfraz de limpiadora y tu mochila en el cuarto de lencería del hotel.

Frunzo el ceño.

—No dejé nada en esa mochila.

—Estaba marcada con tu nombre, tu dirección y tu teléfono. Fueron a tu casa y allí encontraron tu conexión conmigo. Como tienes pocas fotos de nosotras dos juntas…, ¿sabes?

Hago memoria. ¿Por qué haría algo tan absurdo como marcar una mochila con mi nombre, mi dirección y mi teléfono? Es más, ¿cómo no me di cuenta de eso cuando la dejé tirada tras de mí? Es de primero de protección, joder.

De repente, una pequeña luz se abre paso en mi mente.

Esa mochila fue la que usé para mi último viaje, no de trabajo, sino de placer. La marqué porque pedí que me la devolvieran por mensajería desde el hotel en el que me hospedé durante las vacaciones.

Cierro los ojos. ¿Cómo pude cometer un error tan garrafal?

Un nudo me aprieta el pecho y me quedo sin respiración. Sam se da cuenta y me encierra entre sus brazos. Susurra palabras tranquilizadoras en mi oído mientras me acaricia el pelo y la espalda, intentando que me calme.

—Lindsay, habría podido sucederle a cualquiera.

—No, Sam. Casi te matan porque yo me olvidé de algo tan básico. Les di mi dirección y mi teléfono gratuitamente, ni siquiera tuvieron que esforzarse para buscarme.

Enmarca mi cara con sus manos.

—Mírame: me salvaste la vida. Eres la mujer más valiente que conozco. No te castigues por un pequeño fallo como ese.

Une su frente a la mía y yo asiento sin mucha convicción.

—Un momento, un momento. —La voz de Nancy hace estallar nuestra burbuja—. ¿Vosotros dos…? ¡No! Sam, apártate de mi amiga. Ahora mismo. Te lo ordeno.

Sam y yo la observamos un segundo, después nos miramos el uno al otro y nos besamos como si el día de mañana no fuera a llegar nunca.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio, Lindsay? Pero si la última vez que te vi ni siquiera lo soportabas. Me suplicaste que no te dejara aquí con él. ¡Argh! No os aguanto.

La oímos caminar hacia la puerta y salir dando un portazo.

—Creo que tengo un nuevo deporte favorito —me dice Sam cuando por fin nos separamos.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Cabrear a Nancy y a Matt. Es divertidísimo.

CAPÍTULO 26

Lindsay

Varias horas más tarde, Nancy y yo estamos solas en la cabaña. Sam ha ido a ver a los guardas; no es la primera vez que lo hace desde que el otro día acudieron en nuestra ayuda.

—Dime que solo te has enrollado con el sieso de Sam porque te morías de aburrimiento aquí arriba —me pincha.

Abro la boca. Estoy a punto de contarle todo lo que sucedió entre su primo y yo los primeros días que pasamos en la cabaña. Cómo, después de besarnos la primera vez, de repente no podíamos dejar de tocarnos a pesar de que nos odiáramos. Sin embargo, no me parece justo.

—Sam me gusta mucho, Nancy. Es un hombre maravilloso y…

—Tienes síndrome de Estocolmo. Eso es lo que te sucede. Seguro. Se te va a pasar en cuanto regreséis a la civilización, estoy convencida.

Me llevo dos dedos al puente de la nariz.

—¿Por qué te resulta tan inverosímil?

—¡Porque es Sam, Lin! ¡Es Sam! Es más serio que una patata. Y tú eres una mujer alegre. Él no entiende los chistes, no sabe lo que es una broma, y lo más divertido que ha hecho en su vida ha sido seguir trabajando cuando ha terminado su horario laboral. ¿No lo entiendes?

—Puede ser que fuera así antes…

—¿Antes de qué? Si lo conoces desde hace solo tres semanas. La última vez que yo lo vi, aún era así, y eso fue el mes pasado.

—¿Quieres callarte y dejarme hablar? —Aunque no muestro enfado, se lo digo con firmeza suficiente como para que respete mi

opinión.

Nancy no está acostumbrada a que saque el genio con ella, así que se endereza y me mira extrañada.

—Sé que Sam ha tenido que ser el serio y el responsable desde que vuestros padres fallecieron. Que se siente muy culpable por sus muertes.

—¿Te lo ha contado? —Su cara de alucine me provoca ganas de sonreír.

—Si sabes de qué estoy hablando, creo que, solo por eso, ya deberías cambiar tu discurso acerca de él.

Nancy niega con la cabeza.

—Nadie lo ha culpado por eso ni le ha pedido que se hiciera responsable de nada. Ha sido algo autoimpuesto.

—Tampoco se lo habéis agradecido.

La cara de mi amiga muta. Primero abre la boca. Parece airada, dispuesta a replicar que me meta en mis asuntos. Después la cierra y me estudia con recelo. Yo pagaría todo lo que tengo, que no es mucho, por saber qué pasa por esa cabecita suya. Y eso que siempre he presumido de tener una relación especial con Nancy y de adivinar sus pensamientos.

—Vale, ya es oficial: te ha comido el coco. Tengo que sacarte de aquí cuanto antes para que dejes de estar sometida a su influencia.

Se pone en pie y se dirige hacia la habitación en la que me instalé nada más llegar a la cabaña. Sigue ocupada solo por el diván que Ozy dejó atrás al marcharse precipitadamente. Después de que yo me trasladara a la habitación de Sam, ni nos hemos molestado en pedir que lo cambiaran; no había necesidad.

Tarda menos de cinco segundos en salir.

—Vale, vale, vale. Esto es más grave de lo que imaginaba —dice. Se lleva la mano a la frente y pasea de un lado a otro de la sala.

No se lo voy a decir porque sé que ahora mismo no quiere escucharlo, pero se parece tanto a Sam que da miedo. Como si fueran hermanos, en vez de primos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué es más grave de lo que imaginabas? —La voz de Sam suena preocupada a mi espalda.

Cuando me vuelvo, me topo con su ceño fruncido y su expresión severa.

—¿Lo ves? Es el enanito gruñón, Lindsay; no pegáis ni con cola. —Nancy lo señala de forma acusatoria.

—Nancy, ¡basta ya! Te estás pasando —le advierto, para que no siga por ese camino.

—¿Queréis explicarme qué está sucediendo aquí? —Sam parece preocupado de verdad, y no sé cómo decirle que su prima ha entrado en brote con respecto al hecho de que nosotros dos estemos juntos.

Joder, yo intuía que Nancy no se lo iba a tomar muy bien, que armaría un escándalo, pero no imaginé que fuera a hacer semejante drama. No es su estilo.

—Nancy no aprueba que salgamos juntos —digo al fin.

Sam eleva las cejas y mira a su prima durante unos segundos. Luego se encoge de hombros y se relaja a ojos vistas. Una sonrisa espléndida le ilumina la cara mientras se dirige hacia mí. Me envuelve la cintura con sus fuertes brazos y me besa.

—Menos mal que ella no tiene ni voz ni voto en el asunto —dice después de apoyar su frente en la mía.

—Te quiero. —No puedo dejar de mirarlo a los ojos.

—Y yo a ti.

La piel se me pone de gallina solo de pensar que este hombre es mío y que de verdad está enamorado de mí. Un suspiro sale del centro de mi pecho antes de que nuestros labios vuelvan a unirse.

—Un momento, un momento. —Nancy se sitúa entre nosotros dos hasta que logra separarnos—. ¿La quieres? —le pregunta a su primo en tono serio. Después se vuelve hacia mí—. ¿Estáis enamorados? ¿No estamos hablando de un rollito pasajero?

Miro a Sam a los ojos y sonrío.

—Sí, Nancy, quiero a Sam, aunque te parezca difícil de creer. Lo quiero porque es imposible no hacerlo. Y te juro que he intentado resistirme. Lo quiero porque me saca de mis casillas, pero también me hace reír justo cuando estoy a punto de mandarlo a paseo. Porque tiene esa absurda costumbre de querer llevar siempre la razón, de empeñarse en empujarme hasta el límite, y he

descubierto que eso me pone, me pone muchísimo. —No puedo evitar comérmelo con la mirada. Me doy cuenta de que él está tan emocionado como yo: se muerde el labio y parece a punto de devorarme entera, aunque Nancy siga entre nosotros—. Porque no sabe decir «te amo» sin que se le note un rastro de miedo en los ojos, y eso me parece más sincero que cualquier declaración que haya escuchado en mi vida. Lo quiero porque me hace sentir segura incluso cuando el mundo se cae a pedazos. Y, sobre todo, lo quiero porque no me lo pone fácil, y resulta que me encantan los retos.

A estas alturas Sam ya ha esquivado a su prima y me tiene agarrada por la cintura. Sus ojos clavados en los míos. Aún no entiendo cómo me ha dejado terminar mi pequeño discurso.

—Ni se os ocurra poneros tiernos delante de mí. —Mi amiga se interpone de nuevo. La mueca de Sam desata en mí una carcajada —. Me ha quedado claro que ella está loquita por ti. No lo entiendo, pero tampoco lo dudo.

—¡Hostia, Nancy! Que tu primo soy yo. Pensaba que me apreciabas un poco más.

—Lo siento, pero mi amor incondicional es para ella —dice, señalándome—. Contigo puedo compartir sangre, pero con ella comparto mucho más que eso: es la familia que he elegido, no la que me ha sido asignada genéticamente. Dicho esto, ¿qué tienes para mí? —le pregunta a Sam, y le hace un gesto con los dedos, como si le estuviera reclamando algo.

—No es a ti a quien le tengo que explicar por qué adoro a Lindsay, pero, si quieres, puedes quedarte mientras se lo digo a ella, no me opondré. No soy tan ogro como te empeñas en dibujarme.

Nancy le dedica un gesto poco agradable, pero sigue entre nosotros.

—Quiero oír eso —dice, cruzándose de brazos.

Sam la esquiva y me abraza. Me habla a mí, como si Nancy no estuviera escuchando cada una de sus palabras.

—¿Así que te gusto porque te saco de quicio? ¡Qué romántico! —ríe, pero le tiembla un poco la voz—. Supongo que yo también te quiero por eso…

—¿Solo lo supones? Vamos, primo, tendrás que darme algo más.

—Cállate, Nancy —le gritamos al unísono.

—Porque no te callas ni debajo del agua —prosigue—; además, comprobado de forma literal —dice, echando un vistazo pícaro hacia el baño. Me mojo solo con recordar el encuentro que tuvimos en la bañera hace unos días—, y porque consigues hacerme reír cuando todo va mal. Porque contigo no hay medias tintas: o me desquicias o me salvas, y la mayoría de las veces haces las dos cosas a un tiempo. Te quiero porque a tu lado quiero ser mejor persona, menos gruñón. —Ahora es a Lindsay a quien mira y no a mí—. Y porque, sí, aunque me vuelvas loco, no quiero que nadie más me saque de quicio como lo haces tú. —Se acerca a mi oído para que solo yo pueda escuchar la última frase—: Y te juro que ningún hada tiene que ver con eso. Ya no.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Aunque parezca imposible, me había olvidado por completo de Ailithéa y sus maquinaciones. Y algo en lo más hondo de mi corazón me dice que eso ha sido lo correcto. Que Sam está en lo cierto, y que ella ya no es la razón por la que este fuego inextinguible flamea entre nosotros dos.

CAPÍTULO 27

Sam

Nunca hubiese pensado que me daría pena abandonar la cabaña; sin embargo, nuestra estancia aquí arriba está llegando a su fin y yo tengo sentimientos encontrados al respecto.

Solo nos queda esperar a que llegue mi primo Ben. Estoy seguro de que vendrá mucho más enfadado de lo que lo hice yo. Odia la cabaña desde que éramos niños. De hecho, si pudiera pagar a alguien para que subiera en su lugar, lo haría.

—¿En qué piensas?

Lindsay se sienta en mi regazo.

—Estaba imaginando cómo será nuestra vida cuando volvamos a Anchorage. —Es solo una mentira a medias. Un poco sí que lo estaba pensando.

—Pues, muy fácil: tú dejarás de trabajar quince horas al día y yo dejaré de viajar a zonas en conflicto. Los dos tendremos que hacer concesiones. Aunque la mía es enorme en comparación.

La separo de mí unos centímetros, para poder mirarla a la cara.

—Te arrepientes de haber tomado esa decisión. —No quiero que mi tono suene preocupado, ni como un reproche, pero no puedo evitar que un deje de cada uno de esos sentimientos se cuele en mi voz.

—No, ¿y tú? No me digas que ya te está entrando el mono por el trabajo y estás pensando que tienes que recuperar el tiempo perdido.

—El único tiempo perdido a partir de ahora será el que no pase a tu lado.

—Y tu prima insiste en que no entiendes de romanticismo… —me dice, y me da un beso apasionado.

Lindsay empieza a balancear sus caderas y me pone duro en menos de cinco segundos. Siempre surte ese efecto sobre mí.

Enreda sus dedos en mi pelo; yo meto mis manos bajo su camiseta. Mi boca se desplaza hacia la curva de su cuello y, cuando estoy a punto de susurrarle lo caliente que me está poniendo, oigo como se abre la puerta de la cabaña.

—En serio, Matt, necesitas aprender a tocar antes de entrar —me quejo mientras entierro la cara en el cuello de Lindsay.

La risita de ella se corta y la siento tensarse entre mis brazos.

—Quizá sería mejor que tú echases el pestillo si no quieres recibir visitas indeseadas, querido.

La voz de mi abuela hace que mi erección se desvanezca tan deprisa como había crecido.

Lindsay se pone en pie de un salto.

—Abuela McGonagall…

—Hola, Lindsay. No sabes cuánto me alegro de que la cabaña te haya elegido a ti para Sam. —Se acerca a ella y le da dos sonoros besos, uno en cada mejilla.

Sus palabras me recuerdan que Jeanette McGonagall tiene muchas explicaciones que darme.

—¿Qué haces aquí, abuela? —le pregunto, una vez que considero seguro ponerme en pie y acercarme a recibirla—. Ni siquiera hemos oído tu coche.

—He venido por el camino que suelen usar los guardas. —Hace un ademán con la mano para restarle importancia.

Mi buen humor se disipa.

—Explícame eso para que yo lo entienda.

—Mi querido Sam, ¿sabes cuál era la frase favorita de tu bisabuela?

—Creo que la puedo imaginar.

Lindsay me toma de la mano y me da un leve apretón, para advertirme de que me estoy pasando con mi tono.

Suspiro. Tiene razón. Le debo un respeto a mi abuela, la estoy tratando fatal.

—Iona McGonagall solía decir: «La cabaña une lo que ni el destino se atrevió». —Levanto las cejas, intrigado—. Pero, con los años, he aprendido que el destino a veces necesita un empujoncito. Creo que deberías sacar una de esas botellas de vino tan bueno que te has hecho subir —dice, tomando asiento en una de las butacas laterales como si fuera una reina.

Arthur, su asistente, que siempre va unos pasos por detrás de ella pero nunca la abandona del todo, le entrega un maletín de piel, muy femenino, y ella rebusca en su interior.

—Venga, no te quedes ahí como un pasmarote. Trae el vino —me apremia.

Hago lo que me ordena. Al fin y al cabo, nunca puedes hacer otra cosa cuando se trata de ella.

Al volver, veo que sostiene en sus manos los documentos de la cabaña que nos enseñó en su casa hace apenas dos meses. Para mi estupor, no los trata ni con la mitad de deferencia con que lo hizo entonces.

—Gracias a estos documentos he conseguido convenceros de que teníais que pasar aquí arriba un mes cada uno. De momento no me puedo quejar de los resultados. —Me los enseña con orgullo.

Una pequeña luz de entendimiento quiere abrirse camino en mi mente.

—¿Estás intentando decirme que, en este caso, has actuado tú en su lugar?

—¿En lugar del destino? —pregunta. Sostiene la copa que le he dado, para que se la rellene—. No, no soy tan pretenciosa. Aunque podríamos decir que le he dado ese empujoncito para que se pusiese en marcha.

Una sonrisa nace en la cara de Lindsay.

—¿Está insinuando que usted cree a pies juntillas la leyenda que contaba su suegro sobre el hada Ailithéa?

—¿Tú no lo haces? ¿Ni siquiera después de lo que has vivido en tus propias carnes?

Lindsay se pone roja como un tomate.

—Espera, espera —las interrumpo, porque las piezas de este rompecabezas empiezan a encajar y no me gusta nada la forma que

está cobrando—. ¿Nos has hecho creer que teníamos que pasar un mes aquí metidos para que la supuesta constructora del resort de lujo no derribase la cabaña, cuando en realidad lo hacías pensando que se iba a cumplir una absurda profecía?

Mi abuela da un sorbo a la copa de vino, como si mi diatriba le resbalara.

—¿Quieres volver a formular esa pregunta? —me dice después de un rato—. ¿O quizás solo necesitas reflexionar un poco sobre los hechos?

—¿De qué hechos hablas, abuela? No te sigo. —Tengo ganas de mesarme el pelo, pero me contengo. A veces logra sacarme de quicio, aún más de lo que lo hace Lindsay.

«Lindsay». Su nombre resuena en mi cabeza. La miro, después miro a mi abuela.

—Del hecho de que Lindsay llegó justo en el momento en que tú estabas aquí arriba, igual que lo hizo Isla justo cuando Oscar estaba ocupando tu lugar. Ellos dos van a casarse la semana que viene. ¿Vosotros ya tenéis fecha?

El suspiro que sale de los labios de Lindsay es casi tan brusco como el mío.

—No puedes negar la realidad, Sam. Dos nietos, dos meses, dos parejas. La cabaña es infalible. Y no creas que vosotros sois los primeros *matches* de esos que se han dado bajo su techo. —Me señala con un dedo—. Los primeros fueron Iona y Erwin, tus bisabuelos, y, por lo que sé, los primeros días de convivencia entre ellos supusieron un verdadero infierno.

Lindsay y yo nos miramos de reojo. Ninguno de los dos se atreve a admitir que los nuestros tampoco fueron un camino de rosas.

—Abuela, puede ser una casualidad…

—No seas testarudo, Sam.

—Mira quién fue a hablar —susurro, tan bajito que dudo que me haya oído.

—No se lo he contado a Oscar, ya que Isla y él no han notado la magia como lo habéis hecho vosotros dos. Aunque, por lo que me ha explicado Nancy, ahora mismo ya no la necesitáis, para nada. —Su sonrisa de suficiencia me mata—. Así es como actúa la cabaña.

Para unos desata un temporal de nieve que los obliga a convivir hasta que no pueden prescindir el uno del otro; para otros crea una especie de imán, como hizo con vosotros dos. A veces es sutil y otras no se anda por las ramas.

—No entiendo por qué nos estás contando esto ahora y no cuando dijiste que querías que viviésemos…

Me interrumpe con una carcajada seca.

—¡Ja! Si tuviera que enumerar todas las razones por las que ni tú ni los demás habríais subido a pasar un solo día en la cabaña si os hubiera confesado que mi propósito era que os enamorarais, necesitaría un cuaderno entero. Y si no te has dado cuenta de ello tú solito, cariño, tal vez no seas tan perspicaz como crees.

Puedo escuchar la risa de Lindsay, y no sé si me alegra o me ofende, o ambas cosas a la vez.

—Los demás… —empiezo.

—Los demás no tienen que enterarse de nada de lo que hemos hablado aquí hoy. —Se pone seria y me señala con un dedo—. Si os lo estoy contando a vosotros es porque no me vendrá mal tener aliados en algún momento y porque, de todas formas, imaginaba que vendrías a pedirme explicaciones en cuanto salieras de aquí. He preferido adelantarme yo y averiguar algo que me tenía… digamos… insatisfecha. —Fija la vista en una de sus esmaltadas uñas con mucho interés, como si no se atreviera a mirarme a la cara.

La observo con recelo. No me fío ni un pelo de ella. Está maquinando algo. Algo aparte de lo que ya ha maquinado hasta ahora, claro.

—¿A qué te refieres, exactamente, cuando dices que has venido a comprobar algo?

Se revuelve en la butaca, como si de pronto al cojín le hubiesen salido pinchos.

—He venido a comprobar las condiciones de la cabaña de los guardas —dice en un susurro apenas audible. Parece hablarle al collar de perlas que adorna su garganta.

Me llevo una mano a la barbilla y elevo una ceja, invitándola a continuar. Ella me mira y, durante apenas un segundo, puedo ver a la anciana que es, y no a la mujer decidida que nos maneja a todos

con puño de hierro. Pero la visión se desvanece en un parpadeo y Jeanette McGonagall reaparece en todo su esplendor.

—Estoy harta de no saber qué pasa en esta cabaña, así que he decidido que voy a pasar alguna que otra temporada en la de los guardas. ¡Quiero saber lo que sucede entre estas paredes mientras está ocurriendo, y no cuando vosotros os decidáis a contármelo!

—Perdona, ¿qué? —No me lo puedo creer. ¿En serio está diciendo que no solo quiere tener el control sobre lo que nos pasa, sino también presenciar desde fuera cómo la cabaña obra su magia con nosotros, igual que si fuéramos bichos en una caja de zapatos? Eso sí que no lo puedo consentir.

—Abuela McGonagall. —Lindsay me sorprende antes de que yo pueda hablar. Emplea con ella una voz mucho más dulce que la que estoy acostumbrado a oír—. Yo creo que usted ya ha hecho todo lo posible para que el plan se ponga en marcha, y se ha desenvuelto de una manera estupenda. Estos nietos suyos no sospechan nada. Están convencidos de que vienen a pasar un mes aquí arriba para salvar la cabaña, no para enamorarse. Ni se imaginan que los guardas los paga usted y que la corporación ni siquiera existe. —Me alucina que haya captado al vuelo toda la trama de mi abuela, no porque no la crea lo bastante inteligente, sino porque mira que es enrevesado el asunto—. Pero ¿no le parece que, si seguimos por ese camino, ya estaría cruzando peligrosamente la línea que separa la curiosidad sana del puro cotilleo?

Mis cejas salen disparadas hacia arriba. Nadie que se haya atrevido a hablarle así a mi abuela sigue vivo para contarlo, o se ha ido sin un buen rapapolvo por haber osado faltarle al respeto.

Mi mente, a mil revoluciones, cavila la manera de salvar la situación, pero entonces mi abuela empieza a hacer unos ruiditos de lo más extraños. Corro hacia ella porque temo que se haya atragantado con el vino debido a la impresión que le han ocasionado las palabras de Lindsay, pero el ruido sube de volumen y yo reparo en que su torso y su abdomen se mueven rítmicamente.

«¿Se está riendo? ¿Lindsay la acaba de llamar vieja chismosa y a ella le ha entrado un ataque de risa?», pienso, incrédulo.

—Sam —dice cuando al fin se calma—, me alegro muchísimo de que la cabaña te haya unido a Lindsay. Desde que me llamasteis por radio aquel día he estado preocupada: sabía que los dos tenéis un carácter fuerte y me preguntaba cómo ibais a arreglaros, pero ahora… ahora sé que no vais a aburriros. Ni vosotros, ni el resto de la familia.

CAPÍTULO 28

Lindsay

Bajamos de la cabaña hace solo dos días, con el tiempo justo para asistir a la boda de Isla y Oscar.

Al principio me parecía que yo estaría fuera de lugar en esta celebración, pero, en cuanto se lo comenté a Sam, elevó las cejas en ese gesto tan suyo y me quedó claro que no sería fácil eludir el compromiso.

Dado el peso que tienen las dos familias en la sociedad de Anchorage, creí que el enlace sería uno de esos multitudinarios, con más invitados que platos en el banquete. Y eso ya es decir, porque tengo entendido que el padre de Isla quería ofrecer tres menús distintos, una fuente de chocolate del tamaño de un coche y, probablemente, una orquesta sinfónica para amenizar los postres.

Sin embargo, los novios se impusieron y lograron salirse con la suya: nos han reunido en una capilla diminuta, solo a los más allegados, y después iremos a comer en un restaurante muy coqueto que me encanta.

Estoy de pie junto a Nancy y no puedo dejar de mirar a Sam, que es el padrino de boda y acompaña a su hermano frente al altar, donde Oscar espera a que la novia haga su aparición estelar. Algo que, por lo que me han contado, parecía del todo imposible hace apenas dos meses.

Si allí arriba, en la cabaña, vestido tan solo con vaqueros y camiseta, Sam ya representaba una amenaza para mi estabilidad emocional, no hace falta ni contar lo que provoca en mi libido verlo con un frac. Esos rizos suyos perfectamente despeinados, como si lo

hiciera a propósito, deberían venir con advertencia médica. Digamos que mi autocontrol acaba de presentar su dimisión formal.

Madre mía, me tiemblan todos los músculos y no es de frío, a pesar de que mi modelito no es precisamente invernal.

—Estate quieta —me insta Nancy.

—No sé a qué te refieres —miento como una bellaca.

—Tendrías que haber hecho tú las fotos. Al menos, si estuvieras ocupada con la cámara, no me estarías carcomiendo la paciencia.

—No creas que no lo propuse, pero tus primos se negaron, ambos. Isla, sin embargo, estaba de acuerdo. —Nancy me mira extrañada, yo me encojo de hombros—. Es por Sam.

—Sí, es un asco. Ahora, cualquier cosa que tenga que ver contigo también tiene que ver con él.

—Mira que eres gilipollas. Cualquiera diría que estás celosa —río.

La cara de mi amiga me indica que para ella resulta obvio que Sam se ha interpuesto entre nosotras.

—¿Qué pasa con Sam?, ¿sigue negándose a salir en las fotos? —me pregunta de forma desdeñosa, intentando cambiar de tema.

Decido darle algo de tregua, pero que no se relaje, porque pienso retomar el tema de los celos más pronto que tarde.

—Digamos que no es tan reticente como hace un mes.

Nancy, que tenía la vista fija en sus primos, se gira hacia mí con brusquedad.

—¿Qué me estás contando?

—Pues que ya se deja fotografiar algunas partes del cuerpo, pero solo si lo hago yo. —No puedo esconder una sonrisa maliciosa.

—¡Puaj! Por favor. No voy a querer que me cuentes tus intimidades nunca más. No si en ellas va a estar involucrado Sam.

—Definitivamente, eres idiota. ¡Sigo siendo yo! ¡Lindsay! ¡Tu mejor amiga!

Aunque hablamos en susurros (y no somos las únicas), alguien carraspea en nuestra dirección.

Nancy vuelve a mirar al frente, como si no me hubiese oído. Al cabo de unos segundos, se vuelve hacia mí y me clava su mirada oscura.

—Sí, tú eres tú, pero él es Sam. Y yo sigo en *shock*, no puedo asimilarlo.

—Tampoco fue fácil para mí asimilar que tú te liases con Matt y, sin embargo, lo hice. —Nancy levanta una mano para que me calle, pero no estoy dispuesta a hacerlo, ya no—. Y mucho más difícil fue que os separaseis. Tuve que decidir a cuál de los dos le mostraba lealtad. —Mi amiga abre la boca, pero yo se la tapo con una mano. No voy a dejarla hablar hasta que yo no haya terminado de hacerlo —. No tuve que pensarlo, ya sabía quién era mi amiga y con quién estaba a partir un piñón. Por eso me molesta tanto que te hayas tomado tan mal lo mío con tu primo. —Ella suspira, intentando inhalar a través de los dedos que aún mantengo sobre su boca.

—Pues ahí está mi gran pregunta: ¿y si rompéis? —suelta a bocajarro tras librarse de mi mano.

Abro la boca para decirle que, gracias a Ailithéa, eso no va a suceder, pero recuerdo las palabras de la abuela McGonagall y la cierro de golpe.

—Harás lo mismo que yo hice y te pondrás de mi parte. Está clarísimo.

Se encoge de hombros y tuerce el gesto.

—Sí, por qué negarlo. Te prefiero a ti mil veces antes que a Sam.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que deberías darle un margen de confianza a tu primo. De verdad, resulta cargante al principio, pero lo cierto es que es un hombre excepcional y…

Nancy levanta una ceja y me invita a callarme. Niego con la cabeza y decido volver a centrarme en el hombre que se ha convertido en el amor de mi vida, en un mes. ¡En menos incluso que eso!

Seguramente Sam nota que tengo la vista puesta en él, porque se vuelve para mirarme y me guiña un ojo. Tiemblo de nuevo (no lo puedo evitar) mientras le mando un beso.

Nancy chasca la lengua. Yo le propino un codazo en las costillas; espero que le salga un morado. La oigo maldecir en voz baja y siento un placer culpable.

No hay tiempo de mucho más. Entonces empieza a sonar la marcha nupcial: llega la novia.

Me concentro en la cara de Oscar. De todos los McGonagall, es al que más conozco, aparte de Nancy, claro.

«Bueno, en realidad, es el McGonagall al que más conocías», me recuerdo, no sin cierta picardía. Sonrío para mis adentros al rememorar los primeros días en las Salt Mountains.

¿Qué hubiese sucedido entre Sam y yo si la cabaña no fuera mágica? ¿Lo es realmente? Supongo que no tardaremos en descubrirlo. Desde luego, la abuela McGonagall está convencida de ello y, de momento, «dos de dos», como no para de repetir. Si los cuatro primos que faltan encuentran el amor allí arriba, me lo creeré tanto como ella.

Isla entra en la iglesia del brazo de su padre. Está radiante con su vestido blanco. Y la cara de Ozy… ¡Joder! ¿Por qué accedí a no traer mi cámara al evento? ¡Si estos instantes son los que más me gusta inmortalizar! ¿Acaso alguien cree que solo me gusta fotografiar desgracias ajenas?

Río entre dientes al ver los esfuerzos que hace Sam para no salir en ninguna de las instantáneas que toma el fotógrafo contratado. Lo cierto es que mi chico es todo un profesional. Si yo no supiera que lo está esquivando, ni me daría cuenta de que lo hace.

Después echo un vistazo en derredor. La mayor parte de las personas que ocupan el pequeño templo son mi nueva familia. Solo falta Ben, que llegó a la cabaña unas horas antes de que nosotros la abandonásemos y, si no me equivoco, lo va a pasar aún peor de lo que lo pasamos Sam y yo en su momento. Si la cabaña arregla eso, me hago devota de Ailithéa para siempre.

Me doy cuenta de que la abuela McGonagall me ha contagiado sus ganas de ir a pasar unos días a la cabaña de los vigilantes para averiguar qué está sucediendo allí arriba. Me tapo la boca para camuflar la carcajada que se ha formado en mi estómago y que burbujea en mi pecho. Nancy me mira, interrogante. Yo niego con la cabeza.

—No pasa nada, todo está bien —le digo.

Devuelvo mi atención a Isla y Ozy. Se comen con los ojos y, disimuladamente, han entrelazado los dedos de una mano.

Retengo el aire en mi pecho. Puedo entender lo que sienten. Esa necesidad de tocarse, de respirar el aire que el otro respira. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Joder, Lin, ¿qué te está pasando? Si tú no lloras nunca. —Nancy suena preocupada a mi lado, aunque también tiene la voz tomada por la emoción—. ¿Has visto cómo se miran esos dos? No sé qué sucede allí arriba, pero primero Ozy y ahora, vosotros.

Todas mis alarmas se disparan. Nancy es muy inteligente. Una de las personas más listas que conozco, de hecho. No me extrañaría nada que atara cabos y se negara a subir a la cabaña en junio si todos lo McGonagall bajan de las montañas enamoradísimos. Debo hablar con la abuela. Mi amiga tiene que ser la próxima en subir a la cabaña. En cuanto baje Ben, tenemos que mandarla a las Salt Mountains.

Me froto las manos mentalmente con una sonrisa maquiavélica. Sí, decididamente, Jeanette McGonagall ha hecho bien en elegirme como aliada. No veas lo mucho que voy a disfrutar con esto.

EPÍLOGO

Un año más tarde

—¡Lindsay, ven, corre! ¡Lo están poniendo en las noticias! —grita Sam.

Me dirijo hacia la sala donde tenemos el televisor mientras me seco las manos en un paño de cocina. No puedo negar que me siento nerviosa. He estado esperando este momento mucho tiempo y, aunque Nancy me ha repetido por activa y por pasiva que la historia iba a terminar así, necesitaba verlo con mis propios ojos.

En las imágenes se observa como el exsenador Miller es introducido en un furgón. El presentador de las noticias explica que, en él, será conducido a su próxima residencia, en la que pasará el resto de su vida: la prisión federal de máxima seguridad ADX Florence, en Colorado.

Ha sido declarado culpable de violación, asesinato, encubrimiento y obstrucción a la justicia.

Cierro los ojos. Todavía puedo recordar con absoluta claridad el momento en que tomé esas fotos. Oigo el clic, clic de mi cámara y me estremezco, como tantas otras veces, cuando me doy cuenta de que esas imágenes dieron voz a las que ya no podían hablar por sí mismas. Me maravillo, igual que la primera vez, al corroborar que una instantánea puede destruir una vida, y salvar muchas otras.

Sam nota que estoy temblando a su lado y tira de mí para que me siente en su regazo. Seguimos igual que hace un año: no podemos dejar de tocarnos. No podemos estar alejados el uno del otro más que unas horas. Aunque hace tiempo que eso ha dejado de parecerme una maldición. Ahora lo disfruto, ya que cada segundo a su lado equivale a un siglo de vida para mí.

—¡Ya está! —exclama en voz baja, cerca de mi oreja.

—Apelará.

—Que lo haga, está en su derecho. Pero no ganará. Si no se ha librado de la cárcel ni con los abogados que ha contratado, no ganará ni una sola apelación. Te lo digo yo, que sé de lo que hablo.

Lleno los pulmones todo lo que me permite el diafragma.

—Lo que más me jode es que Curtis Malone colaborase con la fiscalía y le hayan rebajado la pena. Ese hijo de la gran puta debería pudrirse en la cárcel junto con los otros dos hasta el día de su muerte —comenta, indignado.

Estoy de acuerdo con él. Lo hemos hablado en infinidad de ocasiones durante el último año. Pero la justicia es así. El tipo colaboró y le han reducido la condena casi a la mitad.

—Ya está. No quiero pensar más en ellos —digo al cabo de un rato—. Ya no existen. Al menos, no para nosotros.

—Tú eres la heroína de esta historia, Lindsay. Te das cuenta, ¿verdad?

—No me considero ninguna heroína. Debí haber denunciado a ese malnacido de inmediato, no tenía que haber esperado un mes entero, debatiéndome entre lo que era correcto y lo que consideraba más conveniente para mí.

Sam esconde su nariz en el hueco de mi cuello y aprovecha para darme un suave mordisco.

—Hiciste lo que creíste más apropiado, cariño. No te sigas machacando por ello. Lo importante es que acabaste haciendo lo correcto y que los malos han terminado en la cárcel. Eso es lo que cuenta al final.

Suspiro y asiento, aunque nada convencida. Sam lo sabe, y también sabe que volveremos sobre ese tema más de una vez.

—¿Sabes cómo vas a olvidarlos por completo? —Ha reseguido la curva de mi mandíbula con los labios y ahora su voz suena cerca de mi oreja.

—Si no me equivoco, estás a punto de hacerme una sugerencia.

—Ajá —susurra. Sus manos se introducen bajo mi camiseta mientras sus labios siguen paseando por mi cuello y mis hombros.

Me dejo acariciar, mis ojos fijos en la pared que tengo justo frente a mí. Está llena de fotos de Sam y mías. En ellas salimos juntos y por separado; unas son en blanco y negro y otras, a color. En algunas estamos con Ozy e Isla, y en muchas otras, con Nancy y con el resto de los McGonagall.

—No te noto muy concentrada —gruñe, aunque no está enfadado. Solo se queja para que le preste más atención.

—Sí que lo estoy, solo pensaba en ti antes.

—¿Antes? ¿Cuándo? —pregunta entre beso y beso.

—Cuando te conocí. —Le cojo la cara entre las manos y lo miro a los ojos.

—¿Cuando aún estábamos en el colegio y tú eras una mocosa que no debería haberse fijado en un malote de último curso? —ríe, pícaro, mientras intenta atrapar mis labios.

—Cuando eras un gruñón que no quería compartir la cabaña mágica conmigo —contesto antes de morderle el labio inferior con delicadeza—. Cuando pensabas que yo era Satanás reencarnado solo porque estaba en posesión de una cámara de fotos. —Lo beso justo donde lo he mordido—. Cuando no confiabas en mí y me hiciste dormir en un canapé durante una semana.

—¿Una semana? —pregunta, con una indignación que sé que no siente—. Señora McGonagall, si no me equivoco, no durmió usted sola en esa habitación más que dos noches.

—Tres —lo contradigo.

—Yo juraría que no fueron más de dos.

—Testarudo.

—Mira quién fue a hablar.

Abro las piernas y me siento a horcajadas sobre él. Lo agarro del pelo y tiro para obligarlo a que me mire a la cara.

—Veo que te alegras de tenerme sobre tu regazo.

—Siempre. —Su voz sale gutural, tan ronca que mis pezones se ponen erectos de inmediato.

—Pues te aviso de que esto va a ir muy deprisa.

Empiezo a balancearme sobre él y lo siento tomar aire entre los dientes. Sus manos se aferran a mis nalgas y me acompañan en el

ritmo que marco, el cual ha empezado rápido, pero se está volviendo frenético.

—Te gusta llevarme al límite —se queja Sam en el interior de mi boca.

No le contesto. Estoy demasiado concentrada en las sensaciones. Sé que podría llegar al orgasmo sin desvestirme; los dos podríamos, y no sería la primera vez.

Me detengo de forma abrupta. Ambos respiramos entrecortadamente.

—Vamos a la cama. —Me pongo en pie y alargo una mano en su dirección.

Antes de llegar al dormitorio ya nos hemos despojado de toda la ropa.

—Quiero estar encima —afirmo. Lo obligo a tumbarse de espaldas sobre la cama. La forma en que me mira me hace sentir tan deseada que una oleada de calor me invade.

Me siento sobre su polla y la noto entrar, caliente, dura. Mía.

Sam se aferra a mi cintura cuando empiezo a moverme, de forma mucho más lenta ahora.

—Quieres matarme.

—Para nada. Tienes que durarme toda la vida.

Cuando se muerde el labio inferior con fuerza, sé que se está conteniendo. Sí, tiene razón: me gusta llevarlo hasta ese punto sin retorno.

—Lindsay. —Su voz sale inestable.

—¿Sí? —Mi capacidad para hablar, y mucho más para elaborar una frase, está seriamente mermada.

—Te amo —vocaliza. Su cara está concentrada al máximo.

—Y yo a ti —contesto, y me dejo arrastrar por la marea del orgasmo.

Él se une a mí en mi éxtasis y juntos nos dejamos acunar por el placer.

¡LEE UN AVANCE DE MI PRÓXIMA PUBLICACIÓN!



Ben. Un pacto imposible:
Una comedia
romántica contemporánea
***enemies to lovers*.**

BEN:

«Puedes intentar resistirte, pero la decisión la tomará la cabaña»

SINOPSIS:

Ben McGonagall no quiere subir a las **Salt Mountains.**

Odia esa cabaña, la evita y haría cualquier cosa por no pasar allí un mes entero.

Para él guarda un secreto.

Uno que no ha contado a nadie y que piensa llevarse a la tumba.

Desesperado por evitar ese mes obligatorio, idea un plan tan brillante como cuestionable: que sea su asistente, Hope Black, quien ocupe su puesto en la cabaña.

El problema es que Hope Black odia a su jefe con todas sus fuerzas.

Para ella, **Ben McGonagall** es el hombre más engreído, prepotente y pagado de sí mismo con el que ha tenido la desgracia de trabajar. Solo tiene un deseo, que acepte de una vez por todas su carta de dimisión y la libere de un contrato que la ata.

Por eso, cuando Ben le propone un trato imposible de rechazar —subir a la cabaña familiar durante un mes a cambio de su ansiada libertad—, Hope dice que sí sin pensarlo demasiado.

Solo hay un pequeño requisito. Uno que no está segura de querer cumplir.

El problema es que **Jeanette McGonagall** siempre va un paso por delante de sus nietos, que la cabaña nunca se equivoca y que algunos pactos imposibles tienen consecuencias inesperadas.

Una comedia romántica contemporánea de enemigos a amantes, pactos imposibles, secretos del pasado, convivencia forzada y una química que nadie vio venir.

· **Clichés que encontrarás en esta novela:**

- ***Enemigos a amantes***
- ***Jefe/empleada***
- ***Convivencia forzada***
- ***Una sola cama***
- ***Él se enamora primero***

CAPÍTULO 1

Ben

—¿Soy el único al que esto que ha decretado la abuela de tener que pasar un mes cada uno en las Salt Mountains, desconectado del mundo y de la vida, le parece una mierda? —pregunto a mis hermanos. Y no por primera vez en los últimos dos meses.

Hemos salido a comer con unos clientes fuera de la ciudad, y vamos de regreso a casa, en mi coche.

Nuestra abuela, Jeanette McGonagall, a sus ochenta y ocho años, sigue siendo la matriarca de la familia. Su palabra es ley. Y eso que sus nietos somos todos hombres hechos y derechos; menos Nancy, que, obviamente, es una mujer.

—Ben, no puedes ser tan desconfiado. —En el tono de mi hermano Cole va implícita una buena cantidad de reproche—. Si la abuela dice que ha estudiado esa cláusula que nos obliga a ocupar la cabaña durante medio año, y lo ha comprobado, me fío de ella. Al fin y al cabo, siempre tiene razón; no en vano es abogada desde hace muchos más años que nosotros. Y de las mejores, por cierto.

Miro a Cole de reojo. No sé si me habla en serio o si me toma el pelo. Oír la risita de Nate desde el asiento posterior no me ayuda a descifrarlo.

—Lo que está claro es que estamos jodidos. Vamos a tener que pasar un mes en esa cabaña, queramos o no —dice, al fin, mi hermano pequeño—. Mi consuelo es que, al menos, cuando sea mi turno allí arriba, no hará tanto frío como ahora.

A pesar de que la calefacción del coche ha caldeado el ambiente, un escalofrío recorre mi columna al pensar que yo no tendré tanta suerte.

Erwin McGonagall, mi bisabuelo, llegó a Alaska desde Escocia hace cien años, atraído por la fiebre del oro. Con él vino un amigo suyo, Lachlan McGregor. Ambos construyeron sendas cabañas de madera en las Salt Mountains y se instalaron allí, aislados del mundo, con sus mujeres y sus hijos, hasta que encontraron el bendito oro que les permitió prosperar y vivir el sueño americano.

Ahora, un siglo más tarde, una corporación ha comprado las tierras donde se asientan esas cabañas y pretende derruirlas cabañas para levantar un resort. Sin embargo, para eso tienen que rescindir primero los contratos de concesión, claro, y mi abuela no está dispuesta a que eso suceda. Ha estudiado los legajos del pacto original hasta hallar el resquicio legal que nos permitiera quedarnos con la cabaña de la familia. Lo que ha encontrado, sin embargo, es una cláusula que indica que la cabaña debe permanecer habitada durante al menos seis meses al año, así que ha decidido que cada uno de sus nietos pasemos allí un mes, entre enero y junio.

Nuestro primo Oscar ya ha cumplido su periodo allí arriba, y el de Sam está a punto de finalizar; el próximo en subir seré yo. Por eso estoy atacado. No puedo, ni quiero ir; me niego a encerrarme voluntariamente en esa cabaña alejada de toda civilización.

—Nate, tío, te pago lo que quieras si subes al lago en mi lugar. —Intento que mi voz no trasluzca la desesperación que siento.

Cole, a mi lado, ríe como un energúmeno. El suspiro procedente del asiento trasero me da a entender que Nate solo necesita un empujoncito más.

—No parece que Ozy lo haya pasado tan mal, tío. Hasta bajó comprometido. Se va a casar en menos de quince días. A lo mejor tienes suerte y a ti también te cae una mujercita del cielo, como le sucedió a él.

Le gruño a Cole para que se calle y después miro a Nate. Compongo mi mejor cara de súplica, a ver si lo persuado mediante una carnaza más jugosa.

—Te regalo el Jaguar, el E-Type —digo mientras atisbo por el espejo retrovisor. Durante un segundo creo que mi hermanito cederá, pero después niega con la cabeza, y el alma se me cae a los pies.

—No, Ben, la abuela no lo permitirá. Además, si tenías previsto ofrecerme algún coche de tu colección, no debiste empezar por el más barato.

—¿El más barato, chaval? Ese coche vale casi medio millón de dólares.

—Yo que tú subiría la apuesta, hermano; casi lo tienes en el bote —se cachondea Cole.

Aprieto el volante con fuerza.

—¿Con cuál de mis coches estarías dispuesto a considerar la oferta, Nate?

Mi hermano se revuelve en su asiento. Es muy buen negociador, quizá el mejor de toda la familia. Sin embargo, si hay que jugar fuerte, lo haré. No pienso subir a esa cabaña, ni para dar el relevo a Sam, ni nunca.

—¿Con cuál de ellos te puedo tentar? —insisto—. ¿Con el Mercedes 300 SL?

El silencio en el habitáculo se hace palpable. Mis hermanos saben lo que me costó ese coche y lo mucho que lo adoro. Ni siquiera lo he sacado del garaje desde que lo adquirí. De todos mis vehículos de colección, ese es por el que más pagué. Me costó un riñón y parte del otro, y lo quiero más que a ellos dos juntos.

—¿Tu Gullwing? —Nate parpadea—. ¿Ese al que le cantas canciones de amor cada noche antes de irte a dormir?

—El mismo.

—Estás enfermo. —La risotada que se le escapa a Cole es más bien histérica.

—Estoy negociando.

Al final es Nate el que se echa a reír, pero su risa está cargada de pesar.

—Sabes que haría lo que fuera por ese coche, incluso subir el camino de tierra hasta la cabaña en chancletas —dice. Cole se lo está pasando teta a nuestra costa; no para de reír—. En realidad, por cualquiera de los que tienes en el garaje. Me vuelves loco de envidia con esa colección, lo sabes, pero la abuela no lo consentirá. Antes nos deshereda a los dos. Si ha dicho que cada uno de nosotros debe pasar un mes en la cabaña, nada la hará cambiar de

opinión. Y no creo que a ella la puedas sobornar con ninguno de tus coches.

Doy un golpe en el volante.

—Vamos, Ben. —Cole, que parece que al fin ha entendido que no estoy de broma, sino absolutamente desesperado, alarga el brazo y coloca la mano sobre mi hombro—. No será tan horrible. Por lo que me ha contado Nancy, hasta Sam ha disfrutado de algo de acción allí arriba.

Entrecierro los ojos para mirarlo.

—Claro que no será horrible, será mucho peor. Y no sé qué te ha podido contar Nancy; tenía entendido que era secreto de sumario.

—La cabaña dispone de todo tipo de comodidades; se nota que hace tiempo que no vas por allí. La abuela la ha reformado y ha quedado genial… —Cole cambia de táctica; sabe que no me va a convencer alegando que Sam y Ozy han encontrado el amor allí arriba. Eso no va conmigo. Además, si ya ha sucedido dos veces, ¿qué posibilidades hay de que ocurra una tercera?

—No hay teléfono, ni internet, ni siquiera una conexión decente para ver las noticias en la televisión. Y ¿no oíste lo que dijo la abuela? No podemos alejarnos de la casa más de… ¿cuántas horas? No hay margen ni para bajar a Anchorage a tomar una copa.

Cole se encoge de hombros.

—Llévate el *whisky*.

Inspiro hondo.

—¿Puedes ponerte en mi piel y no proponer una solución para cada problema?

—Puedo, pero eso no evitará que en unos días tengas que subir a las montañas. Porque te recuerdo que vas después de Sam.

Pongo los ojos en blanco. Noto como la adrenalina se apodera de mi corazón, sobrecalentándolo.

—Piensa que no estarás solo. Al menos tendrás a Matt; podrás beberte el *whisky* con él.

Cierro la boca con tanto ímpetu que temo que se me haya encajado la mandíbula.

Matt McGregor es el bisnieto de Lachlan McGregor, el amigo de mi bisabuelo. El pobre va a pasar en la cabaña de su familia seis

meses enteros, ya que es hijo y nieto único, con lo cual, no tiene a nadie que le dé el relevo, como haremos mis primos, mis hermanos y yo.

—Lo único que me consuela de que Matt esté allí es que al fin podré pedirle que me explique qué sucedió entre Nancy y él…

—Buena suerte con eso —me corta Nate.

Nancy es nuestra hermana, la pequeña de los cuatro. Matt y ella estuvieron juntos hasta hace un año.

—Y tampoco te servirá de nada que le ofrezcas alguno de tus coches a cambio de información. Ya sabes que él pasa de eso. —Cole se burla de mí otra vez.

Hace tiempo que mi hermano y yo no solucionamos nuestros problemas a puñetazos, diría que más de quince años. Sin embargo, hoy me parece un buen día para recuperar las costumbres perdidas.

Gruño en dirección al asiento del copiloto, pero solo consigo que Cole ría aún más fuerte.

Doy la conversación por terminada y pongo en marcha mi lista de reproducción de Spotify. Un gemido escapa de entre mis labios al imaginar la de horas que voy a perder descargando música y películas a mis dispositivos si quiero entretenerme en algo cuando esté solo y confinado allí arriba.

Tengo que encontrar una solución. De alguna forma tengo que evitar subir a esa cabaña de mala muerte.

Sumido en mis cavilaciones, pasan los minutos y las millas sin que me dé cuenta, hasta que el sonido de una llamada entrante me sobresalta.

—¿Señor McGonagall?

—¿Sí? —contestamos los tres al unísono. Yo, porque sé que la llamada es para mí. Mis hermanos, porque se habían dormido y, entre las brumas del sueño, creen que es por ellos por quienes preguntan.

Puedo imaginar la cara de malas pulgas de Hope, mi asistente. Estará maldiciéndonos por hacerla perder el tiempo, seguro.

—¡Señor Benjamin Owen McGonagall! —puntualiza. Y, sí, ahí está ese tonito de sabelotodo que me enerva. Si no fuera la mejor asistente que he tenido en mi vida, así como la mejor de toda la

compañía, yo ya habría aceptado la dimisión que me presenta cada lunes por la mañana.

—Dígame, señorita Blake.

Mis hermanos se miran, extrañados por mi voz gélida. Hope Blake realmente me saca de mis casillas.

—He dejado sobre su mesa el informe que me pidió esta mañana. Si no necesita nada más, me voy a mi casa. Anotaré otras cuatro horas extras al millón que ya me debe este mes —dice. Su tono beligerante no pasa desapercibido a los dos cafres que tengo por hermanos.

—No deje de hacerlo. Las pasaré a contabilidad, como hago todos los días veinticinco, para que le sean abonadas con su nómina.

Se corta la comunicación sin una palabra más y mis hermanos emiten un silbido.

—Sabía que la relación con tu asistente era tensa, pero no imaginaba que llegara a este nivel —comenta Cole.

—Sí —apostilla Nate—, ¿no dijo la señora Carlson que Hope había presentado la dimisión varias veces y no se la habías aceptado?

Asiento sin mucho interés.

—¿Por qué no la liberas y buscas a otra con la que no haya tanta… —Cole busca la palabra idónea— hostilidad?

No tengo una respuesta clara para eso. Por supuesto, no es debido a la dichosa cláusula 7b del contrato. El bufete puede permitirse pagarla, está claro.

Lo más lógico sería proceder como dice mi hermano: liberar a Hope Blake y zanjar ese mal rollo en la oficina. El problema es que nunca, en todos los años que llevo trabajando, he tenido una asistente tan eficaz como ella. Me niego a dejarla marchar. Aunque no la soporte, ni ella me aguante a mí.

Nuestra relación personal es terrible, pero, joder, trabajamos de puta madre juntos, y eso nadie lo puede negar, ni siquiera ella.

—Es una mujer encantadora, no entiendo por qué os lleváis mal. —Nate, como siempre, tiene que aportar su punto de vista sobre el mundo. Un mundo lleno de purpurina y arcoíris, como diría Nancy. Este niño es el optimismo hecho persona; la verdad es que no sé de

dónde ha salido—. Y, además, superinteligente. Yo le he consultado un par de cuestiones y me ha ayudado encantada. De verdad que no comprendo esa animosidad para contigo. Igual que tampoco entiendo que la mantengas como asistente y no le hayas ofrecido un puesto como asociada en el bufete. Aunque eso explicaría por qué quiere que la liberes del contrato que la mantiene ligada a ti.

—¿Como asociada? —pregunto con el ceño fruncido.

—No me puedo creer que no te lo hayas planteado. Ese tipo de deferencias son las que te convierten en el jefe altruista, comprensivo y profundamente humano que todos sabemos que eres —contesta Nate. A través del espejo retrovisor puedo ver una sonrisa de suficiencia en su cara y me dan ganas de borrársela de un manotazo.

Vaya. Sin duda, mi próximo viaje a la cabaña me tiene mucho más nervioso de lo que creía: en menos de media hora ya he deseado pegar a mis dos hermanos. Mi psicólogo diría que necesito meditar más. Aunque yo prefiero liarme a hostias con el saco de boxeo del gimnasio.

—Y, como es obvio, tú opinas que debería hacerlo —le espeto.

—Te lo he dicho: me ha ayudado en varias ocasiones y he hablado mucho con ella. Algo que, es evidente, tú deberías hacer más a menudo. Sería una incorporación magnífica para McGonagall Legal Group. No es posible que no lo veas, ni que aún no hayas propuesto su ascenso.

El bufido que le dedico a Nate hace que Cole me mire con las cejas elevadas.

—Ni que estuvieras celoso, Ben —dice. Su actitud me irrita más de lo que debería—. El que siempre nos ha advertido de que donde está la olla no debemos meter la polla eres tú. ¿Dónde queda lo de: «Buscad la sopa en otra cocina»?

—No sé de qué coño hablas. Esa mujer no me gusta nada. Al contrario.

—Pues no será porque sea un adefesio; si algún día decide dejar la abogacía, podría ganarse la vida como modelo. Tiene un cuerpo de escándalo, y una cara de actriz de cine.

—Sí. Y es mucha pero que mucha mujer para ti —corto a mi hermano pequeño—. Así que ni te le acerques.

—¡Que no está celoso, dice!

—Que no lo estoy, hostia. —Asesto un golpe al volante que los hace callar a los dos de súbito—. Pero es mi asistente y no quiero que la entretengáis en el trabajo. Ni a ella ni a ninguna otra. Estoy harto de decíroslo. La diversión, para después del horario de oficina.

Las caras de fastidio de mis hermanos son para enmarcar, pero al menos he logrado que se callen y no me den más por saco.

Sí, creo que me conviene mucho más ir al gimnasio que sentarme en el suelo de mi casa, con las piernas cruzadas, intentando respirar con el diafragma. Apostaría algo a que eso, hoy, no me servirá de nada.

CAPÍTULO 2

Hope

—¿Todavía no has acabado? Hemos quedado con las chicas para ir a tomar algo —me recuerda Maggie, una de las secretarias del despacho.

Hoy es viernes, y a veces quedamos para salir y despejarnos después de una semana dura. Es lo mejor de trabajar en esta empresa: la reunión del viernes con las chicas en el *pub* de siempre.

—Sí, ya estoy —digo mientras apago el ordenador y me pongo en pie.

—Por un momento he temido que hoy fuera uno de esos días en que el jefe te tiene atada a la pata de la mesa hasta las diez de la noche.

—No, hoy tenía asuntos fuera de la oficina, así que he terminado un informe que me ha pedido esta mañana y ya estoy libre. Aunque pienso anotarme las horas extras igualmente.

—Ya que te hace trabajar como si fueras su esclava, al menos que te pague —sentencia Maggie mientras espera a que yo recoja mi bolso y mi abrigo.

Le doy un breve abrazo. Ella es una de mis escasas amigas, y, aun así, lo nuestro no es más que un vínculo de oficina.

Nos reunimos con el resto de las chicas y nos dirigimos al ascensor, entre repiqueteo de tacones y voces de alegría por haber llegado cuerdas al fin de semana una vez más.

—¿Dónde se han metido todos los McGonagall hoy? —pregunta una de las nuevas de contabilidad. Se llama Mary, o Sally, no podría asegurarlo.

—Ben, Cole y Nate tenían una comida con unos clientes —contesta Jessica, la ayudante de la secretaria de Sam McGonagall—. Sam sigue en las Salt Mountains y Nancy ha subido a verlo. ¿No os tiene intrigadísimas ese tema de la cabaña en el lago? Porque a mí me mata la curiosidad de saber por qué razón tienen que pasar allí un mes cada uno.

Las risitas que se escuchan en la cabina no suenan nada profesionales. Todo el mundo en el bufete anda haciendo apuestas sobre qué se trae entre manos la familia McGonagall. Los secretos son lo que más entretiene, y este está siendo uno de los mejor guardados en décadas.

—No tengo ni idea, pero al parecer ha servido para que Ozy y Sam hicieran las paces. Algo gordo deben de ser —apunta Maggie en tono conspiratorio.

Cuando llegamos a la calle, me arrebujo en el abrigo. El aire es frío y cortante, y el cielo amenaza nieve. Algo, por otra parte, totalmente normal en el mes de marzo, no sé de qué me extraño. Hasta donde sé, sigo viviendo en Alaska. Y pienso seguir haciéndolo muchos años.

Nos dirigimos al *pub* de siempre con paso decidido. No es cuestión de pelarse de frío en la calle.

—Si estás aquí, imagino que es porque esta semana Ben McGonagall ha vuelto a rechazar tu carta de dimisión —comenta Jessica con acritud mientras nos ubicamos alrededor de la mesa.

Asiento, y me quito el abrigo con un poco más de ímpetu de lo que acostumbro, para que no se note lo mucho que eso me afecta.

—¿Volverás a intentarlo el lunes?

—Por supuesto. Cada lunes hasta que se decida a aceptarla.

—¿Estáis hablando del tirano con pinta de modelo de Armani? —se mofa Kim, una de las secretarias del departamento de *marketing*.

—De ese mismo —le contesta Maggie, que no ha perdido pie de nuestra conversación.

—No entiendo por qué le presentas una carta de dimisión todos los lunes. ¿Por qué no la acepta? Y, si no lo hace, ¿por qué no te largas, y listo? —pregunta la chica nueva de contabilidad—. Y lo que

es peor: ¿por qué querría alguien dejar de trabajar para ese pedazo de hombre?

El murmullo de incredulidad que se eleva entre todas las que nos hemos reunido en el *pub* se oye por encima de la música. Alguna incluso se tapa la boca con estupor.

—Esas son muchas preguntas para contestar sin una bebida delante —dice Maggie, quien alza la mano para llamar la atención del camarero, evitando, de paso, que yo le arranque la cabeza de un mordisco a la pobre Mary, o Sally, o como quiera que se llame, que no tiene la culpa de nada.

—¿Has leído tu contrato antes de firmarlo, Sally? —Vale, la chica se llama Sally, y ahora mismo no me gustaría nada estar en su pellejo. Porque el tono que ha empleado Kim es tan despectivo que hasta a mí me han entrado ganas de esconderme debajo de la mesa.

—Kim, no te sulfures. Hemos venido aquí a pasar un rato juntas y a divertirnos, no a tirarnos los trastos a la cabeza. —Maggie trata de suavizar la situación. Al fin y al cabo, es ella la que ha invitado a Sally.

La de *marketing* arquea las cejas. Parece que va a dejar el tema, aunque yo sé que no es así. Entramos a trabajar en el bufete casi al mismo tiempo y la conozco bien, por eso sé que es muy buena persona y que todo lo que tiene de perro ladrador lo tiene de cachorro cariñoso, pero de primeras puede resultar aterradora. Y, si algo le molesta, son las nuevas incorporaciones al grupo. No le gustan las recién llegadas; solo las tolera cuando sabe que Maggie está interesada en alguna, igual que haría si fuese un chico y nos interesara a cualquiera de las demás.

—Solo le estoy preguntando si no ha leído la cláusula 7b de su contrato —repone, irritada.

—No todos los contratos tienen esa cláusula, cariño.

—¿Ah, no?

—No, qué va —contesta Jessica con sorna—. Yo soy ayudante de la secretaria de Sam McGonagall y no tengo el honor de que figure en el mío. Sally pertenece a contabilidad. Dudo mucho que la incluyeran en su contrato.

Kim vuelve a elevar las cejas.

—¿Por qué yo sí la tengo, entonces? —pregunta, confundida—. Por esa regla de tres, alguien de *marketing*, como yo, tampoco la necesitaría.

—Ni idea. A lo mejor era algo que incluían en todos los contratos antiguos —aventura Jessica, lo que le acarrea una mirada fulminante de Kim.

—No nos estarás llamando viejas a Maggie, a Hope y a mí, ¿verdad?

—Nada más lejos de mi intención —contesta la otra, con una cara de arrepentimiento impostada.

Niego y le doy un sorbo a la cerveza que acaba de servirme el camarero.

—La cláusula 7b es famosa en el bufete —empieza Maggie—. La tienen la mayoría de los empleados, sobre todo los asistentes de los socios principales. Básicamente dice que, si presentas la dimisión, no se hará efectiva hasta que el socio responsable la acepte por escrito.

—¿Y si no la acepta nunca? —pregunta Sally, desconcertada.

—Entonces, técnicamente, sigues contratada —responde Maggie, encogiéndose de hombros—. Te pagan igual y, encima, no puedes trabajar en ningún otro sitio.

—Esa es la razón por la que presento mi dimisión todos los lunes —explico yo—. Porque me siento como una prisionera con nómina. ¡Estoy harta!

—Y después está el tema de la indemnización —añade Kim—. No os olvidéis de eso, que es muy importante.

—Si Ben McGonagall le aceptara la renuncia, Hope no podría trabajar en otro bufete de abogados durante los seis meses posteriores —aclara Maggie—. Y para que esa restricción sea válida, el bufete tiene que compensarla con una indemnización equivalente al salario de esos seis meses. Dinerito contante y sonante.

Yo sonrío mientras me acerco el vaso a la boca de nuevo. Ese dinero es justo lo que necesito ahora para un proyecto que tengo en perspectiva.

—Perdona, pero hay algo que no entiendo. —Sally frunce el ceño y me mira como si yo me estuviera reservando información.

—Dime —la insto a continuar.

—No sé por qué piensas que Ben McGonagall te va a despedir solo porque tú insistas en que lo haga. Si haces bien tu trabajo, que, por lo que he oído, no solo es que lo hagas bien, sino que te sales de la media… —Elevo las cejas ante el piropo y se lo agradezco con una inclinación de cabeza. A nadie le amarga un dulce—. Eres agradable, y a mí me pareces una persona encantadora. —Le echa un vistazo a Kim, como si quisiera decirle con la mirada que no piensa lo mismo de ella, lo que nos obliga a Maggie y a mí a reírnos —. Pues eso: que, si haces bien tu trabajo, y encima, si te echa a la calle, tiene que darte una cantidad de dinero con la que podría pagar la mitad de uno de esos coches que se dice que colecciona… No imagino en qué momento has creído que te va a despedir solo porque tú se lo pidas, por muy insistente que seas.

—¿Ves, Kim? —tercia Maggie con mucho sarcasmo—. Juntarnos con las de contabilidad no es un error. Estas chicas saben de lo que hablan cuando se trata de dinero.

—Eso ya lo sé —digo. Por mucho que Maggie haya decidido regalarle los oídos a Sally, yo no tengo por qué hacer lo mismo. Sobre todo, porque yo no planeo llevármela a la cama, como hace ella—. Sé sumar, y sé cuánto tendría que pagarme el bufete si me despidieran. Lo que pasa es que Ben McGonagall no opina lo mismo que tú acerca de que yo sea una persona agradable. Eficiente, sí, seguro. Trabajadora, también. Pero ya le salgo bastante cara en horas extras. Si lo calculara con detenimiento, igual no sería tan malo para la economía de la empresa que me concediera el despido.

—Tampoco entiendo por qué quieres irte de un despacho como McGonagall Legal Group.

—Pues porque tengo proyectos en mente que aquí no puedo desarrollar.

—Y porque el maldito de Ben McGonagall no la ha propuesto todavía como socia.

Observo a Kim con los ojos entrecerrados. Mi mensaje es claro: más vale que se calle si sabe lo que le conviene.

Sally ha dicho que soy buena persona, pero es porque nunca me ha visto enfadada.

—Pues yo creo que estás usando la estrategia equivocada —comenta Jessica, que, hasta ahora, se había mantenido bastante callada.

Las demás nos volvemos para mirarla.

—Y ¿qué estrategia debería seguir, según tú? —pregunta Maggie, aún más intrigada que yo.

—La que han utilizado las mujeres desde el principio de los tiempos. —Jessica hace aletear las pestañas, dando a entender su «estrategia» de forma muy gráfica.

El resoplido de Maggie me hace reír. No hace falta explicar que ella está en contra de seducir a ningún hombre. Si el McGonagall al que tuviera que mostrarle sus encantos fuera Nancy, a lo mejor estaría más dispuesta, pero a Ben McGonagall, no. De ninguna manera.

—Eso no va a suceder ni en un universo paralelo gobernado por el mismísimo Cupido —digo, quizá con más vehemencia de la necesaria.

Cuatro pares de cejas muy bien cuidadas se elevan a la vez, y los ojos que se encuentran justo debajo de ellas se clavan en mi rostro, interrogantes.

—No pienso acostarme con ese cerdo engreído, aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra —aseguro.

—No tienes que casarte con él —insiste Jessica—. Solo… No sé, joder, se me ocurren un montón de posturas supercalientes para practicar con ese hombre. No me puedo creer que a ti no.

Un estremecimiento me recorre la columna vertebral. Ben McGonagall es el hombre más arrogante, prepotente, presumido y pagado de sí mismo con el que he tenido la mala suerte de toparme en esta vida. Aun así, no puedo negar que, si no conociera su personalidad y coincidiéramos en un bar una noche, o viera su foto en Tinder, sería un *match* inmediato. Porque es el tipo de hombre que me atrae. Alto, rubio, con los ojos más azules que haya visto jamás. De espaldas anchas y un culo perfecto.

Pero queda fuera de cualquier consideración porque, en cuanto abre la boca, la caga hasta el infinito y más allá.

—A lo mejor Jessica tiene razón y liarte con el jefe sería la forma de poder librarte de él de una vez por todas —apoya Kim. Su cara es maquiavélica.

—¿No hay ninguna cláusula que recoja eso en vuestros contratos? Algo como: «Queda terminantemente prohibido meter la mano en los pantalones del mandamás», o similar. —Sally se ríe de su propia pregunta.

—No, que yo sepa —contesta Jessica.

—De verdad, ¿por qué no se nos ha ocurrido antes? —comenta Kim.

—Porque esa opción está descartada. No, me niego. No pienso acercarme a Ben McGonagall y os prohíbo que sigáis hablando de ello —amenazo a las cuatro cuando veo venir sus intenciones.

Son capaces de darme la lata toda la noche.

Y acostarme con Ben McGonagall es algo que jamás haré; mi ética personal y profesional me lo impide. Además, no lo soporto, ni a él ni a ninguno de su calaña.

ENLACE DE COMPRA:
https://amzn.eu/d/bKkwine

amazon

AGRADECIMIENTOS

Este espacio es para dar las gracias de una forma especial.

A todas las personas que, de una manera u otra, han hecho posible que esta historia exista y haya llegado hasta aquí.

A quienes me han acompañado, apoyado y empujado a seguir incluso cuando dudaba. Y a quienes me dijeron «solo un poco más» cuando yo ya pensaba parar.

A todas vosotras, gracias, de todo corazón.

Y, por supuesto, a ti, que has decidido abrir este libro y quedarte un rato (o decirte que leerías solo un capítulo más). Gracias por regalarme tu tiempo, por dejarte llevar por estas páginas y por creer en esta historia conmigo.